

700

Palabras

(Luis y Francisco)

(Novela)

De: Diego Fernán

I

1.

Unas nubes oscuras no paraban de acercarse, mutando entre las sierras, empujadas por un viento que delegaba el sur.

—Yo no soy india, porque no vivo como los indios.

Adriana, haciendo equilibrio sobre el barro de la costa, se colocó entre el sol y Luis. Estaba desnuda; procuraba serle hermosa.

—Los ranqueles son sucios. Se chupan y roban.

Luis se fastidió y le pateó con estrategia la pierna. Adriana cayó al agua y aprovechó el impulso para nadar hasta la piedra que sobresalía en medio del arroyo; se abrazó a ella y, allí, dejó crecer su voz, para que no se perdiera entre las chicharras.

—Mi papá era ranquel y así le fue.

Luis vio roto su deseo de estar al sol en paz y decidió que era el momento; exhaló el calor que le sobraba y, mientras se ponía de pie, fue desnudándose. Adriana trepó la piedra, se pellizcó las nalgas y se dejó alcanzar por él. Siempre era ahí. Él estaba seducido por su cuello o era eso lo que le intrigaba esta vez. Se preguntó si en verdad sería tan atractivo como le parecía; debería mirar los de las otras del lugar. Como fuera, eso lo catapultó a hundirse en ella. Adriana solía cerrar los ojos y se erizaba al sentir en su espalda la textura mojada de la piedra aún caliente. Intentó decir algo pero él le introdujo parte de una mano en la boca. Ella, entonces, se concentró en acomodar el cuerpo a su gusto para recibir a Luis, aunque de a ratos también reparaba con desagrado en la fuerza que él ejercía sobre su rostro; era claro: lo hacía para que supiera que las riendas del sexo siempre habían tenido la grasa de sus dedos.

Por primera vez Luis se aburrió de perseguir el deseo por el cuerpo de Adriana. Le atrajo verse entrar y salir de ella. Eso lo capturó: intentó descifrarlo y se escapó hacia el sonido viscoso, hacia el efecto de sus testículos sobre el perineo y la cadencia hipnótica de la penetración. Vahos intensos de sexo le hicieron cerrar los ojos largamente. Un aguilucho lo trajo de vuelta: ella estaba desparramada con una sonrisa que exudaba placer mientras lo frenaba empujándole el vientre; dejó pasar unos segundos: con una mano empezó a tocarse la vulva y con la otra a masturbarlo. Luis se brindó al sol, intentó regresar a aquel lugar de su mente en el que era sólo los sentidos, pero el florecimiento de su semen lo hizo volver a habitar la piel. De común acuerdo las últimas gotas debían ser para la correntada. Adriana le ofreció el cuello para que le lamiera el sudor, pero Luis se tiró al arroyo de espaldas. Allí empezó a jugarle resistencia al agua: treinta segundos. Ella se quitó

el esperma del abdomen y lo siguió con la mirada mientras se acercaba a la costa. Un minuto. Adriana notó que alguien los observaba. Un minuto y cuarto. Era el padrastro de Luis; llevaba una escopeta. Un minuto y medio. Juntó su ropa dispersa entre la arenilla y las matas. Un minuto cuarenta y cinco. Se vistió y esperó el enfrentamiento. En las sierras, se perpetuó la explosión de un tiro y Luis irrumpió en la superficie. Apenas respiraba, pero logró ver, a través del borbotón de agua que le caía del pelo, que Juan le apuntaba.

—Andás buscando que te desparrame las tripas por el barro.

Luis, con la vista apoyada en la superficie del agua, caminó hacia la costa. Adriana le alcanzó el pantalón.

—Vos, atarrantita, ¿no sabés que este vago tiene que trabajar?

—Andá para tu casa, Adriana; después te veo.

Ella agarró sus cosas para perderse entre unas colas de zorro. Juan bajó el arma y retomó el camino que llevaba al pueblo. Y así, muy solo, Luis clavó otra vez la vista en el agua que golpeaba sus piernas, inmóvil. La fuerza de la corriente le generó un mareo, pero reprimió el vómito.

II

2.

—¿Podés dar una vuelta en el lugar?

—Sí.

—Más despacio.

—¿Así?

—Bien. Ahora para el otro lado.

—Ok.

—Perfecto. Ya te explicaron algo, ¿no?

—Sí. Algo.

—Bueno, estamos buscando a alguien de tu estilo. Vos hiciste publicidades.

—Sí. Varias.

—¿De qué?

—Eh... papa fritas, gaseosa, una pomada hemorroidal...

—Ah, sí, acá dice. Bien...

—Uh.

A Francisco, el teléfono le cosquilleó cerca de la ingle. Lo sacó del bolsillo: que banquen un toque, advirtió, y alcanzó a ver que lo molestaban de un número desconocido. Otra vez, qué gede, y lo apagó, aunque más tuviera deseo de hacerlo pedazos contra el granito; listo, soltó. El productor resopló con fastidio.

—Está bien. Eh... pero de profilácticos no hiciste nada.

—¿Profilácticos?

—Sí, condones, forros, preservativos.

—Ya sé lo que es un profiláctico.
—Ah. Vamos bien.
—Te quiero decir... onda... no me habían dicho nada.
—¿Te interesa o no?
—Sí. No sé.
—¿Sí o no sé?
—Sí.
—Bueno, ¿entonces?
—No, nada.
—Quedate tranquilo que no te lo tenés que poner en cámara.
—Todo bien.
—¿Para afuera tampoco, no?
—¿Cómo?
—Si no hiciste comerciales de forros para afuera. Con forros me refiero a condones, no a los que vienen a los castings.
—No.
—¿Tenés tatuajes?
—No, no tengo.
—Mejor, está caro el photoshop. Después te ponen ellos el que más les gusta...
—Ah.

Lo alcanzaron unas risas. Un spot lo encandilaba y le impedía ver con claridad más allá. Pero ya había hecho otros castings ahí y reconocía la voz del productor: un tipo alto que usaba siempre remeras negras con nombres de bandas. Supuso, por el olor, que estaba comiendo sushi, y que, mientras, como se oía teclear, una asistente anotaba datos en una computadora portátil. Se hace el pillo porque quiere levantarse a la minita, pensó Francisco.

—Entonces, seguro de que no hiciste...
—No, no hice.
—Porque a veces mienten en lo que ponen en los curriculums.
—No hice. Posta.
—Esta publicidad es para Europa, ¿sabías?
—Me dijeron, sí.
—Estamos entre otro chico actor y vos...
—Ah, buenísimo.
—... Vos... que no sos actor.
—Soy modelo.
—Modelo. A los de la empresa le gustaste más vos, pero el director prefiere un actor, ¿entendés?
—Sí, entiendo.
—Tenés que volver mañana temprano para charlar con el asistente y ya estás con un pie adentro.
—Genial.
—Ah, pará, pará, importante: esto se filmaría entre el primero y el diez del mes que viene, no tendrías problemas, ¿no?
—No. Puedo.
—¿No podés?
—No, que sí, que puedo.
—Bien. Bueno, perfecto. Ahora, mirando a cámara, sonreí, presentate en no más de veinte palabras. ¿Listo?
—Sí.
—Dale.
—Pará, que se apagó la cámara.
—...
—Ahora sí... Dale.

—Hola, soy Francisco...

—...

—...me dicen Frank...

—...

—...tengo diecisiete años...

Hubo una pausa, definitiva; la sintió como un mazazo, y se quedó mirando a cámara, en blanco, buscando qué decir, pero todo lo que le venía a la mente era imagen muda, a lo sumo balbuceante.

—...y soy modelo.

Del otro lado de la luz hubo un silencio que remataron el productor y su asistente con una risa apenas exhalada.

—Bueno, bien, te esperamos mañana entonces. Ella después te llama y te dice bien el horario.

—Dale, genial.

—Chau.

—Chau.

Francisco caminó unos pasos y simuló una arcada. Ya en el hall, encendió el teléfono; allí estaba un puñado de llamadas perdidas. Cuando el aparato volvió a vibrar, reconoció el mismo número que había interrumpido la prueba. Esta vez atendió.

—¿Sí?

—¿Vos sos el que la chupa?

—¿Quién sos?

—¿Sí o no?

—¿Dónde encontraste escrito este número?

—Dale, ¿la chupás o no?

—No. ¿Dónde lo leíste?

—La puta madre. Lo hacen perder el tiempo a uno.

—¿En dónde lo viste?

—Qué sé yo. En el baño de un cine del centro, creo.

—¿Cuál?

—El Bangladesh. El que está...

Francisco sepultó la voz del extrañamiento con su pulgar. Hacía días que lo asediaban con la misma pregunta, pero todos cortaban cuando les preguntaba cómo habían obtenido el número. Todavía le restaba dinero de una publicidad que había hecho un mes atrás y decidió tomarse un taxi. Qué paja todo, mientras googleaba para indicar, mejor morirse que esto.

Las dos salas se encontraban en plena proyección y en la entrada del Bangladesh no rondaba un alma; sencillo escabullirse hasta el baño. Entre el hedor leyó paredes, espejos: sólo había dibujos fálicos o teléfonos que no eran el suyo. Revisó los compartimientos y en el anteúltimo encontró lo que buscaba, su número escrito con marcador rojo y una leyenda debajo. ¡Mierda! No había llevado nada que sirviera para hacerlo desaparecer así que decidió rasquetear la pared con una llave. Estaba abstraído en eso cuando un tipo de seguridad se metió en el compartimiento y cerró la puerta.

Francisco intentó alcanzar la traba, pero el hombre lo retuvo de los hombros y no hubo fuerza que alcanzara para zafarse: era bastante obeso y de mediana edad.

—Te hiciste rogar, flaquito.

—Dejame salir.

—Te esperé.

—Dejame salir, de verdad te lo digo.

—Esperá un cachito, ¡eh!

—¿Cómo tenés mi número?

—No importa eso...

—Soltá... ¿cómo lo tenés?

—Tengo un amigo que trabaja en una productora.

—¿Quién?

—... y me muestra books, el pajero.
—¿Me dejás salir?
—Pará, lleguemos a un acuerdo.
—No me toqués.
—¡Eh! No seas arisco... Cobrame, si querés, todo bien.

Francisco se apuró para abrir la puerta, pero el hombre le tapó la boca y, rodeándole la cintura, lo retuvo; se plegó a él. Entonces le reverberó en el cuerpo la náusea que había sentido días atrás cuando dos albañiles, entre el vaho del fermento de la cerveza, le convidaron: ey, vos, la rubia, si pasás de nuevo por acá, con los muchachos te culeamos a cuero limpio, ajajá, sólo que el vómito fue un zarpazo, una pulsión nueva, brutal logrando zafarse: de un manotazo le estrelló la cabeza contra la pared al tipo, que cayó desmayado. Lo escudriñó temeroso, pero detectó que el abdomen se movía, así que quitó la traba y se echó a correr en dirección a la calle.

3.

—¿Qué necesidad de tener ese aspecto de zaparrastroso? Se pisa los cordones, y ¿qué tiene en la cabeza, el pelo a la garçon?
—Pará de renegar, Horacio. ¿No ves que es cool eso?
—¿Cul? Vos estás cada vez más boluda, Mabel.
—Tiene un pelo hermoso.
—Lo tendría que cagar a trompadas, mirá el portazo que pegó.
—A ver...
—No, terminá de comer, primero.
—Mirá si le pasó algo en serio.
—Que no haga idioteces, tiene los huevitos grandecitos ya. Y si le pasa algo que lo diga: sabe hablar, tiene una lengua para hablar además de para chupar argollas. Lo estás volviendo pelotudo.
—¿Yo?

4.

En el baño, Francisco estuvo largo rato adivinándose tras la capa que el vapor había abandonado sobre el espejo, sin atreverse a quitarla. Cuando entró a su habitación, se dejó caer de espalda contra la puerta hasta quedar sentado en el piso. Ni registró que había olvidado de peinarse. Tampoco encendió la luz. Proyectó entonces en la oscuridad aquel esbozo fantasmal de su rostro que se le había arraigado en la retina. Recién cuando oyó el portero eléctrico fue a recostarse sobre la cama. Manoteó una remera, cualquiera, y se la puso haciendo presión en las costuras, a propósito, como por efecto de la rabia. Pensó en dejarse crecer la barba, en cambiar el guardarropa, en irse al norte... pero sabía que eran sólo especulaciones, que al día siguiente todo volvería a ser como siempre: constataría que los abdominales estuvieran ahí, dejaría mensajes sin contestar y combinaría la ropa como en la última foto que hubiera visto en la red social vigente, entre muchos descuidos meticulosos. Quiso pensar, arribar a una conclusión, pero abrieron la puerta. De golpe, Delfina, más bien un resplandor que la delimitaba, encendió la luz; después se lanzó sobre Francisco.

—Respondé los mensajes, nabo.

Como él le esquivó unos besos, ella le mordisqueó el lóbulo y se tiró sobre la alfombra. Ahí esperó con la mirada en la puerta: Mabel entraría de un momento a otro con unos vasos de naranja, licuado

si estaba de humor, o con algún chisme que lograra captarles la atención durante diez minutos. Esta vez fue con una revista; la arrojó sobre la cama.

—¿No la viste, Francisco? La trajo la tonta de tu tía de San Pablo.

—Es la misma publicidad pero en portugués, mamá.

—No la mires entonces.

Delfina agarró el ejemplar abandonado sobre la colcha.

—Me encanta esta foto.

Francisco saltó de la cama y fue hasta la puerta. Mabel, resignada, lo siguió.

—Bueno, ya me voy. Si van a fumar, al balcón. Ah, Delfina, después me contás qué le pasa. Anda un poco estúpido, cada vez más parecido al padre.

Mabel salió y Francisco cerró la puerta de un empujón; se alcanzó a oír un: ¡guaso! Delfina ya estaba esperándolo en la cama; jugaba a morderse un hombro. Él volvió y se recostó junto a ella que, en una rápida maniobra, quedó sentada a horcajadas sobre su pelvis.

—¿Qué pasa, tenés ñaña? ¿Eh?

Como él continuaba con su huelga de diálogo, ella le deslizó sus manos por debajo del chupín y empezó a acariciarle la ingle con las uñas. Francisco por primera vez la miró a los ojos: Delfina lo deseaba, eso era innegable, pero sabía poco de él. Sabía lo que él quería que se colara de su ser y se hiciera visible. No había nada por fuera de eso que ella pudiera conocer, porque él se había asegurado de que sólo lo que decidiera representar estuviera al alcance de quien quisiera saberlo. Se había ocupado perfectamente de que eso pasara aunque no lo hubiera planeado nunca; era su consabida serenata de embrujo silencioso, para con todos. Ahora él quería entender cómo desenredarse de ello, pero Delfina le espantaba las ideas con sus manos. Cuando ella sintió una fuerza que pujaba debajo suyo, se calzó el pelo detrás de las orejas y se acostó junto a él al tiempo que le bajaba el cierre. Francisco se incorporó.

—Pará, voy a mear y vengo.

Dio unos pasos en dirección a la puerta y dejó la habitación. Afuera, el vapor en el pasillo indicaba que su madre se estaba bañando; en el comedor, su padre tomaba Fernet y espiaba un capítulo de Los Simpsons. Él, invisible, agarró una gorra, también una campera, y salió.

5.

Evadió las calles en las que, al filo de la noche, aún había transeúntes; prefirió, como si fueran una suerte de abismo, las desconocidas, las que a menudo evitaba. Por entonces, algo había en ellas que lo invitaba a descubrirlas. Caminaba con sigilo, medio oculto: la visera le nublabla el rostro. Así, observaba lo singular de esas veredas deshabitadas mientras entendía qué hacer. De a poco notó que su objetivo era la estación Once, un universo del que había tenido extrañísimas referencias y que en ese momento lo imantaba. Tanteando esquinas, se topó con la avenida Córdoba, continuó por Pueyrredón y enfiló hasta Plaza Miserere. Allí probó otra ciudad. Aquello que le habían descripto y a lo que él poco interés había otorgado, estaba a granel delante suyo: jergas y entonaciones extrañas, desdentados, extranjeros con rasgos indígenas, chinos y negros; toda esta gente apretada aguantándose este olor a meo, pensó. Una muchedumbre que regresaba a sus casas lo arrastró hacia un tren. Viajó hacinado, con el corazón sostenido por un ritmo rápido. En Moreno terminaba el trayecto, así que no le quedó otra que bajarse. Caminó hasta una plaza inhóspita. Se sentó tras unas ligustrinas, seguro de no ser visto por nadie y se abrazó las piernas; metió la mano en el bolsillo, sacó un papel doblado y fraccionó la cocaína, una buena que había conseguido. Una raya, otra y otra. Cuando la mandíbula se le empezó a dormir se recostó sobre el pasto y comenzó a transitar recuerdos odiosos con la certeza, no obstante, de que poco le importaba todo.

6.

—Ey ¿todo bien?

Francisco abrió los ojos y su rostro se volvió nítido en el espejo del baño de una estación de servicio. Con el revés del brazo se limpió los mocos que no paraban de brotarle de una fosa nasal. Debía una respuesta.

—Sí, bien.

Vio a un muchacho dirigirse al mingitorio; sospechó que no era de confiar. Estuvo unos segundos entrecerrando los ojos vencido por la modorra, pero decidió lavarse la cara y abandonar su empresa de huir a ningún lado; una pendejada, pensó. Se le partía la cabeza y, además, lo estarían esperando. Cuando se quitaba el agua del rostro, pudo ver que una mano le tendía un papel secante.

—Lo dijo Sócrates y lo afirmó Platón, la última gotita queda en el pantalón.

Francisco sonrió. Luis se lavó las manos y tomó otro papel para él.

—Me lo decía mi papá cuando me llevaba a mear de chico y, fijate, nunca se aprende.

Luis se señaló una mancha al costado del cierre del pantalón. Después se secó las manos. Por unos instantes cruzaron sus miradas. Francisco alcanzó a ver unos pozos que Luis tenía en las mejillas.

Le generaron escozor, un miedo sutil. Por las dudas, se previno:

—Me quedé dormido. Me robaron la campera, una gorra también, y la billetera. Iba a tomar un taxi.

—¿No sos de acá?

—No.

—¿Y de dónde sos?

—¿Vos?

—Yo soy de La Pampa, de Ciervo Muerto, un pueblo de mierda. Allá hay ríos, ¿sabés? Y entre las matas ponen huevos las lechuzas. Unos huevos así de grandes, como los míos.

Francisco, con algo de vergüenza ajena, se rió de la carcajada cándida y bruta que cerró las palabras de Luis. Más distendido, giró para salir. Luis lo detuvo.

—Tomá. Vos sos de la Capital. Está lejos eso para ir en taxi. Andate en colectivo.

Francisco vio el billete que Luis le extendía. Se limpió la nariz con la muñeca.

—No, me arreglo.

—Agarralos, de veras.

—No.

Luis guardó el dinero y le tendió la mano. Después del apretón, Francisco tuvo el impulso de limpiarse la palma en el chupín, pero pudo evitarlo. Se sabía aún observado, así que se alejó del baño con cautela, como quien da comienzo al paso que culminará en huida, pero Luis, luego de una carrerita, se le interpuso.

—Quiero que veas algo. Vos que vivís en la Capital no ves nunca estas cosas.

Francisco empezó a recular despacio; sin embargo, vio que Luis ya estaba a las puertas de un galpón escoltado de parvas de llantas y chapas oxidadas, ubicado unos metros más allá, junto a un baldío. Pensó que había sido injusto al desconfiar y empezó a acercarse. Un animal extraño asomó desde una cueva. Luis lo señaló sonriendo con picardía.

—Es un hurón.

Francisco efectivamente nunca había visto algo así; no sabía siquiera que eso existía, ni tampoco cómo describirlo. Le intrigó y se quedó ahí, a la espera de algo, mientras Luis hacía sonidos ininteligibles revoleando un pedazo de pan que había sacado del bolsillo.

—Desde hoy que lo quiero agarrar y el muy hijo de puta no viene.

De golpe, el hurón se abalanzó sobre Luis, se hizo con la carnada y no dejó rastros en poco más que un instante; A Francisco lo ganó un sobresalto, dio unos pasitos ciegos, tropezó con una llanta medio enterrada y fue a parar al suelo. Un sonido grave y mucho polvo secundaron la caída, y eso a Luis le despertó aquella misma risa bruta de antes pero con más intensidad esta vez; recién la

interrumpió cuando vio la posibilidad de ayudarlo a ponerse de pie. Gracias, man, le dijo Francisco, mientras empezaba a quitarse la tierra del chupín. Estiró esta acción en el tiempo lo más que pudo, aunque fuera en vano: Luis no se movía de su lado.

—Éste está domesticado. Si no, ni se acercan. ¿Te cagaste todo?

—Allá en Ciervo...

—Muerto.

—Ahí, ¿tienen de éstos?

—No. Allá nomás tenemos mamuts en las casas.

—Ah, mamuts.

A Francisco le dio rabia que Luis lo contemplara sorpresivamente con ternura.

—Yo estoy esperando que terminen de arreglar el camión. Juan, mi padrastro, me dijo que acompañara a mi tío; trae mercaderías mi tío, porque a estos huevos grandes que tengo me los estaba rascando mucho. Pero ya me quiero volver. No sé cómo hacen para vivir acá. Allá es otra cosa. Ahora hace calor, pero hay otro aire. Me pica el bagre, ¿a vos?

—¿Qué?

—¿Me acompañás a comer algo?

—No puedo, flaco, me robaron. Me voy.

—No, vení. Yo tengo plata.

Francisco dudó, pero qué más daba; así que, con vacilación, imitó los pasos de Luis.

—¿Cómo es tu nombre, man?

7.

—Y atendé...

—No.

—¿Quién era?

—Para una entrevista.

—¿Por televisión?

—No.

—¿Sos famoso? ¿Actor o algo de eso?

—No, no sé actuar. Una entrevista para una publicidad.

—Ah, hacés publicidad. Coca Cola y esas cosas.

—Claro, esa onda.

—¿Y?

—Y nada. Seguro que ya le dieron el trabajo al otro que sí era actor. Yo no sé hacer nada.

—Pero te pagan.

—Sí.

—¿Y qué más querés?

—¿Lo decís porque me pagan por no hacer nada?

—¿Era mucha plata?

—Sí.

—Qué mal.

—Pero, mejor.

—¿Cómo mejor?

—Yo qué sé. Por algo no fui.

—Por vago.

—Prefiero estar acá.

—Rascándote los huevos.

—¿Cómo rascándome los huevos? Con vos, boludo.

—Ah.
—...
—¿Tenés novia?
—¿Qué tiene que ver?
—No sé.
—Sí. ¿Vos?
—También. Adriana.
—Qué bueno.
—¿Y?
—¿Qué?
—No sé. ¿Cómo se llama la tuya?
—Delfina.
—¿No comés esas papas?
—No.
—Debe ser linda.
—¿Cómo? Ah.
—¿Qué me mirás las manos?
—Pensaba.
—Desde hoy que estás meta mirar las manos.
—Ni me di cuenta. Es que cuelgo.
—No, decime.
—Nada, en serio.
—¿Qué tienen mis manos?
—Nada, boludo.
—¿Lo decís por esta cicatriz?
—No.
—¿Entonces?
—...
—¿De qué te reís?
—...
—Ah, sos pillín.
—Perdoná. No.
—Entonces, decime o te emboco.
—Te vas a reír.
—No.
—Delfina hace la pijomancia.
—¿Cómo?
—Me tiento, perdoná.
—¿Qué es eso?
—Ella te agarra la mano, la mira y te adivina posta cómo es tu pija. Cuando la conocí me agarraba la mano y no entendía. Después me explicó algo... de su técnica.
—A ver...
—No.
—Dale, agarrá.
—Es que ella es la que sabe.
—Ahora quiero saber... cómo es mi pija.
—No da.
—Dale, no mira nadie para acá.
—A ver los dedos... Bueno... es como medio gorda...
—Sin reírse.
—Puntuda, ¿puede ser? O algo así. Torcida, para la derecha... eh...

—Pará, pará...
—...y la cabeza no es más ancha que la parte más gorda del...
—Tronco.
—Sí, eso.
—...
—¿Viste?
—Qué hija de puta que es tu novia.
—A veces es como un monstruo. ¿Sabés lo que hace? A los compañeros de la escuela les agarra la mano y no les dice para qué. Después los espía en el baño, se fija si adivinó y se va... Así con todo el que se le cruza.
—¿Y vos la dejás?
—No.
—Entonces es mentira.
—Sí. Es mentira.
—¿Cómo hace entonces?
—Es que tiene cuatro hermanos y varios primos.
—Eso también es mentira.
—Sí.
—¿Entonces?
—Es un secreto.
—Yo la cagaría a piñas, haga como haga.
—¿Sí, no? Es para cagarla a trompadas. Pero a mí me divierte escuchar cuando me cuenta.
—¿Te gusta?
—Me calienta un poco.
—Sí. A mí me gustaría que mi novia lo hiciera. No sé por qué. Pero igual la cagaría a trompadas.
—Siempre estoy esperando que ella me cuente eso que hace. Disimulo un toque, igual.
—Las mujeres saben todo. Son muy hijas de puta.
—Sí. No sé.
—¿Qué no sé?
—No sé por qué me gusta. Lo mismo que charlar con vos, o el bicho ese. Copado.
—¿Qué bicho, ¿el hurón?
—No, éste.
—Te voy a cagar a piñas a vos y a tu novia.
—¿Qué onda allá. En Ciervo...
—Ah. Queda en La Pampa.
—Eso del río...
—Es un riacho, más bien.
—Un riacho. Está bueno. Iría.
—Y vení. Si no querés volver a tu casa...
—Estaría, ¿no?

8.

—Es la segunda vez que me mirás de reojo. ¿Qué tengo?
—No. Nada.
—Como con desconfianza, pareciera.
—...
—Estás callado.
—No pasa nada, colgué.

—De golpe te pusiste raro.
—No sé. Me duele un toque la cabeza.
—Uh...
—... y me vinieron ganas de vomitar.
—¿Te pasa seguido?
—No. Ya fue.
—¿Venís entonces?
—Eh...
—Cualquier cosa vomitás el tablero del camión de mi tío.
—Sí, con confianza.
—¿No me vas a decir que te cagás todo?
—¿Yo?
—Sí, vos...
—No, dale, vamos.
—Pero vení, mejor que estés presente cuando le diga que te venís con nosotros.
—¿Para?
—Si no, capaz empieze con peros y dice que no.
—Y, pero si no, ya fue.
—No, vos quedate tranquilo.
—...
—¿Y? ¿Qué hacés?
—Nada.
—¡Y vení!
—¿A dónde?
—¿Cómo adónde? A hablar con mi tío.
—Ah, sí.
—¿Qué te pasa?
—Nada, me pegó raro...
—¿Quién?
—Nada.
—¿Qué?
—No importa.
—¿La comida?
—Sí...
—Mi tío debe tener algo para la digestión.
—Bueno.
—¿Y? ¿Venís?
—Bancá que entro un toque al baño y voy.
—Dale, te espero allá.
—Oká.

Luis fue a avisar a su tío que ya iba, que esperara; Francisco, al baño a dejar una rutinaria orina previsoramente. Pero ni una gota. Sólo se lavó la cara varias veces y fue inevitable encontrarse en el espejo, su ritual: tenía tiznes en la remera, grasa en la comisura de los labios y un mechón que no podía volver a su lugar por más que lo aplastase. Se mojó una vez más la cara y salió, sin secarse, para que lo que hubiera de viento le refrescara la piel. Se aseguró de que no pasaran autos y cruzó la calle. Poco después llegó Luis, al trote, gritando a voz en cuello.

—¡Dale, zapallo!

Pero en ningún compartimiento del baño, ni en ningún lugar cercano a la estación de servicio estaba Francisco. Con una lentitud que no le era propia, Luis regresó al camión, ya en marcha. Subió de un salto y cerró la puerta.

—¡Eh! La vas a hacer giratoria...

Luis, cabizbajo, manipuló sin ton ni son unas vírgenes imantadas en el tablero. Su tío lo vio afligido y le palmeó la espalda.

—¿Qué pasa? ¿El bicho de mierda ese?

—...

—¿No lo pudiste atrapar a la final, cagón?

—No.

III

9.

—Pah, Frankie, qué olor a mierda.

—Es de ahí, alguien cagó fuertísimo.

—Eso es del gordo Filipelli.

—¿Quién?

—El que va a cuarto.

—Sí, seguro.

—Pero qué hijo de puta.

—...

—¿Tenés un pucho?

—Estaría que te compres alguna vez ¿no?

—Ay, fuma mentolados él.

—Bueno, ¿y?

—Me llamó aparte y me dijo: ves ésa que está allá, sí, es actriz porno, nah, le digo; sí, me dice, re caliente el profe estaba, el profe de musculación, no paraba de mirarle el orto. Y me muestra una revista en la que se veía a la mina, una grone tremenda, tremenda, Frank, posta: te lo juro por Huracán. Entonces le digo: viste alguna peli de ella, no, me dice, entonces le digo, pajero, buscá la filmografía...

—¿Qué es filmografía?

—No sé. La lista de películas que hizo. Lo que aparece en imdb.

—Ah.

—Pero esta chabona no figuraba en imdb ni en la Wikipedia. La googleé y aparecieron las películas, bueh, los videos. Tiene varios, me dice el chabón, pero no aparecía ninguna online. Buscá para bajarla, le digo, claro, me dice. Se carga un rato y aparece este gato con dos cabezas dándole maza. Me re calenté y me fui a hacer pecho inclinado, que ese día no me tocaba, tenía que hacer espalda-piernas-bíceps, pero era la máquina que estaba al lado de ella, ¿entendés? Le saco conversación y me mira así, como provocativa, entonces me le acerco más, se me caga de risa y se va, la trola. Pero ya me la voy a coger.

—No salís vivo de ahí, infeliz.
—Le vi tatuado un dragón cerca de la concha, que debe significar: te quemo vivo, y arriba de las tetas, unas letras chinas o japonesas que deben querer decir: acabar aquí.
—...
—¿Por qué no fuiste más?
—¿Adónde?
—Al gimnasio, boludo.
—Me da paja hacer fierros.
—Te vas a desinflar.
—Más adelante retomo.
—Andá a hacer pilates.
—Chupala, Ted.
—Sacala.

Se quedaron un rato más fumando bien al fondo del baño, sentados en el piso, persiguiendo con la mirada cada diversificación del humo, en silencio. Acabado su cigarrillo, Ted fue gateando hasta la puerta que sugería una panorámica del patio central. Sacó la cabeza para ver y cerciorarse de que no anduviera cerca la preceptora. Después miró a Francisco.

—Son un asco estos mentolados, Frank...
—¿Y para qué me pedís?
—Fumá unos para hombre. Aunque sea para hombres putitos como vos.
—Agarrame la pija y tirá para el norte.
—¿Vamos?
—Termino el pucho y voy.
—Pero vení, pajero.
—No.
—¿Por?
—No había más cupo en el taller de cocina y me anotaron en otro.
—Bajón.
—Sí.
—¿En cuál?
—En el de escritura.
—¡Vos! ¡Con las faltas que tenés, chabón!
—Me cago de risa un rato y me voy a la mierda.

10.

—Yo fui alumna de este establecimiento. Me llamo Mercedes. Egresé y me puse a estudiar Letras, porque ya desde la primaria leía mucho. Y me parece interesante que este colegio permita que entre los talleres optativos puedan elegir por este de escritura. Aunque dure un mes nada más, vamos a aprender algo, seguramente. ¿Ustedes leen? No, ¿no es cierto? Están acá porque se llenó el cupo del taller de cocina. Es crucial leer, chicos. ¿Saben que los adolescentes, digamos... casualmente ustedes, usan un léxico, un... vocabulario, digamos, de solamente setecientas palabras? Por eso les cuesta comunicarse. Imagínense tener más palabras, ¿no luciría más llena de matices nuestra manera de expresarnos? ¿Cómo es el nombre de la chica esa que se está durmiendo? Estoy hablando, mi amor. Si querés dormir, andate a tu casa y listo, ¿sí? Bien. Vamos a hacer algo, quién les dice que no les cambie la vida. Yo en un taller parecido a éste, en un ejercicio, supe que, además de leer, me gustaba escribir. Tal vez ustedes descubran algo, o al menos recuerden algo grato. Quiero que escriban alguna experiencia de sus vidas que crean que merezca ser un cuento, alguna historia, alguna anécdota, algún pensamiento: algo que sientan digno de recordar. Si no se les ocurre

nada, pueden empezar escribiendo lo que piensan, hasta que aparece una imagen, un hilito del que empiezan a tirar y sale algo importante, diferente. ¿Estamos? ¿Sí? Vos, nene, fijate que tus compañeritos te llaman.

Todos desprendieron una carcajada. Francisco, más bien dedicado a dilucidar qué edad tendría la profesora, miró por la ventana que daba al patio: Ted y otro compañero, sucios de harina, zamarreaban un paquete y simulaban esnifar cocaína a granel. Consciente de la atención que había suscitado, Ted aflojó su pantalón y apoyó el culo en el vidrio. Francisco se desentendió de esto y vio, al hacerlo, que Mercedes fruncía el bozo afectando indiferencia, aunque no podía dejar de observar la situación un tanto fascinada. Ella notó que él le había clavado, de golpe, los ojos y dio enseguida una orden, al tiempo que soltaba un leve gestito desprevenido.

—Empiecen, por favor. Cualquier cosa, me preguntan.

Luego, dirigió su mirada a la tapa de una carpeta que no tenía nada escrito. Francisco entendió que Ted y el otro salían corriendo, a juzgar por el chirrido de sus zapatillas en el patio encerado. Un poco para desligarse, pidió prestada una hoja por aquí, una birome por allá, y exhaló antes de hacer un punto en el primer renglón.

Hay que anotar todo hasta que aparece un hilito, dijo. Nada. Anoto todo: total, ni se lo muestro a esta ñoña. Pero está buena. Debe tirar de los huevos mientras la chupa, lo debe hacer bien; debe ser mañosa. La veo lamiendo la chota sin agarrarla, como un perro. Está medio baqueta pero zafa. Treinta tiene seguro. Tiene tatuada una tarántula en el brazo, hace lo posible para que se la veamos, se hace la pendeja. Encima, estas hippies son más putas... Turríta. Le va a gustar hacer una fiesta. Con Ted, le cabió. Está grosso Ted. Es que está tomando anabólicos, no lo alcanzo más, es competitivo, pero le van a quedar los huevos como pasas de uva. Posta: se me fueron un poco los pectorales. Cuelgo. Pero me embola estar una hora y media en el gimnasio. ¿Embola va con ve corta o con be larga? Mirá en lo que estoy pensando. Me la soban las ve. Se me empezó a parar me parece, encima. Me la quise acomodar y me estaba mirando. Vení, Meche, manoteame el ganzo. Qué chorga pongo acá. Un hecho importante. Puf, tengo un toco. ¿Qué mierda dijo? Nada, ¿qué voy a contar? ¿Una sesión de fotos? ¿Sobre una fiesta electrónica? Se me van a cagar todos de risa estos petes si hay que leerlo. Sobre Delfina no hablo ni en pedo, anda muy forrita, la chupapijas. Qué sé yo, lo del bicho ese de la estación de servicio, ¿un mamut era? ¿Cómo mierda era? No, no. Sobre Luis.

11.

—Qué vas a estudiar Letras si nunca leíste nada. ¡Frank!

—Y por eso, voy a estudiar, moga.

—¿Qué vas a estudiar? ¿Para aprender a leer?

—Será problema mío, ¿no?

—Íbamos a hacer abogacía juntos.

—¿Por qué juntos?

—Porque yo quiero.

—Ah, entonces sí.

—Porque eso habíamos hablado.

—¿Cuándo?

—Siempre.

—No sé, no tengo ganas de estudiar nada, me parece.

—Letras no.

—Voy a hacer una carrera con Anamá Ferreira, entonces.
—Un máster.
—...
—¿Por qué no? Si te va bien en eso.
—¿Me estás jodiendo?
—Sí.
—Igual, vos y mi vieja son las que más rompen con eso. Modelar no es parte de mi ser.
—...
—...
—¿Tu ser?
—No me dejan ser.
—Pero si te gusta lo que hacés.
—No.
—Te gusta.
—No.
—¡Te gusta!
—No.
—¡Ay, te re gusta que te vean!
—Son valores del neoliberalismo. Una yuxtaposición...
—Pará con el paco, Frank.
—Delfina, no entendés.
—Pará. ¿Con quién estuviste?
—Con nadie, boluda. ¿No puedo opinar?
—¿Te yuxtapisiste con alguien?
—Tarada.
—Con esa hippie del curso.
—Nah.
—¡Sí! ¡Te llenó la cabeza la hippie!
—Cualquiera.
—Igual sé que yo te gusto más.
—Ni lo sueñes.
—Sí.
—No.
—¡Sí!
—No.
—No se te va a ocurrir hacer letras de canciones como la otra vez.
—¿Por qué no?
—Divorcio en puerta.
—¿Dónde firmo?
—Trompudo.
—Salí, naba.
—Vamos a coger en el baño de hombres, ñaña.
—¡Soltame la chota, pajera!
—Porfa...
—Ni en pedo.
—No nos ven.
—Sí, ¿no ves que estos son lugares yankees del orto? Neoliberalismo. Todos te ven, están hechos para eso, pensados así.
—¿Qué? ¿Vas a decir también que hacen hamburguesas con lombrices?
—Eso también es cierto.
—Ay, es verdad lo que dice tu mamá: estás cada vez más mogólico.

—Bueno, andate y dejame de romper los huevos.
—Nunca te voy a dejar. Te mato y me mato.
—Enferma.
—Lo hago.
—Me voy.
—Pará, casémonos.
—Dale. Me voy.
—No, no te vas. Te agarró de vuelta esto.
—Qué esto.
—El adolescente rebelde. Ay, él.
—Enferma.
—Quién te llenó la cabeza.
—...
—Francisco...
—...
—¡Frank!
—...
—Idiota.

12.

—Bajalo. No hay nada lindo.
—¿Me pongo a mirar boxeo y empezás a hinchar los huevos, Mabel?
—Antes estaba Berugo, la Kuliok y ahora mirá lo que es la televisión.
—¿Vino Francisco?
—Está en la pieza.
—¿Hiciste la mousse?
—No tuve tiempo.
—Pero la puta madre.
—¿No querías lomo al champiñón? Ahí lo tenés, no jodas.
—¡Francisco!
—Se está haciendo el estúpido.
—¿Qué pasó?
—Y, me contestó, Horacio.
—Otra vez.
—Es inentendible ese chico...
—No existe la palabra inentendible, Mabel, se dice ininteligible o incomprensible. ¿Sí?
—Ah, ¿inintendible no?
—No, Mabel. ¿No estudiaste de maestra, vos?
—Ay, Horacio, se dice magisterio...
—Ah... magisterio.
—...pero tuve que abandonar para criar a tu hijo.

Hacia rato ya que Francisco había apagado la computadora. Como le era costumbre, con la habitación en penumbras y aún con la puerta cerrada, se mimetizaba con la conversación de sus padres. Las voces pagaban el peaje de la lejanía, pero lo protagonizaban todo:

—Ese gato hace un año que está y todavía no tiene nombre.
—Yo le digo mish y viene.

—Hay que ponerle nombre, Mabel.
—Ponele uno vos.
—Es tuyo.
—Yo no estoy todo el día sentada, Horacio. Mirá cómo tengo escamadas las manos por el detergente.
—¿Y las cremas esas, las que te vendió la esposa de Accorsi? Al pedo, quedaron ahí.
—Necesito una sirvienta, como todas las conchetas de acá. Porque al final trabajo por un plato de comida como una negra.
—Vos no sos de este barrio.
—Ahora sí.
—Podrías buscarte un trabajo; no se ofende nadie.
—¿Y quién hace todo acá?
—Francisco ya está grande...
—Un desagradecido es.
—Ya te dije la otra vez que si querías la llamaras a Patricia.
—No, a Patricia no. La voy a llamar a Rosita.
—Rosita está hecha mierda, Mabel, llámala a Patricia, es más joven.
—Ah, vos querías que la llamara a Patricia...
—No, ¿cuál era Patricia? Ahora se me confunde.
—Ay, Horacio. Me das vergüenza ajena.
—No me hinchés las bolas, Mabel.
—El semental italiano. Lando Buzzanca.
—Te escucha Francisco.
—Si es igual que vos... Viven alzados.
—Dios...
—Y si es cierto.
—¿Sí?
—Sí.
—Pero... qué cosa... ¿No te conté?
—¿Qué?
—¿Ah, no? La otra vez fui a cargar nafta y estuve con Almendros. Porque te acordás de Almendros... Me saludó; siempre atento Huberto.
—Basta.
—Hizo dos meses de colimba conmigo, después lo dieron de baja porque falleció el padre y era cabeza de la familia...
—Basta...
—...O algo así.
—¡Basta! ¿Puede ser, Horacio? Cenemos en paz.
—...
—...
—Qué hace, este pelotudo... ¡Francisco!
—Dejalo, cuando tenga hambre va a venir.

Francisco se sentó en la cama y apoyó los codos sobre las rodillas. Estuvo un tiempo recorriendo el contorno de una cerámica del piso hasta que, al fin, encendió el velador. Vacío una mochila sobre la colcha revuelta y agarró del cajón de la mesa de luz marihuana y sedas. Se puso de pie y caminó hasta el armario: sacó algo de ropa. De un bolsillo de alguna de las prendas, cayó un pequeño reproductor de música que ya creía perdido; cuando se agachó a juntarlo, se topó con una cámara de fotos abandonada en el fondo del placard. Por algo aparecen estas cosas, pensó. Metió todo en la mochila y salió por la puerta de servicio. De pronto ya no oía:

—Ahora te preocupa el chico.

—Siempre me preocupó.

—Me trata mal y te preocupa de golpe.

—Desquiciada estás. ¡Francisco!

Se quedaron quietos unos segundos, esperando. De la habitación de Francisco sólo llegaba un leve silbido que se filtraba por debajo de la puerta.

—Éste es un boludo.

—Desquiciada, sí, eso quisieran ustedes.

—A ver, cállate un rato, Mabel.

Horacio se puso de pie, resopló y se dirigió a la habitación de Francisco. Mabel dejó sobre la mesa un repasador y lo siguió, entusiasmada. No escuchaban ningún ruido; parecía no haber nadie.

—No, pará, Horacio.

—¿Qué?

—Tocá, antes. Ya es grande el chico.

—¿Por qué lo decís?

—¿Eh?

—Qué habrás hecho...

—Nada.

—No habrás empezado a escuchar detrás de la puerta de nuevo, ¿no? A hacerte la boluda y abrirla directamente.

—¡Horacio!

—Por algo lo dirás, a vos que te encanta no dejar vivir a la gente.

Horacio golpeó fuerte, más que nada para tapar cualquier contestación de Mabel. Como la calma era persistente del otro lado, abrió la puerta y entró. Mabel encendió la luz sin cruzar el umbral. El escape de Francisco había sido perfecto. Su teléfono estaba sobre la almohada: en la pantalla, como fondo, había dejado estampada una foto de sus testículos.

13.

—Qué linda esa remera.

—¿Te parece?

—Sí. ¿Me la prestás?

—Te va a quedar grande.

—Me va tu onda.

—Genial, entonces.

—¿Qué edad tenés?

—Veintiuno.

—No mientas, debes tener dieciséis.

—Dieciocho... casi.

—Un bebé.

—¿Bebé?

—Lindo.

—Bueno, ¿y?

—Sos mala onda, eh.

—No, es que quiero que me termines de decir.

—Bueno, de ahí, de esa ciudad, te tenés que tomar otro micro. O un remís.

—Y, otra no me queda.

—Sí, porque a ese Ciervo Muerto no viaja ninguna empresa que yo sepa.
—No.
—¿Es un pueblito?
—Sí, creo que sí.
—¿Cómo, no sabés?
—No, nunca fui.
—Ah.
—Bajón.
—Yo te conozco a vos.
—No creo.
—¿De dónde te tengo?
—No sé.
—Sos actor.
—No.
—Entonces, ¿querés un pasaje?
—Sí.
—¿Qué horario?
—El próximo que salga.
—En dos horas. Veintidós treinta. Llega diez y media, horario de mañana. No es coche cama.
—Está bien.
—¿De verdad no sos actor?
—No.
—Veintidós treinta horas, plataforma sesenta y dos a setenta y seis, asiento treinta y cuatro. Se anuncia: ciudad de Mendoza.
—Gracias.
—No te quedes dormido.
—No, ahora me ubico.
—¿No me llevás?
—¿Adónde?
—Adonde cagó el conde.
—Ja. Qué nabo.
—Con vos.
—No.
—Malo.
—Gracias.
—Chau, bebé.

Francisco dobló el pasaje y lo guardó en el bolsillo del chupín. Buscó con qué hacer tiempo; rumbeó hacia los canteros de la entrada. Por allí, entre el aire fresco, persiguió hasta el horizonte el fascinante enigma de un avión: cuánta gente se necesitaría para poder poner eso en el cielo, y cosas así, hasta que oyó un leve crujir que venía de entre sus zapatillas: un ratón moribundo perdía sangre por el hocico. Se paró con aversión y emprendió una carrerita hasta dentro. No quiso rozar el tedio y bajó unas escaleras, para hacer algo. Se refugió en un puesto de diarios que tenía un halo de luz celeste, casi gris. Vio con interés algunos libros que desconocía por completo, la mayoría best sellers y compró uno que en la tapa tenía un dibujo abstracto. Le pareció un revoltijo de tripas. Se relajó sobre la baranda que llevaba al primer piso y empezó a leerlo, apretando la mochila entre las pantorrillas. Sin embargo, no pudo pasar las dos primeras páginas. Tenía más cosas para contarle él a esas palabras que ellas a él. Así que marcó la página con la solapa y guardó el libro en la mochila. Más tarde, ya en viaje, lo retomaría. Cuando se acercó la hora, empezó a deambular de un lado al otro entre las plataformas señaladas. Poco rato después ya lo hacía con la ansiedad de quien no quiere soltarse de la mano que lo va a sacar con un tirón de un mar de mierda. Su andar arrebatado le hizo desoír el altavoz que informaba la llegada de su micro, y mimetizarse con la gente que,

como él, también iba y venía. Se chocó a varias personas y no supo qué decir. Alguien le pidió un cigarrillo; aclaró que no tenía, se había olvidado de comprar. Otro le consultó algo que no entendió y respondió que sí, de cualquier forma. Se empezaron a aglomerar personas con las que, sospechó, nunca le interesaría hablar. Pero un rato después llegó el micro, Mendoza capital decía, y no, no, pensó que sí, que les preguntaría cosas a cada uno, qué buena onda.

14.

Todavía hacía un poco de calor cuando vino. Me acuerdo porque yo andaba con este vestidito. Luis me había cansado con esas idas y vueltas que tenía con Juan, el padrastro. Todos los días la misma historia. Parece que Juan venía lloriqueando después de cada caza. Lo que más le hacía llorar era cuando mataban un ciervo. Un puma también, pero más los ciervos. Luis se le reía. Lo comparaba con el padre y al otro no le gustaba. Yo lo conocí al padre. Era muy chica pero me acuerdo. Era un hombre bastante alto, era de reírse. Pero muy firme, muy seguro de lo que hacía. Luis lo quería, pero cuando se murió lo empezó a odiar de a poco. No se murió, lo mataron. No es lo mismo. Él fue el que empezó acá con eso de llevar gente a cazar. A él le daba lo mismo si mataban un puma, un ciervo o un jabalí. De eso me acuerdo: de que el padre de Luis decía que los jabalíes y el zorro gris eran una plaga. Plaga son los perros muertos de hambre que hay acá. A mí me da lástima que maten animalitos. Pero decí la verdad: si un puma te ve te ataca y te mata, es defenderse, también. Y además, si no fuera por ustedes, los de Alemania y Europa que vienen a cazar, esto sería una muerte. No habría nada. Si acá no hay nada, no crece nada. Fijate que más allá es puro desierto. Desierto por todos lados. Seco, seco. Una vez una que vive por allá amamantó a un cachorro. Las perras están secas. Yo tengo miedo de quedarme seca así. Y el día que él vino, ni bien yo lo vi, quise tener un hijo de él. Un hijo de él, no de Luis que es medio indio. Bah, capaz era, porque no lo vi más. Por mí que se muera. Algún día va a volver con el caballo cansado. ¿Me vas a decir que no le va a dar miedo andar por otros lados? Si lo único que conoce es esto. Este lugar está hecho para la gente como él. ¿Para qué lo van a querer en la ciudad si no sabe hacer nada que les sirva a los de la Capital? Él no es como el que vino, que era rubio y hablaba como los de la ciudad. Era como los de la televisión, así. Y me parece que nomás con él hice el amor en mi vida. Con vos también, pero con él más. Era suavcito y tierno. Te agarraba fuerte pero no te hacía doler como Luis, que era bruto. Vos también me gustás, pero el que vino era lindo, lindo. Yo nunca había visto en persona a alguien así. Imaginate. Quise tener un hijo de él, para que me salga así. Pero no se pudo. Es importante ser lindo y hablar así. Vos sos lindo, tenés unos ojos grandes, pero yo no quiero tener un hijo con vos. Y menos me hubiera gustado con Luis. Luis era feo. Yo lo quería, pero era feo. Fiero, como decía mamá. Mamá no lo quería a Luis, capaz porque era fiero. Mamá era así. Y Luis ya me tenía cansada, con que el padre, con que Juan lloraba, con el trabajo. Después se puso raro. Y yo no me quería quedar a esperarlo. Todos se van. ¿Vos te vas a quedar? No te duermas, yo sé que me entendés lo que te digo. Las últimas veces que lo vi a Luis se sentaba al lado del arroyo que está allá. Yo creo que pensaba en mí. Aunque capaz pensaba también en el que vino. Se puso raro. Cuando era chico escribía cartitas, no me las quería mostrar, pero un día, sin que se diera cuenta, yo se las leí. Era raro. Y de golpe, así, los dos se fueron. Y no me importa. Vos me querés. ¿Te vas a quedar?

15.

—Estos no andan vestidos de venado. Y después de cazar se van a una parrilla.

—Trabajá de otra cosa, dejame esto a mí que me arreglo solo.

—No me hagás reír, vos.

—Yo, ¿qué?

—Sos un inútil vos.

—Lo haría mejor que vos, que sos flojito, nomás.

—Flojito, sí...

—Podés vos que sos un analfabeto, no voy a poder yo...

—Sabrás leer pero no te das maña para esto.

—¿Maña, decís vos que tenés el cerebro así, como un higo de tuna?

—Fijate que te buscan. Un noviecito, seguro.

—Me podés chupar la toronja.

—Me voy a echar una siesta. Cuando vuelva quiero la chata limpia.

Luis giró y se quedó inmóvil; al verlo, lo navegó un aluvión de sangre fría. Cosas de los sueños, llegó a pensar, ésas que mezclan el miedo y la desazón con las ilusiones desmedidas. Francisco estaba asustado y esperaba una respuesta a su presencia, algún gesto alentador, una sonrisa de consentimiento; especuló, incluso, con que mejor sería irse. Pero Luis, para colmo, insistía en solamente mirarlo, mudo. El tiempo se les hizo largo hasta que Francisco lo cercenó:

—Tranquilo. No tenés que pedirme perdón por lo de los mamuts.

El diámetro que había hasta esos pelos rubios, así, al antojo del viento, hizo que Luis lo percibiera distante, imposible. Había empezado a apenarse, no obstante levantó el brazo perpendicular al suelo y luego estiró el índice.

—Esperame al final de esta calle. Termino acá y voy.

16.

Anotaciones sobre el padre de Luis

De muy chico Luis acompañaba a su padre por las rutas pampeanas buscando nuevas llanuras. Viajaban en una Ranchera por esas sendas interminables. Para que no se aburriera, su padre lo incitaba a leer y a que le fuera contando lo que leía. Y a que cada palabra que no entendiese se la preguntara y anotara con lápiz su significado en los márgenes del libro. Que no ocupan lugar las palabras, y que en algún momento le iban a servir; que era importante, le decía, que no fuera un ignorante como la madre. Luis lo admiraba por conocer todos esos vocablos. Pero secretamente sentía rechazo por su trabajo; lo intuía mezquino: su padre buscaba campos a los que, a cambio de un dinero, pudiera llevar clientes a cazar de manera furtiva. El hecho de hacer una inversión mínima y conseguir lugares para la caza, le generaba buenos dividendos gracias a gringos y porteños, aunque también muchos conflictos con cotos de caza afianzados y en regla. Luis podía ver lo poco que le afectaba a su padre la muerte de cualquier animal, incluso la de aquellos que, se sabía, estaban en vías de extinción como pumas, ciervos, y ni hablar de los chanchos jabalíes o zorros grises. No reparaba en si la carne era apta para el consumo o no. No quería que le faltara nada a Luis y ese negocio era el que sabía hacer. Pero, con el tiempo, comenzó a haber amenazas. Cuando la situación empezó a apretar, su padre no aflojó y una mañana apareció muerto por donde comienza la estepa. Según dejó escurrir Juan en una discusión con Luis años más tarde, se supo que lo habían obligado a salir corriendo por el campo, como quien tira un pájaro al aire, para, luego, dispararle con su propio rifle. Todos sabían quiénes habían sido, eso era simple; sin embargo, nadie

cuestionó la decisión de que ese hombre muriera. Luis contaba con diez años y dejó de leer desde entonces.

Su madre, de origen ranquel, era taciturna y parca. Con muchas dificultades, continuó criando a Luis con desapego y un dolor que traía arraigado desde niña. Así pasó un tiempo, hasta que, harta de vivir en la miseria, se juntó con Juan, un desocupado entre tantos, aunque inquieto y con anhelos. Y Juan vio en esa unión una buena posibilidad de retomar el negocio interrumpido de la caza furtiva, pero encarado esta vez con mayor cautela. Hizo las veces de padre, hasta que ella decidió irse con otro hombre que, como los dos anteriores, también la golpeaba. Juan supo eso y también en qué campo vivía, pero no la fue a buscar: después de todo tanto a él como a Luis les servía para poco. Sin pausa alguna y con cierta repulsión, Juan logró encaminar el negocio de la caza. La muerte, la ausencia y la pobreza eran fantasmas que latían cercanos y Luis fue convirtiéndose en un ser hinchado de sensaciones encontradas.

Recién en la pubertad, Luis dejó de idealizar al padre y se fue quedando con los recuerdos más aborrecibles, aunque secretamente le agradeciera lo que le había transmitido sobre el idioma; y nada más. Durante el comienzo de la adolescencia dejó de escribirle cartas clandestinas preguntándole, como en un sinfín, por qué se había ido. Se quedó solo con sus palabras, enterado de que sería muy probable que nunca más pudiera usarlas con nadie. Y muchas de esas palabras se le empezaron a podrir adentro.

17.

Cuando Luis llegó, a Francisco lo dominaba un sueño profundo y cada tanto se le desprendían de los brazos movimientos pequeños pero bruscos. Estaba acurrucado debajo de un caldén. Algunas hojas se le habían pegado a la remera; era como si la naturaleza hubiera querido enredarlo, apropiárselo. Ni pensó en despertarlo. Sólo se sentó a su lado y esperó. Mientras lo hacía, desmenuzó algunas hojas secas con las manos, emitiendo el menor ruido posible. Se abrazó las rodillas y empezó a envolver de pensamientos los arreboles. Cada nube que se disolvía en el cielo era otra pregunta sin respuesta. Hacía un rato nomás había estado inventando mentiras para que Adriana no supiera hacia dónde se escapaba; no hubiera sabido cómo explicárselo, porque él tampoco sabía qué hacía Francisco en su pueblo. Le había hablado de cansancio; ella no se quejó y se fue a lavar los platos con la madre. La llegada de Francisco, de manera instantánea, le había multiplicado en el pecho la aplanadora sensación que cada domingo le reclamaba las caricias truncas de la niñez. Creyó, cuando ya se ponía la noche, que sería mejor salir corriendo; que su ausencia iba a dejarle claro a Francisco que no tenía que estar ahí, y entonces, al entender eso, él partiría. Pero se dejó verlo dormir: sobre su mochila, con las manos entrelazadas, Francisco había improvisado una almohada. Notó que los labios entreabiertos dejaban asomar los dientes superiores, blancos; eso le impactó: qué blancos. Mimetizado, le resultó inevitable imaginarse a sí mismo dormido y observado. Se sintió incómodo, desnudo, pobre. Y una pena extraña lo obligó a quedarse, a aguardar, con la ansiedad de quien quiere la verdad, aunque llegue para arrasar, como la tormenta. Cuando apenas una luz lunar perdonaba la oscuridad que casi había hecho desaparecer todo alrededor, Luis escuchó que Francisco decía algunas palabras ininteligibles y empezaba a soltar los últimos sueños.

18.

—Acá hace más calor que en Capital.

—Está lindo, ¿no?
—Sí, el frío no me va.
—Ahora levantó viento. Está haciendo fresco.
—Pero es un fresco cálido.
—Dijiste un oxímoron.
—¿Qué es oxímoron?
—Un sorete.
—Metételo en el orto, entonces.
—¿Qué es eso?
—Un sorete.
—Ya sé qué es eso, marihuana.
—¿Probaste?
—No.
—Te va a gustar.
—No, prefiero que no.
—No pasa nada. Pitá.
—Pero, ¿qué hace?
—Nada.
—¿Y entonces para qué?
—Qué sé yo qué hace... depende del que la fume. Te cagás de risa, te colgás, te paranoiqueás. Una bocha de cosas.
—¿Te paranoiqueás?
—Y depende de cómo andes. Vos ¿cómo andás?
—Bien, ¿vos? ¿Tu familia bien?
—Dale.
—Ando bien.
—Mejor, entonces.
—Bueno.
—Más fuerte pitá.
—¿Así?
—Sí. Otra.
—¿Otra?
—Dale.
—...
—...
—No hace nada.
—Esperá.
—No hace nada esto.
—...
—Francisco...
—¿Qué?
—Nada.
—...
—¿De qué te reís?
—De tu cara.
—¿De mi cara? ¿Por? ¿Por los pozos?
—¿Qué pozos? No.
—...
—Te colgaste.
—¿Cómo? ¿Qué es colgar?
—Un sorete.

—¿Me colgué? ¿Eh?
—Te distrajiste.
—Sí, es raro esto.
—...
—¿Por qué te reís de mi cara?
—Porque me da risa.
—¿Qué te da risa?
—Tu cara.
—¿Por?
—Es graciosa.
—¿Pero por qué?
—Nada, boludo.
—¿Qué me mirás?
—No pasa nada, Luis.
—...
—Luisote.
—...
—Luisín.
—...
—Luisaso.
—Francisco...
—...
—No me pega nada.
—Sí, si te colgaste.
—¿Me colgué?
—No pasa nada.
—Ah, es normal.
—Sí.
—Qué porquería es esto, entonces.
—No será para vos.
—...
—¿Quién era el que estaba en tu casa?
—¿Quién?
—Ese que estaba.
—Juan, mi padrastro.
—Ah.
—...
—...
—No quiere mucho a los de Capital, dice que son ladrones; por eso no te invito a mi casa.
—Tranqui. Me gusta este lugar.
—¿Vas a dormir acá?
—...
—...
—¿Eh?
—...
—Sí, no hace frío.
—¿No? A la madrugada te vas a cagar de frío.
—Tengo una campera.
—Te voy a traer alguna frazada.
—...
—¿Cómo?

—¿Qué?
—Nada.
—Ah, pensé que habías dicho algo.
—No.
—Me habías dicho de un lugar...
—El riacho.
—¡Sí! ¿Cómo supiste?
—El porro... tiene propiedades adivinatorias, por lo visto.
—¿Qué es adivinatorio?
—Que adivina.
—Ah, claro.
—Como la pijomancia.
—Ja, sí.
—Pero es un arroyo, te mentí.
—¿Qué diferencia hay? ¿Vamos mañana?
—No sé.
—¿Por?
—...
—¿Eh?
—Nada. Mañana vamos, si querés.
—Me gustaría.
—Así te bañás, mugriento.
—¡Shh!
—¡Ah! Si tenés un olor a chivo.
—¡Shhhh!
—...
—...
—¿Qué?
—¿No escuchás un ruido por ahí?
—No.
—Anda alguien. Posta.
—El viento ha de ser.
—Por allá, escuchá.
—Te pintó a vos la paranoia. El experimentado.

19.

—Y metete.
—Metámonos.
—Metete. Yo en un rato me seco, tengo que volver a casa.
Francisco estaba a pasos de Luis, algo aburrido. Jugaba a caminar por el borde, lo más cerca del agua que pudiera, sin mojarse él ni la ropa que se habían sacado ambos para meterse al arroyo. Cuando fue vencido, se zambulló y nadó hasta la otra orilla; allí se sentó. Había un sol tibio, agradable, pero sintió algo de frío. Se frotó las piernas y miró a Luis que estaba recostado sobre una piedra: tenía los pies en el agua y la cabeza apoyada sobre sus zapatillas. Se lo veía dedicado al sol.
—¿Sobre esa piedra cogen?
—¿Cómo sabés?
—Me lo contaste.

—¿Cuándo?
—Anoche, nabo.
—Ah. Sí.
—¿Y no los ven?
—No.
—¿Qué sabés vos?
—No sé. Cada tanto cambiamos de lugar.
—Dale...
—No anda nadie por acá, y si anda alguien que mire.
—Los vieron.
—Un turista. Una vez.
—Eso pensás vos.
—Nos dimos cuenta esa vez, quién te dice, pueden ser más.
—Les gusta.
—No.
—Sí.
—No.
—¿Y no les jode?
—Nosotros seguimos en lo que estábamos. Ni nos importó.
—Exhibicionistas.
—Por una vez... Ni vizcachas andan por acá.
—¿Vizcachas?
—Esto no es Capital. Acá no pasa nada.
—...
—¿Le das por atrás a tu novia?
—¿Por?
—Pregunto, si le das.
—Sí. ¿Vos?
—No. No quiere.
—Capaz es distinto.
—¿Allá todas quieren?
—No. Yo la tuve que convencer.
—Ah, ¿no quería?
—No, ninguna quiere.
—Adriana no lo hace por miedo a que alguien se entere.
—Claro.
—Si al principio lo único que hacía era abrirse de piernas.
—Pasa.
—Pero después arrancó.
—Yo le dije un día que si no me lo daba se terminaba.
—Y te lo dio.
—Si fuera por mí, le daría siempre por atrás.
—¿Es más fácil?
—No, pero no me vuelve loco la concha.
—A mí tampoco, prefiero las tetas.
—Me parece que a los hombres no les gusta la concha. A la mayoría.
—Se me paró.
—A mí también, un poco.

Luis se puso de pie, se quitó el slip y se recostó de nuevo. Francisco alcanzó a verlo y le pareció raro: nunca había visto ropa interior así; tenía un agujero, además. Luis se sintió observado y supuso qué estaría pensando Francisco porque, ni bien lo vio, se desentendió escondiendo su rostro detrás

de las rodillas. Cuando Luis cerró los ojos, Francisco volvió a meterse al agua y, con sigilo, se fue acercando a él, usando los brazos como remos. Avanzó despacio como quien tiene el deseo de ver si un cuerpo inmóvil está muerto en realidad. En mitad del camino, sin embargo, se quitó el bóxer y se lo arrojó a la cabeza con una brusquedad que no estaba exenta de furia. Luis, empapado, con agua chorreándole por la frente, se incorporó de un impulso y, de golpe, estalló en una risa. Francisco se miró la zona genital.

—Hace frío, boludo.

—¡Qué frío, mirá la mía!

Y Luis, sin ponerse de pie, empezó a orinar apuntando hacia donde estaba Francisco; intentó alcanzarlo con el chorro, pero los separaban varios metros. Aún así, Francisco intentó esquivarlo.

—La tuya está medio morcillosa, por eso.

—Igual te la imaginaba así, y eso que no hago eso que hace tu novia.

—Chupala.

—Tu novia... que anda adivinando porongas por ahí.

—La tuya se las come, directamente.

—Me la voy a montar a la puta de tu novia.

—Eso quisieras. Pero no le gustan los indios fieros como vos.

—¿Indio fiero, yo?

—Indio y puto, porque se te para conmigo.

—Y yo cago a piñas a los rubios por tener el pito corto.

—Tu abuela, pito corto.

—Y me los cojo.

—Descuidate y la tenés adentro.

—Si no se te para bien esa mierda.

Luis interrumpió el chorro de un tirón. A Francisco eso le extrañó. Le dijo:

—Ahora hay que sacar el tapón y vaciarlo al arroyo, está contaminado con meada de indio comanche.

Los dos rieron. Luis se puso en cuclillas y se zambulló en pos de atraparlo. Bracearon con fuerza, hábiles, por donde se espejaba el sol, hasta que en un momento Francisco notó que Luis ya no lo seguía: estaba clavado en el agua y había desaparecido su sonrisa. Entonces dejó de nadar e hizo pie en el fondo dispuesto a preguntarle qué le pasaba, pero vio a lo lejos la silueta de una chica. Y de inmediato volvió a sumergirse asegurándose de que la superficie le trazara una línea sobre el pecho. Se colocó las manos en los genitales, para defenderse de lo traicionero del agua. Luis, fastidiado, no le hizo comentario alguno a Adriana; hundió la cabeza y se quedó unos segundos flotando con brazos y pies extendidos, como un cadáver que anda a la deriva, inflado. Ella supervisaba la situación con gesto suficiente pero un poco confundida.

—Te busca Juan.

Adriana miró con desconfianza y una histriónica apatía a Francisco, pegó media vuelta y desapareció entre las colas de zorro. Luis se fue quitando el agua camino a la orilla. A Francisco la presión de sus manos sobre los genitales le había generado una erección y empezó a masturbarse, sin generar movimiento en el agua; solamente se los acariciaba. Luis, abocado como estaba a terminar de ponerse el slip, malhumorado, en silencio, no se percató. Se calzó los pantalones de espaldas a Francisco, y se quedó inmóvil, con la remera al hombro y las manos en la cintura. Le rondaban pensamientos, se veía.

—Te veo mañana, Francisco. Esta noche mejor no salir de casa por cómo deben estar las cosas.

Cuando terminó de escuchar, Francisco vio cómo su semen se ramificaba con una textura distinta, opaca, y se iba con la correntada. La evaluó como una de las mejores pajas de su vida, de las más rápidas y de orgasmo más intenso. Se quedó atontado, vencido por los sentidos. Luis seguía a la espera.

—Respondeme, alcornoque.

—...

— Te veo mañana temprano en donde está tu caldén.

—¿Caldén?

—El árbol.

—Ah, sí.

—Esperame.

—Te veo mañana ahí.

—Chau.

—...

—Chau.

—Bye.

Luis lo contempló unos segundos sin gesto alguno y volvió su mirada hacia el horizonte que lo aguardaba. Francisco lo miró alejarse hasta que una hondonada se lo comió. Cuando cambió el ángulo de su visión pudo notar que su semen ya no estaba: se lo había apropiado el arroyo. Se hundió en el agua. Debajo, abrió los ojos.

20.

—Mamá... pará, no grités, ni hagas pelotudeces. Estoy bien. ¿Vos? ¡Pará un poco! Quise irme, unos días, no pasa nada. Estoy bien, estoy bien... ¡estoy bien! Si seguís así, te corto. No se te entiende nada, volviste a chupar. ¡Es que no tenés que preocuparte! Uf, qué paja... ¿Y papá? ¿Eh? Pero si ya te pregunté cómo estabas vos, no rompás los huevos, ahora preguntaba por papá. No me dijiste cómo andaban ni vos ni papá, al final... ¿Y qué sé yo cómo andan? No es para preocuparse... No, no me imaginé tanto... No es de desagradecido, ya voy a volver, bancá. No sé, todavía. Ah, ¿llamaron? Y bueno fue. Sí, fue. La hará el otro. No me interesaba. Era para mí la plata, así que no te preocupes. ¿Yo? ¿Cuándo te pido? Hago lo que se me canta, mamá. Te estoy diciendo que estoy bien. No es secuestro express, quedate tranquila que no van a tener que pagar nada. ¡Y vos sos la que jode con el tema plata! ¿Cómo van a hacer la denuncia? ¡Son pelotudos! Avisen que no, no quiero que nadie me busque ni me rompa las pelotas; si no la retiran, sí que no vuelvo más... Qué sé yo, me colgué; ya fue, les aviso ahora. Bueno, es lo mismo, y si no es lo mismo, me da igual. No te importa. No te voy a decir. Decile a papá que estoy bien. No sé, te dije, en unos días. No se puede hablar con vos, es al pedo. ¿Por qué no me escuchás? ¡Pero calmate, mogólica! Me hacés reír, estás contenta, parece que hubieras garchado. ¿Garcharon con papá en mi ausencia? Por qué no, capaz la soledad los excita. Vos sos tarada. Bueno, mamá, te llamaba. Quiero que estén tranquilos. Ya cumpla dieciocho, no me jodas. Andá acostumbándote. Me voy a la mierda, ya estaré por allá. Pero no me esperen. Te voy a cortar, te voy avisando, para evitar otro ataque de concha. Sí, bien. Sí, tengo plata. Sí a todo. Te corto, mamá. No tomés más y andá a dormir así cortás el pedo. Chau. Te corto. Hay interferencia... no se escucha... no se escucha... chau.

Francisco cortó. El calor de la cabina lo había hecho transpirar. El vapor ya se adosaba a los vidrios y abrió la puerta de un manotazo, buscando aire. Respiró profundo, se limpió el sudor de la frente y fue hasta el mostrador.

—¿No tienen Internet, no?

El hombre que atendía colocó el cigarro al borde de la caja registradora. Se relamió los labios.

—No, más adelante vamos a poner, en una de esas.

—¿Cuánto es?

—Es al pedo. Estos indios no tienen idea de lo que es el Internet.

21.

Llegada la noche, Francisco improvisó un fuego con ramas. Había tenido que caminar bastante para encontrarlas: sólo se topaba con pequeños arbustos. Pareciera que al caldén no le gusta tener árboles cerca, pensó. Por primera vez notó que, de noche, Ciervo Muerto no era más que un puñado de lucecitas tenues. Apenas se oía algún ladrido de vez en cuando. Intentando evadir lo desamparado que esto le había hecho sentir, con la llama encendió un porro. Un rato después se vio riendo de la voz de su madre: no supo bien por qué, el timbre, matices; y también por el olor a transpiración y a humo que tenía. Nunca había imaginado soportar en él un olor así. Reía, se percibía distinto. Se fue relajando hasta que le pareció oír algo que rondaba en lo impredecible de la oscuridad, ahí donde no llegaba el resplandor del fuego. Pensó en víboras o en eso que había mencionado Luis: vizcachas, algo así. Pero la marihuana era buena, la sensación que experimentaba era placentera. Se retrepó sobre el caldén y de a poco empezó a cerrar los ojos. Estuvo así algún tiempo hasta que, de manera nítida, una rama crujió muy cerca, y se sobresaltó; se quedó a la espera, agazapado. A ese sonido lo siguieron unos pasos en la hierba cada vez más próximos, hasta que la luz naranja intermitente animó, desde abajo, los rasgos de Adriana.

—Qué olor. ¿Qué ramas le pusiste al fuego?

Francisco se incorporó, y, mientras su corazón aminoraba la marcha, señaló vagamente.

—Unas de por allá.

Adriana se arrodilló muy cerca de la madera que aún no había sido abrasada. Traía una botella de cerveza. Intentó extenderse a Francisco, pero mediaban las llamas, así que rodeó el fuego y se sentó prácticamente junto a él.

—¿Sabés abrirla?

Francisco agarró la botella, estaba bien fría, apoyó una piedra ovalada de manera perpendicular en el pico y, con un golpe seco, hizo saltar la tapa que se perdió por ahí, entre la hierba grisácea. Le devolvió la cerveza a Adriana. Ella bebió con ganas, varias veces, y se la extendió a él, que también bebió.

—Te chorreaste.

—¿De qué te reís?

—Ay, no sé.

—Qué.

—No, nada.

—¿Qué?

—Cosas de una.

—...

—Sos tan lindo.

—¿Y Luis?

—Quedate tranquilo. No sabe.

—Agarrá.

—Hoy escuché todo lo que hablaron.

—...

—Qué estúpidos son los hombres.

—¿Sí, no?

—Más pavos...

—Sí, las mujeres son más inteligentes.

—No es cierto lo que él decía.

—¿Qué cosa?

—Es muy lindo tu cuerpo.

—Te chorreaste vos también.

—Ay, ¿sí? Qué vergüenza.

—No pasa nada.

—Tomá.

Francisco tomó un trago largo y apoyó, pensativo, la botella sobre la tierra. Adriana se sacó la remera. Sus tetas eran hermosas y la piel brillante y trigueña.

—¿Y yo?

—¿Qué?

—¿No soy linda para vos?

—Eh...

—¿Sí o no?

—Sí.

—Y bueno, decilo.

—Estoy de novio.

—Ah, ¿sí?

—Ahá.

—¿Y cómo se llama?

—Delfina.

—Tiene nombre de pescado.

—Sí. Nunca lo había pensado.

—¿Y ella cómo es?

—Muy personaje.

—Linda debe ser.

—Y puta como todas las mujeres.

—Estás borracho.

—Sí, es linda.

—¿Es muy linda?

—Pero no me gusta por eso.

—¿Y por qué te va a gustar?

—Porque es oscura.

—¿Negra?

—Tiene una cabeza deforme.

—Pavadas. La extrañas.

—A veces la odio un poco. Pero, si esto existiera, ¿o existiese se dice?

—Qué sé yo, mirá lo que me preguntás.

—Si el amor existe... la amo.

—Y seguro que ella también.

—Ojalá que no.

—Ay, ¿por qué no?

—No sé.

—Yo te amaría si fuese ella.

—Nunca nos lo dijimos. Ella es muy inteligente.

—¿Querés verla?

—No sé. Sí.

—¿Viste? Yo sabía.

—¿Qué?

—Y...

—¿Que la extraño?

—No.

—¿Entonces?

—Que no te gusto.

—Qué sé yo.

—¿Viste que no?
—Vos viniste.
—¿Sabés mi nombre?
—Sí, Adriana.
—No me gusta mi nombre.
—¿Por?
—¿Te puedo dar un beso?
—No.
—Uno.
—No, ni ahí, Adriana.
—No te hagas el importante, qué te pensás. No sos tan lindo.
—Yo no te dije nada...
—Entonces, te puedo dar un beso.
—Luis es mi amigo.
—¿Nunca estuviste con la novia de un amigo?
—No.
—Ay, yo sí lo he cagado al pobre Luis. Pero lo quiero.
—Ja, ¿sí?
—Es medio estúpido para eso.
—O se hace el boludo.
—Igual, no me mientas.
—¿Con qué?
—Con que no la corneaste.
—Puede ser.
—¿Y entonces?
—Pero ahora no quiero.
—Mirá que yo no soy india.
—¿Y qué tiene que ver?
—Me estás rechazando porque soy india. Pero yo no soy...
—No, vos me estás buscando.
—...y eso es discriminar.
—Eso es cualquiera, flaca.
Adriana se lanzó sobre Francisco, pero él arqueó el torso y alejó la cara.

—Pará.

Se quedaron unos instantes así, escuchando sus respiraciones, tensos. Ella le acarició la entrepierna crecida, le sonrió con picardía e intentó desabotonarle el chupín. Francisco estaba a punto de ser vencido, pero le agarró la mano y se la quitó como quien se quita una araña. Después, se puso de pie y miró la oscuridad.

—No.

—Sos raro.

—¿Y por qué?

—Sí, sos raro.

—Creo que mañana me vuelvo.

—¿Por qué?

—No sé. Para no irme... con algo que no vine a buscar.

—Sí, sos muy raro vos.

Adriana se paró, se puso la remera y lo observó, extrañada, sin decir palabra. Francisco le devolvió la botella.

—Tomá.

Adriana la agarró, se tiró un chorro sobre el pecho y bebió mientras se acariciaba un pezón bien visible gracias a la tela recién mojada. Vio que el fuego se iba cñendo a falta de leña y se fue

caminando hasta donde llegaban los ojos de Francisco. Sus pasos se oyeron cada vez más rotos por las chicharras hasta que, finalmente, desaparecieron. Aún de pie, Francisco apoyó su espalda sobre el caldén. Sintió ganas de contarle todo a Delfina. Quiso fumar, pero el porro ya se había extinguido. Y así se quedó, buscándole el sentido a las estrellas.

22.

—¿Y?

—Bancá.

—¿Pero qué te hace?

—Ya te expliqué.

—Me da ansiedad.

—Vos tranquilo. Te di un cuarto nomás.

—No me dijiste qué te hace.

—Todo: el viento, la noche, el fuego... es como veinte veces más... no sé cómo decirte.

—Intenso.

—Sí.

—Pero... no me hace nada.

—Bancá, te dije.

Luis estaba tirado sobre la hierba. Tenía los labios entreabiertos y los ojos atentos: miraba el cielo como por primera vez. Francisco vio la luna cómoda en los ojos negros de Luis; quiso dos lunas más para él y se recostó a su lado. Prestó atención al cielo estrellado y pensó: qué diferentes son las noches de pueblo.

—Siempre quise estar en un lugar así para tomarme una pepa.

—Yo tenía una cotorra que se llamaba así: Pepa. Se murió de sitacosis.

—Ayer no aguantaba de ganas, pero quise esperar y tomarla con vos. Es la única que traje.

—Buena onda.

—Ah, estás aprendiendo.

—Sí: buena onda.

—Cada vez que iba a un lugar con naturaleza estaba con mis viejos y no daba.

—¿Qué?

—Drogarse.

—No da, no.

—Y si mi viejo me veía así, en cualquiera, me cagaba a trompadas.

—¿Te pegaba tu viejo?

—Creo que ahora ya lo cagaría a trompadas yo.

—Vos que tenés no lo cagues a trompadas.

—No, todo bien con él.

—¿Qué hace?

—Tiene campo. Va y viene. ¿El tuyo?

—¿No escuchaste? No tengo.

—Ah... no sé, podía estar separado...

—No.

Durante unos segundos se chocaron las miradas. Francisco fue el primero en evadir.

—Es mi cumpleaños hoy.

Luis no respondió; recuperó sus lunas. Con el revés de una mano tocó la de Francisco; fue sin querer. Y así se quedaron, durante horas; juntos, pero en cosmogonías distintas. El tiempo avanzó dominado por imágenes y sensaciones ajenas. Cuando amaneció, Luis, lúcido, pero con un cansancio extrañísimo, notó que Francisco ya no estaba. Supo inmediatamente que se había ido; ni lo buscó, ni voceó su nombre. Le había dejado la mochila. Y dentro de ella, un pequeño aparato y un papel con una frase que no llegaba a entender del todo, ni su significado, ni tampoco algunos signos.

En alguna terminal de ómnibus Francisco compró un jabón. En el baño se lavó el torso y las axilas. Llegada la hora, se subió al micro que lo devolvería a Buenos Aires. Reclinó lo más que pudo el asiento. El sueño y un sol tibio lo derrotaron poco después. El best seller descansaba sobre su pecho. Marcaba en él, con un dedo, el punto en el que la historia se había detenido, ya cercana a la mitad. En los márgenes de cada página había diferentes anotaciones: frases, situaciones. Y algunas palabras nuevas.

IV

23.

—¿Vos volviste a tomar, Mabel?

—Todo esto me puso nerviosa.

—Si vas a tomarme todo el whisky, tené la gentileza de comprarme otro.

—Ay, bueno.

—¿Dónde mierda voy a conseguir a esta hora?

—Mañana te compro.

—A ver si es cierto.

—Por un día que no tomés, no te vas a morir.

—Llegó.

—Sí, está acostado.

—Ah, descansando está la criatura.

—No, no, pará; vení. Pará, Horacio, vení.

—Ah, ahora no querés que le diga nada.

—Esperá.

—Me rompiste los huevos para que lo cagara a pedos cuando llegara y ahora tengo que dejarlo descansar...

—Importa que esté acá, Horacio. Ya hablaremos con él.
—Yo no te puedo creer.
—¿Qué es lo que no podés creer?
—No, perdón, te creo. Pero lo que nunca voy a poder es entenderte.
—Ah, eso no me asusta, vos solés no entender.
—La que pareciera que no entiende sos vos.
—¿Yo?
—Sí, vos.
—Yo sé muy bien cómo criar a mi hijo.
—Veo...
—Me la pasé encerrada acá, toda la vida, criándolo.
—Tan encerradita no habrás estado.
—Mirá, yo qué sé lo que hacés vos cuando no estás. Por favor.
—Sí, por favor.
—No aclaremos que oscurece, ¿no?
—...
—A ver... negame.
—¿Qué? ¿Qué querés que te niegue?
—Las cosas que harás...
—¿Lo de Almendros, por ejemplo?
—Ya saltaste con Huberto.
—Ah, no le gusta a la señora...
—Qué basura que sos, Horacio. Estamos hablando de otra cosa.
—Y yo también.
—...sobre que la que está siempre acá y la que estuvo siempre fui yo. Así que es mi hijo y yo decido.
—Sí, hacé lo que quieras. Ponele un moño, la verdad.
—No te importa, ¿ves?
—Estoy cansado.
—¿Y yo?
—...medio podrido.
—No te hagas el víctima, por favor.
—Dije que estaba cansado.
—Y medio podrido.
—...
—¿Qué, qué ibas a decir?
—Qué querés que te diga. Yo también estuve, Mabel.
—¿Cuándo?
—Siempre.
—¿Dónde?
—Acá o trabajando. Si no lo sabés ver...
—Qué voy a ver si no se te veía por acá; si no se te ve.
—¿Vos eras la que traía la guita a casa?
—Ahora yo no trabajé...
—Sí, trabajaste. Y, por lo visto, bastante mal hiciste las cosas.
—Es verdad, perdoname, todo es culpa mía.
—¿No decís que es hijo tuyo?
—Además, como si acá hubiera llovido la plata.
—Nunca te faltó nada.
—Tu sirvienta fui.
—Ya arrancamos...

—Tu sirvienta.
—A ver con qué vas a salir. Porque me lo veo venir.
—Con nada.
—¿Con qué? ¿Con lo de que no me devolvieron el freezer?
—No.
—Con la escritura de esta casa, con mi mamá... ¿no?
—Bueno, a ver, ya que estamos, ¿por qué pusiste esta casa a nombre de tu hermana y de tu mamá?
—Ya es un tema hablado eso, Mabel.
—¿Y yo?
—También es tuya, por Dios.
—¿Y por qué no estoy? No figuro.
—Se dio así para simplificar.
—Me lo hubieses dicho, entonces.
—Ibas a reaccionar.
—Claro que iba a reaccionar contra vos y contra esas dos hijas de puta, por traidoras y falsas.
—¿Cómo dijiste?
—¿Qué?
—Repetí lo que dijiste de mi familia, ¿o me pareció escuchar mal?
—¿Me vas a levantar la mano?
—Sí, habría que cagarte bien a trompadas a vos.
—Ni casa tengo.
—Yegua.
—¿Cómo? Hablá alto.
—Pedazo de yegua.
—¿Ah? ¿Me agredís, hijo de puta?
—Cállate.
—Una sirvienta fui.
—Pero qué sirvienta, Mabel, por favor. Acá se hizo siempre lo que vos quisiste.
—Ah, pero mirá de lo que me vine a enterar...
—Yo quise tener más hijos. Nunca me lo respetaste. Te cerraste como un culo y así fue.
—Porque los ibas a criar vos ¿no?
—No me corras con eso. Estás enferma con este boludo que hace lo que quiere y hay que perdonárselo. Ves, ahí tenés: yo no estoy porque no querés que esté. Vos y este tarado se pueden ir a la puta que los parió. Mañana voy a hablar con él. Vengo cansado del campo. Dejame dormir. Mañana veré si lo cago a patadas en el culo o le doy un beso en la frente y le compro un porro a la luz de mis ojos.
—Andá, andá, mejor.
—No te tomes el alcohol de quemar.
—Quedate tranquilo, mi amor, te voy a dejar un culito.

Francisco estaba frente a la pantalla en blanco de su computadora, inquieto. No se animaba a tentar palabras que, estaba seguro, descartaría inmediatamente. Había abierto una página a la que llamó: 700palabras. En ella ensayaría algunos textos, pero no estaba seguro de qué poner. Pensó que lo mejor sería abandonar lo que nunca había empezado y fue a recostarse. Después de un trunco coqueteo con el sueño, pegó un salto y se puso a dar vueltas por la habitación. Erraba. Necesitaba limpiar, quitar cosas, despejar; miró a su alrededor: había colgadas en las paredes algunas publicidades gráficas en las que se vio ajeno. Las arrancó; amasó un bollo con ellas y lo arrojó al cesto. Dudaba. Se echó sobre la cama nuevamente y armó un porro. Lo encendió, le pegó una pitada y lo dejó en el borde de su mesa de luz. Volvió a enfrentar el teclado; empezó a escribir. Descubrió que no podía escribir sin mirar las letras y sintió vergüenza, pero fue sólo una sutil vacilación, no pensaba abandonar el impulso: ya había informado de la existencia de la página en sus redes

sociales. A las 2:37 de la madrugada, acompañado de una foto que había sacado al caldén, quedó oficialmente publicado su primer texto.

24.

—Revisando lo que visita mi hija por internet, encontré esta página, o como se llame, porque esto muta constantemente. Bueno, uno es un académico respetable pero no deja de ser padre... Cuando la leí me pareció interesante para entender, para tener una noción más acabada de qué leen los adolescentes y, en consecuencia, qué sienten, qué los conmueve y, por sobre todo, qué les pasa; qué dejan filtrar a través del idioma, de lo que dicen. Mi hija, como todo adolescente, es muy díscola y muy celosa de sus cosas y de su ámbito, pero, en fin, el precio que tuvo que pagar para poder usarme el wi-fi, fue responder algunas preguntas sobre quién escribía en esta página. Pude sonsacarle que le pertenece a un joven que va a su mismo colegio y que, seguro, le gusta. Lo cuento porque mi hija no está acá, si no me mataría; me diría: te odio, papá, y se encerraría en su habitación. Ahí tienen una foto, lindo pibe, ¿no? Para las chicas presentes... o chicos, ahora nunca se sabe. Entonces, bien, mi hija leía o lee de manera esporádica lo que escribe este muchacho. Pensé que conocer lo que posteaba, o como se diga, era conocerlos a ambos y por extensión a mucha gente de su edad. Había bastantes textos, breves en general. A ver... analizar el camino, el proceso, por decirlo así; hablar de la cohesión, contenidos, ortografía, etcétera, de lo publicado... sería una burla; sería burlarme. Y, en definitiva, una sucesión de lugares comunes que no nos sorprenderían. Ninguno de estos tópicos son parte del eje temático de este trabajo Pero sí haré alguna suerte de reseña para llegar al punto que más nos interesa. El derrotero comienza con textos breves, ambiciosos, cómo decirlo, como de autoayuda; no, no se rían, no encuentro otro género que los defina mejor. Y es notable porque el muchacho comenzó abordando la única literatura que se vende: un visionario, ¿no? Hay, además, algunos relatos, también breves, a veces poco concisos o dispersos, carentes, en su mayoría, de una conclusión que nos permita redondear como lectores la idea central, lo que se quiso decir, o algún remate al menos. Luego hay pequeños poemas, más parecidos a letras de canciones... a cumbias de los noventa, ¿por qué no? Todos las bailamos, así que no podemos objetar mucho. Hay rimas pero ningún respeto por la métrica, son amorfos y eso no está mal; los mejores poetas se han tomado esa licencia; tampoco es más poesía lo contrario, convengamos, así que lo exoneramos de culpa y cargo. Luego sorpresivamente comienzan a sucederse imágenes de la calle, de la vida, experiencias. Aparece otro joven, un amigo, llamado Luis, de quien poco describe: sólo algunos esbozos de su personalidad. Curiosamente, este tal Luis es aborrecido y admirado a la vez; lo rechaza pero lo rememora con insistencia. En definitiva, una especie de aguafuertes adolescentes, con todo lo que eso implica. Improntas actuales de esa etapa de la vida. Para ya ir llegando al punto clave, todo sigue así, más o menos como les comenté, hasta converger en algunos textos más crípticos que lo convierten en un Rimbaud; ah, había dicho que no me iba a burlar, pero ustedes no se rían si no dejan aflorar el actor de stand up frustrado que tengo. En fin, todo sigue así, hasta que, de súbito, se impone este escrito que les leo a continuación:

De cuando era chico, no me acuerdo cosas que puedan interesarles. No me acuerdo de nada. Casi de nada. Porque no recuerdo sensaciones. Todo lo que hay son fotos. Las fotos no tienen sensaciones; entonces, no son recuerdos, no se puede recordar algo que no se siente, así como no se puede soñar algo que no se imagina. Eso te hace una cosa, algo que no está vivo. Algo que es porque así lo hicieron. Yo era algo así. Todo lo de cuando yo era chico se quedó en revistas o en miradas de gente que no conocía.

Tengo un solo recuerdo, y pienso que es un recuerdo porque podría empezar a contarlo desde el principio hasta el final, y porque cuando lo pienso es como si lo viviera.

Cuando iba al campo me relacionaba con los hijos de los peones que tenían mi misma edad. En esos lugares hay muchas plantas y pájaros, mucha naturaleza, pero también mucha bestialidad. Un día me contaron que cerca de ahí vivía el viejo Cardozo, un tipo que tenía una hernia gigante y que si le pagabas, te la mostraba. Era un viejo muy pobre que vivía en una casita de barro toda despintada. Como no supe mentirle, mi papá no me dio dinero. Es como que no me salieron las palabras. Y robé. Entonces pude ver la hernia. Era inmensa, de no creer. Los otros chicos se reían, pero yo le pedía que me la mostrara una y otra vez: le salía de la panza y caía, parecía pesar mucho. Estaba fascinado: para mí, era como ver un monstruo en vivo y en directo. Al final, el viejo se cansó y nos sacó corriendo con una rama. Cuando llegué a la casa, mi papá me pegó por haber robado. Yo le decía que yo no había sido, que la plata tenía que estar por ahí. Como me había pegado delante de una gente, me dio mucha rabia, aunque no hayan sido más que unos chirlos. Entonces agarré un palo y fui hasta donde vivía el viejo para recuperar la plata. No sé cómo me animé a cruzar el campo de noche. Estaba furioso y eso me daba coraje. Cuando llegué a la casa, me acerqué despacio agarrando fuerte el palo. El viejo estaba tirado en el piso y no se movía. Entré y ni busqué la plata: solamente quería ver la hernia inmensa una vez más. Después salí corriendo. Esa misma noche, cuando hablé por teléfono con mi mamá, le insistí con que mi papá me había pegado fuerte y con que me dolía. Se armó tal quilombo que mis viejos estuvieron varios meses sin hablarse. Yo en lo único que pensaba era en que no me vieran como sospechoso en caso de que encontraran muerto al viejo. Por supuesto nunca pregunté qué había pasado y no supe más nada de Cardozo ni de los peones porque durante varios años me resistí a volver a la estancia. De golpe extraño todo aquel horror.

Después de eso hay un agujero. ¿Cuándo me dormí? ¿Cuando un pajero me hizo sangrar la nariz y me empezó a dar miedo que me quedara chata y torcida como la de un boxeador; cuando la vi llorar a mi vieja porque me había cortado con una botella y me iba a quedar una cicatriz en la rodilla o cuando me ponían como escolta aunque yo fuera el que peor notas tenía del curso? A mí me daba asco todo esto, pero me callaba. Ahora no quiero que todo eso sea mi comienzo. Quiero que mi comienzo sea cuando lo elija. Esa historia que les conté, vuelve a empezar hoy. Capaz dentro de mí haya una hernia repugnante que quiere salir, y si es así, así será, y va a ser la historia que les voy a contar de ahora en adelante.

25.

—¿Leíste el último que puse?

—Sí, ayer.

—¿Y?

—Ay, qué sé yo.

—Pero decime algo...

—¿Qué querés que te diga?

—No sé, Delfina, cosas.

—Querés que te diga que me gustó.

—No.

—Me gustó.

—No seas forra.

—Te dije que me había gustado.

—Pensás que te creo...

—Frank, no sé qué decir.

—¿Por?
—Porque no. Porque no sé.
—Sí que sabés. Si podés leer, podés opinar.
—Basta con esto.
—Estás celosa.
—¿De qué?
—Vos sabrás...
—...
—...
—Y, ¿qué carrera vas a seguir?
—Me cambiás de tema.
—Sí, me gustó, te dije. ¡Basta, Frank! Yo qué sé.
—¿Por qué: yo qué sé?
—Qué sé yo.
—¿Ves que sos forra?
—No te dije nada, te dije yo qué sé.
—Dijiste qué sé yo, que es peor.
—¿Cómo va a ser peor yo qué sé que qué sé yo si es lo mismo?
—No, no es lo mismo.
—Estás muy susceptible.
—No.
—...
—¿Te reís encima?
—Estás desquiciado.
—Y vos estás celosa.
—¿Salís con eso? ¿De qué voy a estar celosa?
—De que haga esto.
—¿De esta pavada?
—¿Ves?
—Ay...
—Yo sé que no es una pavada, por eso sé que estás celosa.
—Estaría celosa si quisieras a otra.
—Quiero a otra.
—No me digas.
—Ahora me gusta escribir. Más que vos.
—No sabés lo celosa que estoy...
—Se ve, sí.
—Bastante mala resultó tu amante.
—Rajá entonces, me hartaste.
—Y el hijito que tuvieron bastante discapacitado.
Francisco se puso de pie de un salto. La miraba desde arriba: ella estaba tirada sobre la alfombra.
—Si fuera discapacitado...
—Queda mejor decir con capacidades diferentes.
—...si fuera así no lo hubiesen leído y comentado tantas personas, ¿no?
—Son putitas que gustan de vos.
—Son lectoras.
—Lectoras, dice él...
—Y qué son, ¿zapallos?
—Putitas y putitos, veo.
—Ahora discriminás también.
—Digo...

—Todos los actores que te gustan son putos.

—Todos los hinchas de River también.

—No me forréas.

—¿Sos de River ahora?

—Te jode porque para mí es importante.

—Putito.

—Reventadita.

—Malcogido.

—Malcogida.

—Feo.

—Gorda.

—Ay, qué forro, no iba por ahí. Te equivocaste, chiquito.

—Me rompés los huevos. Quiero estar solo, posta.

Francisco caminó hasta un rincón y se dejó caer en el piso. Se sentó a lo indio y sacó del bolsillo una piedrita de marihuana; encorvó su espalda y empezó a desmenuzarla. Delfina se trepó a la cama, se abrazó a la almohada y, desde ahí, lo contempló un rato, en silencio.

—¿Quién es Luis?

—Un personaje ¿no ves?

—Sos muy imaginativo, veo.

—Soy escritor.

—Abran paso...

—Que pasa la chancha...

—¿Por qué no hablaste de mí?

—Porque es ficción no Gran hermano.

—Aguante la ficción.

—Tarada.

—Momia.

—Conchuda.

—Pistacho.

—Moco.

—Helado de frutos del bosque.

—Lechón.

—Cerdo.

—...

Pero Francisco, a pesar de estar a su lado, ya estaba lejos, concentrado en moler la piedra sobre la palma de una mano; cuando terminó, extrajo una seda de otro bolsillo. Delfina, achinando los ojos, lo vio pasar la lengua sobre el papel, darle la terminación al porro, corroborar su perfección y encenderlo como si estuviera solo en el mundo. Después él se paró y fue largando la primera bocanada mientras se acercaba a Delfina. Se sentó, la contempló un poquito en silencio y se desplomó a su lado. Calladito, miraba y miraba más allá del cielo raso cuando ella le metió un dedo en la oreja y él en un acto reflejo, sacudió la cabeza.

—Sos un asco.

—Dame.

—Bancá.

—¿Quién es Luis?

—Tomá.

—¿Quién es Luis?

—Agarralo, pajera.

Delfina sostuvo el porro con el índice y el pulgar; pitó hondo. El tiempo rápidamente se le atoró y Francisco la apuró de un codazo.

—Dame.

—Ay, no seas guaso.
—Y dame...
—Pará.
—...
—...
—Bueno, pitá, entonces.
—¡Pará!
—Dale...
—El porro no se pide, se pasa, nene.
—Bueh...
—Tomá.
—Te colgaste y lo dejaste consumir al pedo.
—Estúpido y, ahora, encima miserable como Horacio. Se lo voy a decir a Mabel para que te sume una cualidad más.
—¿Qué es cualidad?
—...
—¿Qué me mirás?
—Sos tan ignorante. Pero eso te da interés.
—¿Por qué no te das vuelta así te hago el ojete?
—¡Ay, idiota!
—No me provoqués, entonces.
—Cualidad es una característica.
—Entonces... son cualidades que solemos poseer quienes tenemos padres...
—Pff... aún...
—Aún, sí.
—¿Quién es Luis?
—...
—...
—¿Qué me mirás, boluda?
—¿Vamos a la Mutante el viernes?
—No. No me gusta esa fiesta.
—Sí te gusta.
—No.
—¡Sí!
—Uh, basta, Delfina.
—Vamos.
—No.
—Sí, vamos.
—Andate.
—Re querés ir.
—No.
—Sí.
—¡No!
—¡Sí!
—...
—¿Ves que querés?
—Tengo que escribir.
—Ay, no, Frank, por favor.
—Dejame, ¿puede ser?
—Yo sabía. Otra vez la burra al trigo.
—¿Qué es eso?

—Un dicho. Como: otra vez papá en el suelo.

—Papá Horacio en el suelo.

—Te re gustó cuando te llevé.

—Qué sabrás.

—Sé.

—¿Qué sabes?

—Sé. Punto.

—La pasé normal.

—Además me contaron algo...

—¿Qué?

—Que te vieron ahí...

—Esas son cosas que inventás.

—Me dijeron, pero yo no les creí.

—Cualquiera.

—Cuando fuimos, estabas eufórico.

—Estaba pasado.

—Vamos.

—No.

—Sí.

—No.

Francisco le pasó el porro a Delfina y se tiró al piso. La marihuana le estaba pegando para abajo.

Desdibujado, se deslizó reptando hasta esconder la cabeza bajo la cama.

—No sé.

26.

Luis cumplió con su trabajo, le avisó a Juan que volvería tarde y, luego de días de indecisión, fue al negocio de Mazziotti con su pequeño reproductor de música para preguntarle cómo usarlo.

Mazziotti ya tenía visto el aparato; lo recordaba perfectamente en manos de ese muchacho rubio que se había aparecido de manera misteriosa hacia un tiempito en el pueblo. Sin embargo, no dijo nada; apagó el cigarro y le explicó, un poco al tanteo, cómo era su uso. Luis lo escuchó, pero como entendió poco le pidió que le anotara los pasos en una hoja. De allí se fue al trote hasta el arroyo.

Recién se tranquilizó cuando pudo recostarse en la orilla y leer pasito a paso lo escrito. Unos minutos después ya había desentrañado el misterio. Sin embargo, repitió varias veces la operación hasta estar seguro de que cada vez que funcionaba era mérito suyo. Le fascinó la idea de que hubiera carpetas adentro, porque Mazziotti las nombró así: carpetas con canciones y, en cada una, algo distinto, un estilo diferente, había dicho. Era como penetrar en un mundo oculto y mágico; un mundo con cosas que no estaban en ninguna parte. Poco conocía, en general, las canciones que fue encontrando; pero hubo una música en particular que lo inquietó: bombos graves que golpeaban hasta el infinito con intermitentes sonidos que se repetían, siempre igual. Era como el canto de un pájaro que lo hacía por hacerlo, un canto que no era ni queja ni llamada, pensó y se dejó caer sobre la arenilla dispuesto a que la sonoridad de un mundo tan ajeno, saturado, le negara el murmullo del agua que corría, y algún ripio pertinaz, la poesía bucólica de su lugar de siempre. Lo sensibilizaba espíarle el universo a Francisco, lo movilizaba profundamente, como quién se mete a una cueva: con miedo y fascinación. Así, buscando la manera de que ese nuevo orbe lo aceptara, con los ojos cerrados, esperó a Adriana.

Cuando ella llegó, se besaron distinto, sin siquiera saludarse; mediaba entre ellos un par de auriculares que Luis no se quitó. Adriana pedía una explicación afectando sólo indiferencia. Él siguió en lo suyo hasta que una caricia de ella trasmutó lo que le infectaba el ánimo y lo convirtió en un abrazo intenso. Adriana se sintió reconfortada; no desconfió, creyó el abrazo merecido, verdadero, y se recostó junto a él. Luis le comentó algo sobre el reproductor y lo siguieron estudiando con verdadera intriga. Como ella seguía un poco ajena, él, sin decir palabra, le corrió los cabellos y le puso un auricular en la oreja. Como de pasada, le acarició el lóbulo. Mientras se miraban, compartieron una canción; cuando terminó, sonó un rato el silencio. Luis empezó a buscar en las otras carpetas, leyendo sus nombres. Descubrió que una se llamaba como él, y, extrañado, puso el archivo a andar:

Amigo, no estoy muy acostumbrado a agradecer ni a que me agradezcan, pero tengo que hacerlo con vos. Nada. Bah, todo. Me llevo conmigo muchos pájaros, árboles y esas cosas que hay por ahí, pero ningún mamut. Igual no iba a tener lugar en mi casa para meterlo. No, de verdad, me llevo muchos pensamientos nuevos y buenos para mí. Gracias. Tenía cosas que quería decirte. Pensaba quedarme más tiempo, me siento muy bien acá, pero, no sé, preferí volver. Cosas mías. Por ahí, algún día, nos volvamos a encontrar. Lo intentamos. No sé qué se dice, ¿un abrazo?

Un sonido abrupto siguió a esas palabras y luego el silencio más furioso. Luis sintió tal golpe en el corazón que se incorporó. La mano le temblaba; como pudo, apagó el reproductor y se quedó mirando el suelo. Adriana sospechó algo.

—¿Qué pasó?

—La batería, seguro.

—¿Ese era el estúpido de tu amigo?

—¿Por qué estúpido?

Sin dejar de mirarlo, Adriana también se incorporó. Ambos habían recuperado por un oído el murmullo del arroyo y, por el otro, los anegaba un silencio hondo que los llevaba hasta un mar que no conocían. Luis por fin la miró.

—¿Por qué se habrá ido?

Ella empezó a acariciarle el estómago y, lentamente, a desabotonarle el pantalón. Él, aunque extrañado, se plegó al repentino deseo de Adriana y le sacó la remera con brusquedad; la besó como quien desea penetrar por la boca también. La excitación fue auténtica, ineludible, la de dos desesperados que se reencuentran; algo abrupto, distinto a lo que habían experimentado hasta entonces: ambos estaban retomando el sexo de manera diferente, con un deseo brutal. Adriana sintió de pronto un temor que no paró de agigantarse cuando notó que Luis la violentaba. El temor luego fue miedo y, entonces, empezó a sentir que su cuerpo se enfriaba; quiso zafarse, pero la fuerza de Luis era mayor y él no reaccionaba, bebía de su cuello con voracidad. Le mordía el torso, los pechos, hasta las piernas eran un terreno ensalivado. La presionaba y ella musitaba algún ruego de tanto en tanto; aunque también, de a ratos, se dejaba hacer. Pero sólo fue un tiempo breve: luego de una exhalación potente de Luis, la saliva desparramada en el cuerpo de ella se mezcló con el semen que parecía no detenerse. Estuvo un buen tiempo saboreando el orgasmo con los ojos cerrados, hasta que, al abrirlos, vio que debajo de él, Adriana estaba pétrea, bañada de esperma y que de sus labios salía un leve vapor, como si se estuviera muriendo de frío. Sintió vergüenza, se recostó a su lado. El aparato y los auriculares se habían hundido en la tierra húmeda. Adriana, como despertando de un sueño triste, juntó fuerzas y se sentó. Miró con pena el transcurso manso del agua, y empezó a vestirse, con lentitud. No lloraba. Luis oyó filtrarse en sus pensamientos el sonido de la ropa que le rozaba la piel y quiso abrazarla, pero Adriana se puso de pie, decidida.

—Sos raro.

—¿Fuiste vos, no?

—¿Qué?

—Por vos se fue.

Y Luis enterró la frente en la tierra arenosa. Adriana se quedó unos instantes junto a él. Era la desolación, la muerte de muchas cosas. Cuando fue inevitable, ella emprendió el trayecto hasta el pueblo. Luis se quedó desplomado un tiempo más, así, boca abajo, hasta que notó que los riñones le pesaban. Estaba mareado y le costó pararse; caminó hasta la orilla y se puso a orinar en el agua. Más allá, vio la luna reposando sobre el fin del cauce y supo que su arroyo tenía ya dos nuevos dueños aunque uno de ellos estuviera quién sabe dónde.

27.

- ¿No está más el gato?
—¿Qué gato? Ah, sí, desde hace unos días.
—¿Desapareció?
—Qué sé yo. Dejame de joder con el gato.
—Buá...
—¿Te enteraste la última?
—¿Qué pasó ahora, Mabel?
—No va a ir al viaje de egresados.
—Me voy a poner de pie y lo voy a felicitar, pero estoy muy cómodo acá, en el sillón, mirando dibujitos animados.
—Estoy hablando en serio, Horacio.
—Yo también.
—Quiere que le devuelvan las cuotas del viaje y las va a usar para publicar un libro.
—Y está bien, es más sano.
—¿No ves que es una payasada? ¿Qué libro va a hacer?
—Si se van de viaje para mamarse y drogarse, Mabel.
—Son chicos sanos.
—Si es que no dejan a alguna embarazada o se agarran un sida machazo.
—Hacen excusiones y van a bailar. No exageres. Además, ¿vos no tomabas a esa edad? Todo el tiempo con el vidrio en la mano.
—Yo chupaba pero era juicioso.
—Toman un poquito. ¿Cuánto van a tomar?
—Seguramente. Vos creés en Jesucristo. Mirá, agradecé, más vale.
—No entendés.
—Te lo iban a traer en una canasta con un coma alcohólico a este pelotudo.
—De alguien aprendió... Y mirá...
—¿Mirá qué?
—¿Qué tenés vos?
—No sé. ¿Qué tengo?
—Un whisky, o ¿tenés una tijera de podar en la mano?
—Ah.
—Ah...
—¿Ah qué, Mabel? No entiendo.
—No, no entendés.
—Sí, sigo sin entender.
—Que vamos a quedar como unos muertos de hambre.
—Pero no.
—¿No? Va a parecer que no quisimos pagarle el viaje... o que no pudimos. Peor.
—¿A quién le va a parecer? ¿A los padres de los otros pelotudos?

—Sí. A toda esa gente.
—Pero qué mierda me importan.
—Siempre dando la nota nosotros. Algunos se juntan a cenar y vos nunca quisiste ir.
—Dejate de estupideces.
—Una vergüenza. Toda gente fina es.
—¿Pero sabés lo que me importa?
—A vos no, pero a mí sí.
—Bueno, problema tuyo, entonces.
—Yo quería que fuera, que lo hiciera, no como yo.
—Pero él no quiere, Mabel.
—Yo no pude ir, tanto que me hubiese gustado.
—...
—...
—¿Y qué escribe?
—Qué sé yo.
—Capaz sale un Borges.
—¡Cómo va a ser un Borges Francisco!
—Y qué sabés...
—No lo ilusiones al chico.
—Cómo lo voy a ilusionar si ni sabía que escribía.
—Lo estás apoyando.
—Yo lo prefiero editando un libro de mierda a congelado en la nieve...
—Seguís sin entender.
—...o que se le caiga encima una avalancha, o qué sé yo.
—Siempre despreciando su vida, siempre.
—Está bien que cambie, que evolucione un poquito.
—¿Y qué tiene de malo lo que hace?
—Quiero decir que está bien si quiere escribir aunque sea un zapato haciéndolo, ¿se entiende ahora?
—Para qué complicar si le iba bien con lo que hacía.
—¿Qué hacía?
—Las publicidades y eso.
—Dejate de joder, Mabel. Lo usan y lo tiran.
—¿Qué? ¿No lo llamaron ayer para un casting?
—Hace casting todo el tiempo y no queda en ninguno.
—No. Es que lo llaman y no va.
—¿Cómo no va?
—No.
—Ah, no...
—¿Viste?
—¿Pero éste qué se piensa que la plata la cagan los perros?
—¿Ves ahora, Horacio?
—Yo le voy a hablar.
—Sí, pero hablale, no le grites.
—Le voy a hablar te digo.
—Andá, está en la pieza.
—Sí, se escucha el ruido a teclas, ¿no?
—...
—...
—Sí.
—¿Qué andará escribiendo?
—Mirá si escribe sobre nosotros...

—¿Y qué va a poner?
—Qué sé yo...
—Llega a hacer eso y lo cago a patadas en el culo.
—No, Horacio, eh.
—...
—...
—No quiero interrumpirlo...
—Andá ahora.
—No, mañana le hablo.
—Ah, y quiere cortarse el pelo, también.
—Y está bien, va a parecer un hombre.
—Es que así es su característica, su impronta.
—Si te escucharas las gansadas que decís, Mabel.
—Y fijate lo flaco que está.
—Más natural. Estaba inflado como un escuerzo. Dejalo en paz al chico.
—No, no lo dejo en paz.
—¿Pero qué te pasa con tu hijo, Mabel?
—Nada, que se está echando a perder.
—Como una fruta.
—Sí, como un níspero, ¿te gusta? O como un higo de tuna, ¿te gusta más?
—Está bien que se lo corte, así como está parece Marilyn Monroe versión ema.
—Emo es.
—¿Emo es?
—Sí, Ema era la sirvienta...
—¿Qué sirvienta?
—Ah, ¿no te acordás?
—Mabel, ¡por favor, carajo!
—Ah, ah, ah, ah... no le gusta al señor...
—Y una tribu urbana llamada Huberto Almendros no hay, ¿no?
—Basta con el escribano Almendros, lo único que me falta a esta altura es ponerme a explicarte.
—No estaría mal.
—Ponerme a justificarme...
—Callate, dejame prestar atención.
—Esto es una cosa increíble. El otro quiere ser Borges y vos mirando Los Simpson.
—Simpsons. Con ese es.
—Sssssssssssssssss...
—Shhhhhhhhhhhhh...
—¿Y lo estás grabando encima?
—Sí, mañana lo miro de nuevo.
—Horacio, date cuenta de que estás mirando dibujitos animados, mirá adónde hemos llegado...
—¿Pero y a vos qué te calienta? Los peones comentan los capítulos y yo me quedo afuera si no. Pero yo no le veo la gracia, la verdad. Quiero ver si lo entiendo, así sé de qué hablan.
—Me voy a acostar.
—...
—Te puse la ropa en la cama.
—Bueno.
—¿Mañana viajás?
—Sí.
—Siempre sola acá. El otro no está nunca.
—¿No está en la pieza, Mabel?
—O no está o se encierra ahí.

—Y andá a hablarle. Hablen.
—Qué voy a ir, me saca carpiendo, ya sabés cómo es.
—...
—...
—Escuchá el teclado: tiqui-tiqui.
—Uno peor que el otro son.
—...
—...
—Unas ganas de irme a la mierda...
—¿Cómo, Horacio?
—Nada, nada.

28.

—Hola, ¿quién sos?
—Francisco me llamo.
—Y te dicen Pancho, seguro.
—No.
—Qué bueno, tenés suerte. Quienes te rodean poseen buen gusto.
—Vos sos Mercedes, ¿no?
—En efecto. Esa es mi gracia.
—¿Cómo tu gracia?
—¿Cómo me encontraste? Estoy con otro nombre acá.
—Tenía cómo contactarte.
—¿Y cómo lo tenés?
—Vos me lo habías anotado hace bastante.
—¿Yo te lo di?
—Dejame contarte...
—Me parece, ¿no?
—Sí, gracias por aceptar.
—De nada.
—Escribís muy rápido, no me dejás explicarte.
—Te leo, dale.
—Te agregué porque quería hacerte una pregunta.
—Si no es: de dónde venimos, probablemente la sepa.
—No, eso ya lo sé, jeje.
—Ah, qué bien.
—Tiene que ver con taller que diste hace un tiempo.
—Di varios, ¿cuál?
—El de las setecientas palabras.
—¿Cómo?
—Dijiste algo sobre las setecientas palabras que usan los adolescentes, algo así.
—Se ve que me repito, porque eso lo digo en todos lados. Voy a cambiar de guionista.
—No sé qué más decirte. Bah, sí, me da vergüenza...
—Diga, diga.
—Fue una vez que mis amigos apoyaron el traste en el vidrio...
—¿Por qué ponés traste si se dice culo?
—Bueno, culo.

—Sí, creo recordar.
—Bueno, por eso te llamo, por las palabras.
—Ah, ¿me llamaste?
—No, te escribo, tenés razón.
—Resumamos, ¿cuántas palabras querés?
—¡Ja! Bueno, justamente para eso... te contacto: para poder usar bien las palabras. Quiero escribir algo y no sé cómo seguir.
—Ahá. ¿Qué querés escribir?
—No sé.
—Vamos bien.
—Sí, sé.
—Entonces vamos mal.
—¿Por?
—¿Y?
—Sé que quiero escribir.
—¿Vos no serás un espíritu, el de la foto que pusiste?
—No. ¡Ése es Cortázar!
—Pero mirá vos, che, lo que me vengo a enterar...
—Qué raro que no lo conozcas, es famoso.
—¿Y leíste algo de él?
—Mmmm... no.
—Bueno, en cierto sentido, mejor.
—¿Por qué?
—Porque todos quieren escribir como él.
—Claro, yo quiero escribir como yo.
—¿Y vos cómo escribís?
—Qué sé yo, yo casi no escribo.
—Entonces...
—Quiero aprender.
—¿Tenés una foto tuya? Si no, pienso que estoy hablando con Julio.
—¿Qué Julio?
—Iglesias.
—¿Quién es Julio Iglesias?
—Nadie. ¿Tenés una foto tuya?
—Sí, ¿para?
—Para saber qué sos.
—Cómo qué: quién.
—Es verdad. El alumno ha superado al maestro una vez más.
—Todos los días se aprende algo.
—Eso dicen.
—No tengo acá.
—Entonces te bloqueo.
—Bueno... Bancá.
—Yo te banco.
—...
—...
—¿Ahí apareció?
—¿Qué?
—La foto.
—No... ¡ah! Sí.
—Genial.

—¿Sos actor?
—No.
—Te jodo. Sí, te ubico.
—Ah...
—Bueno, hablamos y me decís qué buscás.
—Estamos hablando.
—No, chateamos.
—Ah, oká.
—Te paso mi número.
—Dale.
—Nos encontramos y vemos.
—Sí, ¿en dónde?
—No sé... puede ser un museo, o te invito a una filmoteca. Ahí voy siempre.

29.

—¿Y? ¿Qué onda?
—Sí, está buena.
—Ah, menos mal, me alivia, pensé que no te había gustado.
—Sí, por qué no me iba a gustar...
—No creo que sea del tipo de cine que ves.
—No, pero por eso me interesa.
—En realidad porque te levantaste en un momento, pensé que estabas incómodo.
—No, todo más que bien. Fui a orinar.
—A mear. Hablá con propiedad.
—Bueno, sí: me eché un meo.
—Claro, cómo vas a decir orinar.
—Es verdad, ¿no?
—Si vas a ser escritor no vas a poner: orinar.
—¿Ya empezamos las clases?
—O: vaciarle el agua a las aceitunas, como ponían antes los traductores.
—¿Así ponían? ¿Qué tienen que ver las aceitunas con mear? ¿Qué, qué pasa?
—¿Vos querés escribir?
—Sí.
—¿No querés ser actor porno o stripper?
—Ja. No.
—Qué ganas de perder el tiempo, ¿no?
—¿Por?
—Bien, no insisto.
—¿Cómo era el director?
—¿Cuál?
—El de la peli.
—Favio.
—Pero qué apellido, así lo googleo.
—Así: Favio. Con ve corta.
—Qué loco, ponerse un nombre de apellido.
—Son artistas. Los artistas están todos de la gorra.
—Sí ¿no?
—Capaz lo conozcas como cantante.

—No.
—Tenés razón, ni en pedo.
—Voy a buscar.
—Estos borregos no saben ni quién es John Lennon.
—Yo sé.
—Ah.
—Bah, me suena.
—No busques a Favio. No te va a gustar.
—¿Qué sabés?
—Intuición femenina.
—Dejame escucharlo.
—Si te digo que no te va a gustar, es porque sé.
—Es verdad, sabés. Por eso me banco que me trates como a un nabo.
—Vos no sos nabo.
—Gracias.
—Un poquito, nomás. No, chiste.
—¿Me ves como a un pelotudo? ¿Posta?
—No, te veo como a un desperdicio.
—¿Por?
—¿Con esa boca querés escribir?
—No, con esta mano.
—Con esto no ganás plata, ni amigos, ni reconocimiento, ni conocimiento, porque lo único que hacés es vaciarte y después frustrarte.
—...
—...
—Quedé flasheado con la parte en que se garchaban al pibito.
—¿Eh? Ah, en la película.
—Sí.
—Es la mejor parte.
—Sí, me parece.
—La más lograda.
—Lo loco es que no muestran nada.
—Bueno, si no tenés la imagen exacta, mejor sugerir.
—Eso está bueno. Es rara la onda de la peli.
—Favio es un distinto.
—¿Y qué estilo sería?
—Él fue barroco en sus comienzos.
—¿Qué es barroco?
—Algo... sobrecargado.
—Ah.
—No viste esas escaleras al principio...
—Sí, pero por mostrar escaleras no va a ser un distinto. En todas las películas hay escaleras.
—Tenés razón, pendejo; leí una vez que era barroco. No sé qué es Favio.
—Vos también mandás fruta, me parece.
—Qué atrevido.
—Me subestimás todo el tiempo, ahora me tocó a mí.
—No te subestimo, pichón.
—¿Ves? Me decís pichón...
—Eso no es subestimar, es cariñoso.
—No sé.
—Yo sí sé.

—Sí, vos sabés.
—Favio es el único autor de acá.
—¿Autor no es alguien que escribe?
—También. El cine de autor es el que tiene un estilo que lo diferencia de los demás.
—Pero si yo vi algunas películas argentinas y son distintas a esto.
—¡Por eso!
—Pero tienen otro estilo... entonces, son de autor.
—Debería pensar más lo que digo. Y sí, debe ser una huevada esa teoría del autor.
—Ustedes se creen cualquiera.
—¿Quiénes?
—Los intelectualosos.
—Así que: ustedes se creen cualquiera...
—Sí.
—Eso se puede leer de dos maneras.
—Leélo como quieras.
—Pero sí, con cualquiera de las dos acepciones tendrías razón.
—Por fin aceptaste algo de lo que dije.
—Me podría acordar de cada cosa que me dijiste, Doño Francisquito.
—¿Quién es Doño Francisquito?
—¿Qué hacés ahora?
—¿Por?
—Te iba a invitar a tomar algo o a fumar algo.
—Sí, todo bien, pero había quedado con alguien.
—Debe ser alguien importante...
—Queda para otro día.
—...una chica.
—Mi novia.
—No podía ser de otra manera.
—¿Qué?
—Y, supongo que no me cambiarías por los boludos de tus amigos que mostraban el culo por la ventana.
—No, no.
—Vaya, nomás... ¡Ah, pará!
—¿Qué?
—Bancá. Te traje un libro.
—Qué bueno.
—...
—...
—Te lo presto, nomás. Así me lo tenés que devolver.
—Sí, te lo voy a devolver.
—Genial. Lo espero.
—Me voy. Gracias.
—Llamame.
—Sí, sí. Te llamo.

La fiesta Mutante era punto de encuentro de gays, lesbianas, bisexuales, travestis y confundidos. Coloquialmente se la llamaba La vagina dentada, porque la mayor cantidad de concurrentes era del sexo masculino. Su eslogan afirmaba que cuanto más freaky fueras mejor la pasarías y, quizá por eso, solía tener mucha concurrencia asidua que la entendía como un ghetto. La cola de personas que aspiraban a entrar era desmesurada en relación con el espacio en el que se hacía. Para alivio de algunos, sobre el filo de las tres de la mañana aparecían tipos que vendían entradas a cambio del pago exacto, lo que ayudaba a agilizar la cola. Francisco estaba muy borracho y ansioso; inestable. A Delfina eso le causaba risa y, cuando la cosa se ponía tensa, desorientaba con besos.

—¿Qué le pasa a mi rey del mundo?

Delfina presentía que lo que estaba por ocurrir valía mucho. Por eso, pagó más que el valor de dos entradas; no le importó el cambio: quería entrar.

A punto de ingresar, Delfina se encargó muy bien de atajar con gesto poco amistoso miradas dirigidas a Francisco y de desviar las de algunas lesbianas; incluso las de aquellas que le generaban intriga. Gente de seguridad los palpó y pasaron sin problema alguno. Ella aún no había cumplido los dieciocho y usaba un carnet de su hermana dos años mayor; se parecía poco, pero nadie lo notaba. Adentro, los recibió una canción de Gladys, la bomba tucumana: puaj, dijo Francisco; y, la banco a Gladys, Delfina. Bajaron la escalera que los dejó en la pista. Esquivaron un prematuro vómito que promovía una noche movida y se zambulleron en el desparpajo del festejo. Bailaron; no había una sola persona más. Había por el aire una potente mezcla de olor a transpiración, pelo mojado y variados perfumes.

—Alguien me tocó el culo.

—A mí también.

—...

—...

—¿Y a ése le darías?

—Sí.

—¿Y a aquélla?

—No sé.

Cuando empezó a sonar una canción que, sabían, no le gustaba a ninguno de los dos, Francisco agarró de un brazo a Delfina y volvieron a subir las escaleras. Arriba, la llevó hacia la zona más oscura e íntima, detrás de unas cortinas donde tenían sexo rápido los más calientes, los más olvidadizos o los más pasados. Del lado izquierdo proliferaba el género masculino y en el derecho el femenino, pero si algún intruso rompía con la regla no era despreciado: le agregaba un plus al ámbito. El lugar recién estaba poblándose por lo que no había más que dos parejas y un trío que se movían en la oscuridad: una chica dibujaba un cunnilingus, un muchacho sodomizaba a una mujer y un travesti le ratificaba a dos curiosos los mitos comprobados por sus amigos en la despedida de solteros a la que no los habían invitado. Delfina abrazaba a Francisco, que se sentía a gusto ahí. En la oscuridad miraba encendido y libre: mira como un deforme que tiene miedo a la exposición, pensó Delfina, y fue el puntapié para empezar a ver otro Francisco, ése con el que fantaseaba y sin embargo no quería. Él ya había burlado su bombacha y con suavidad le rozaba la vulva empleando la yema de los dedos; pero ella no respondía: por el momento sólo había excitación en su pensamiento. Como extraños, ambos registraban el paisaje, hasta que Delfina le arrojó a Francisco una mirada que más bien era una pregunta: la cosa debía continuar, y él espío qué había afuera, más allá de las cortinas, de donde provenía la escasa luz. Corrían algunas drogas, pero era sólo para quienes las consumían con asiduidad; nadie andaba ofreciéndolas por ahí, no era parte del estilo. La mayoría de la concurrencia prefería el alcohol que podía borrarle la noche a quien se excediera, pero también acercarlo a conductas impensadas, purgantes. Cuando salieron del apartado, Francisco buscó entre las personas que había hasta dar con una especie de hipster vestido de azul.

—Esperame, ahí vengo.

—Voy.

—No, esperame acá. O andá a comprar dos aguas, mientras. Te veo allá.

Delfina fue hasta la barra y, en camino, lo siguió con la mirada: él no pudo evitar verla de reojo y ella al percibirlo, acrecentó su ansiedad y su incertidumbre. Francisco se acercó al hipster, que lo saludó con bastante confianza.

—Man.

—¿Tenés?

—Sí.

—¿Valen lo mismo?

—No, pero todo bien.

—¿Están buenas las pastis?

—Zafán.

—Oká.

Y el de azul le puso en la mano una bolsita pequeña mientras cuchicheaba algo con otro que estaba a su lado, apoyado contra la pared. Luego volvió a mirar a Francisco.

—Dice mi amigo que te re da. Se llama Lucas.

—Hola, Francisco.

Lucas tenía un aspecto andrógino: vestía una blusa floreada que culminaba con un moño en el cuello, y una carterita de imitación bajo el brazo; estaba claro que estudiaba Diseño de indumentaria, o algo así. Desde que Francisco se había acercado, no dejaba de mirarlo y de ensayar poses, así que, cuando vio la oportunidad, se le colocó enfrente, le extendió el brazo y dejó ver la palma de su mano.

—Me dijo él que hacés, ¿cómo era?

—La pijomancia...

—Eso.

Francisco pagó y amagó irse.

—No, ahora no.

Sintió que alguien, que no podía ser otra persona que Delfina, le tocaba la espalda. Lucas retrocedió unos pasos.

—¿Ésa es tu novia?

—Sí.

El hipster largó una carcajada. Francisco estaba incómodo, dividido.

—Bueno, nos vemos.

Los dos chicos simulaban estar en otra cosa.

—Chau.

Francisco sabía que ella ya los había analizado con desconfianza. Le puso entonces una mano en la espalda y la arrastró consigo. Caminaron en silencio hasta el banco que una pareja acababa de dejar vacío. Antes de sentarse, Francisco agarró la botella de agua que Delfina le tendía. Ella, en cambio, se mantuvo de pie unos segundos más mirando escéptica el ambiente hasta que, finalmente, se acomodó a su lado.

—¿Qué es la pijomancia?

—¿Qué?

—El chico ese lo dijo, te lo dijo a vos. Lo escuché.

—Qué sé yo, Delfina.

—¿Qué es, tarado?

—¡Qué sé yo, te dije!

—Forro, decime.

—No te importa. No empieces con ataques de concha.

—Bueno, ¿qué es?

—Giladas de éstos.

—Pff... si te vieras, estás rojo.

—Frío, frío.

—Está bien, jugás...

—Tibio.
—Es verdad que venías solo acá, ¿no?
—Tibio.
—Que ibas a jugar al billar con Ted...
—Tibio.
—... carambolas y no sé qué mierda más.
—Ja. No sé ni cómo se le pone tiza al palo.
—Caliente, entonces.

—...
—Yo ya no te gusto más, es eso, ¿no?
—No, no es por eso que no te decía que venía acá.
—¿Entonces?
—Es que vos... sos demasiado... linda para mí.
—Ay, no. No te entiendo.
—No, yo tampoco. Pero es así. Caliente, caliente.

Él se puso una pastilla en la boca y luego otra en la de Delfina: el cuerpo de Cristo, amén, amén. Bebieron agua. Después él quiso besarla, pero ella lo esquivó varias veces y solamente pudo derramarle unos lengüetazos en el cuello y en el mentón, hasta que, vencido, se recostó sobre el respaldo. Delfina lo contempló con desesperación, prefigurando el final, y entonces sí lo besó más intensamente que nunca; en unos segundos, recapituló todos los recursos y manías que habían arrumbado en el rubro besos desde que se habían conocido. Cuando creyó que era suficiente lo soltó, lo abandonó como a una cosa. Francisco le acomodó varias veces el pelo detrás de la oreja, con ternura, aunque ella permaneciera inmutable. Pasó una chica que ofrecía vodka: la disparaba en la boca de quien lo deseara con una pistola de agua. Francisco quiso; Delfina no. Hubo silencio.

—Sos más hermosa...
—Estás desquiciado.
—No.
—No entiendo nada. Ahora quiero saber más.
—¿Qué?
—Si me acompañaste es porque querías que yo supiera algo.
—Fríó.
—Caliente.
—Vos me insististe.
—Pero acá estamos. Es por algo.
—Tibio.

Francisco se paró y le tendió la mano con firmeza.

—Vámonos.
—Fríó, frío...
—Mejor vamos, Delfina.
—Imposible que me vaya, Francisco.

Ella no se movió y empezó a morderse una uña, abstraída. Francisco volvió a su lado, derrotado: lo había llamado por su nombre en el momento no indicado, nada de Frank, ni de Naña, ni de rey del mundo. Se retrepó en el banco y juntos se colgaron mirando unas imágenes que proyectaba un VJ en las paredes: fragmentos editados de un film porno vintage en el que dos hombres hacían doble penetración a una mujer y, al cabo de un rato, se besaban. Llegado ese momento Francisco la abrazó. Ella se dejó abrazar, pero no hizo lo mismo con él.

—¿Vas a seguir ocultando?
—Fríó.
—¿Voy a ver?
—Caliente.
—Basta con eso, ¿qué sos, infradotado?

—¡Bueno!
—Quiero saber cómo sigue esto.
—Vos querés saber cómo termina.
—¿Mal?
—¿Caliente?
—No sabemos.
—Yo sí.
—¿Sí? ¿Cómo?
—Termina en que estos dos hijos de puta le acaban toda la cara a esta hija de puta.
—Tibio.
—Pajera.

Delfina se abrió del abrazo y apoyó sus codos sobre las rodillas mientras con sus palmas se sostenía la cabeza. No dejó de ver la pantalla. Francisco, en cambio, optó por verle el perfil recortado por el resplandor de la proyección.

—Te parezco horrible, ¿no?
—Sí.
—A mí me cabe ser eso.
—Ay, Frank...
—Este lugar es horrible. Por eso vinimos.
—Tengo miedo, pero no es por eso.
—Es que no esperabas lo que va a pasar.
—No soy antigua.
—Mejor.
—Es porque yo, ahora, en un segundo, soy la más básica de los dos.
—Es eso.
—Sí.
—¿Yo era básico, forrita?
—Para mí, sí.
—Yo no me volví... distinto.
—Complejo.
—Complejo.
—No, pero te volviste otro. Otra cosa.
—Yo siempre fui igual.
—Te hacías el pajero.
—Pero no mentí.
—No. No.
—Vos no querías saber y estabas cerca. Tibio, tibio.
—Tibio tirando a caliente.
—...
—Y se quemó.
—¿No pensás más en que me matarías y después te matarías vos?
—No.
—Pero, igual: yo podría seguir siendo como siempre con vos.
—Sí.
—Pero qué.
—Pero serías otro.
—No te desengañaste de mí, Delfina, te desengañaste de muchas cosas.
—¿Cuáles?
—No sé. De mucho. De tu vida.
—No sos tan importante. O al menos eso no te lo puedo confirmar ahora.
—Cuando puedas, nenita, no me culpes.

Delfina vio llegar a dos chicas que se apoyaron en la pared e inmediatamente empezaron a besarse. Se reían, estaban tentadas por algo que no se llegaba a escuchar bien. Eran femeninas: sintió que podía ser una de ellas. No eran como lo entendía: chicas haciendo lo posible por quitarse con una hoja de afeitar todo rasgo de femineidad. No, eran dos mujeres que quizá hasta tenían sus novios por allí cerca. Ahora, capaz, ellos están jugando al billar, pensó. Suspiró, se desabotonó la blusa que había sido de su madre y que le quedaba pintada.

—Ya sé lo que estás pensando y no.

—Sos antigua.

—Te equivocás, nenito: lo haría.

—¿Entonces?

—Pero no compartiendo a alguien que me importa.

—Sí, iba a ser un error. Te ibas a poner pesadísima.

Delfina levantó la remera de Francisco y le hundió la mano en el chupín. Estaba acorralada por un deseo distinto que le generaba ganas de pegar un grito o de morder, de amputar un pene con sólo hacer fuerza en la entrepierna. Francisco sintió un pellizcón fuerte y le sacó la mano. Se quedaron en silencio. Caliente. Delfina se sentía confundida, insatisfecha. Lo miraba de reojo, le decía: no seas cagón, cagón. Francisco había empezado a temblar. Observaba a la gente que pasaba cuando lo vio a Lucas: iba camino al baño.

—Putra madre.

Las botellas de agua quedaron a medio terminar vaciándose en el piso. Francisco se levantó decidido, agarró a Delfina de la muñeca y empezó a seguir a Lucas mientras se acomodaba el chupín. Un tipo que se llevó por delante le volcó sobre la remera un Cuba libre a saber por el olor: la concha de tu madre; perdoná, perdoná. Francisco logró interponérsele en el camino y Lucas, después de interrumpir su paso con sorpresa, le sonrió con algo de artificiosidad y le acarició con sensualidad el cuello.

—Ay, sos lindo, sí re lindo...

Y miró despectivamente a Delfina antes de continuar hacia el baño. Ella alcanzó a ver que tenía un poco de rímel y también base. Francisco no había sabido qué decirle y sintió rabia. Intentó abordarlo nuevamente.

—Adónde vas...

Pero, en ese exacto momento, Lucas traspasó la puerta. Una travesti que estaba maquillándose frente al espejo lo saludó con un suave beso de labios y continuó con lo suyo. Francisco y Delfina entraron. Lucas los agasajó.

—Gracias por venir a mi programa.

Francisco se metió en un compartimiento y hasta allí condujo a Delfina. Con una mirada firme invitó a pasar a Lucas, que simuló, con un ademán, una especie de: me da lo mismo, y entró, cerró la puerta y se quedó en silencio, desafiante. Esa actitud despertaba en Francisco una pulsión brusca. Lucas sospechó algo así, largó un soplido y se dispuso a escribir un texto en su teléfono. Francisco se lo arrancó de las manos y lo soltó sobre la tapa del inodoro.

—Algún putito.

—Claro, otro como vos. Porque chongos acá no hay. Acá son todos putos.

Francisco lo agarró de los brazos, lo dio vuelta y lo apoyó contra la puerta; por el forcejeo, el teléfono cayó al suelo. Luego miró hacia donde estaba Delfina, en el ángulo opuesto, arrinconada, junto al inodoro.

—¿Qué querés?

Delfina le sostuvo la mirada, con una mezcla de incertidumbre y espanto, pero no pudo responder. Lucas cerró los ojos y suspiró.

—Me aburro.

Entonces Francisco, con brutalidad, lo zamarreó, le desabrochó el cinto y le bajó los pescadores. Tanteó el ano; introdujo un dedo y sin dejar mediar mucho tiempo, dos; pero el ano estaba lo suficientemente dilatado. Lucas exhalaba agitado con el perfil de la cara apoyado contra la puerta.

Francisco le metió en la boca su mano, que tenía algún tinte de excremento, y, al mismo tiempo, se bajó chupines y bóxer. Luego se masturbó un poco para lograr una mejor erección y agarró su pene del tronco. Lucas quiso tocárselo, pero él lo impidió y se lo colocó en la puerta del ano. Sin dejar de retenerlo con fuerza, le introdujo el glande. Lucas gimió y se atragantó al punto de tener una arcada con los dedos de Francisco. En ese entonces, de un solo impulso, Francisco se hundió lo más que pudo en él. Ni los suspiros de Francisco y Delfina pudieron tapar el grito de Lucas mientras se aferraba a la parte superior de la puerta y acomodaba su cuerpo para recibir a gusto. Francisco no mermaba ritmo a su vaivén y cada tanto miraba a su novia: se brindaba entero, estaba con otro pero era de ella, era para ella; incluso extendió una mano para tocarla, pero Delfina la evadió con suavidad y prefirió seguir en su rol de espectadora. Golpearon la puerta. Francisco vio saliva suya en el cuello de Lucas y miró por primera vez su pene entrar y salir; lo alcanzó un olor fétido. Golpearon la puerta, aún con más fuerza. Lucas mantenía una sonrisa y los ojos cerrados.

—Más rápido. Fuerte. Cagón.

Desde afuera alguien nuevamente golpeó con brutalidad.

—Abran, me hacen el favor.

Delfina se acercó a la puerta y puso su mano en la traba. Francisco le echó una última mirada, pero ella esta vez no pudo sostenerla. Y tampoco él porque una sensación que le brotaba del vientre lo obligó a cerrar los ojos y pensar en una ola inmensa. Un hombre alto y de negro rompió la traba con una patada. Francisco sacó su miembro del ano y se masturbó. La ola rompió. Eyaculó sobre las cerámicas del piso y el marco de la puerta: era un esperma irrefrenable, de un blanco intenso. El hombre sacó de un brazo a Lucas, que fue a dar contra la pared. En tanto, Francisco, ajeno a todo, se vio desnudo en una playa con el agua hasta los tobillos cuando una mano lo desparramó de un empujón sobre la arena: en el pasillo del baño abrió los ojos, se subió el chupín y se puso de pie aferrándose a un chico que miraba la situación.

—Nene, acabás como un caballo.

Al hombre de seguridad se le sumó otro. El primero sacó a Francisco y el segundo a Lucas; los arrastraron por las escaleras hasta devolverlos a la calle: no los quiero ver más, borregos. Lucas se acomodó los pescadores pegoteados por el semen.

—La puta que te parió, hoy no me dejan entrar más.

Francisco, desaliñado y con un mareo intenso, se refregaba los pelos. Le dolía la cabeza. Estaba tirado en el piso; no podía ponerse de pie.

—Me llenaste la pija de mierda, pendejo.

Sintió un fuerte dolor de estómago y una arcada. Buscó, con tristeza nueva y mirada difusa, un hombro del que agarrarse antes de vomitar; también buscó a Delfina entre la gente que insistía en entrar, pero no la encontró: ya había desaparecido.

31.

Breve historia sexual de Francisco y Delfina

Promediaba un verano. Por diferentes plazas se agrupaban integrantes de una tribu urbana devota de lo oscuro, la Edad Media y lo que viniera en gana. Se congregaban más que nada para festejar la diferencia y para asegurarse de que no eran los únicos. Cuando Delfina y su grupo de amigas vieron a Francisco, sentado en el pasto, solo y taciturno, completamente vestido de negro, con el pelo largo y los ojos delineados, pensaron que podía ser una chica; apostaron algo, incluso. Pero cuando él la miró, ella, que ya era algo así como una pequeña mujer, supo con seguridad que era un chico, aunque distara de ser un hombre. Inventaron una excusa para acercarse a él. La verdad es que Francisco, con ese aspecto de indefenso que tenía, les gustaba a las tres, pero Delfina fue la más

hábil. Su estrategia no era otra que la de hacer reír: cualquiera que estuviera en esas reuniones estaba pasando por un momento de confusión; para ella, en cambio, era un juego momentáneo para pasar el tiempo e ir descubriendo su cuerpo ayudada por otros cuerpos. Al mes, por pedido de ella, ya eran novios y él, también por pedido de ella, un caballero con el pelo corto y nada de maquillaje. Faltaba poco para el comienzo de clases y Delfina se cambió al colegio de Francisco, para estar al tanto de cada cosa que hiciera; como a él le gustaba de verdad, no le pareció abusivo. Hasta entonces la sexualidad de Francisco se limitaba a masturbaciones frente al espejo del baño o al de su habitación; no lo excitaban videos pornográficos ni fotos de mujeres desnudas, ni pensar en actrices o compañeras de colegio, como a sus amigos. Prefería hacerlo inspirado por una fuente conocida sin apelar a la imaginación; así le resultaba más efectivo; acababa dentro de alguna media que encontraba en el piso y eso era todo: después se tiraba a ver videos escatológicos en youtube. Unas pocas veces había experimentado intercambio de manos con un chico de su edad que vivía dos pisos más abajo. Pero un día, acabado el menester que los aunaba, el vecino le había dicho que estaba empezando a enamorarse de él; Francisco sintió algún tipo de vergüenza y no le abrió más la puerta. El chico insistió un tiempo con prolongados timbrazos hasta que entendió. Entonces Francisco retomó su modo usual de sexualidad. Delfina sabía todo esto y hasta le resultaba preferible que él no hubiera tenido que pensar en compañeras ni actrices para excitarse; le parecía que así él le pertenecía todavía más. Con algo de inseguridad, ella le confesó que los únicos videos pornográficos que veía en la web eran los hechos por chinos o japoneses, porque le daban idea de animé, y los gay hardcore. Francisco lo tomó con naturalidad y, de hecho, esos subgéneros fueron catalizadores de sus primeros juegos intensos. Pero pasó alrededor de un año hasta que pudieron tener relaciones sexuales satisfactorias: ocurría que Francisco lograba la erección pero no podía eyacular. Con frecuencia, cuando no estaban sus padres, terminaban en la terraza de la casa de Delfina, tirados en el piso, desnudos, tomando coñac y haciendo juramentos. Para ella era frustrante no conocer el semen de Francisco ni saber cómo era su cara en el momento del clímax. Había visto la de varios de sus amores oportunos, había visto sus rostros abstraídos y paralizados en ese momento, pero ya eran olvido: ahora sólo le importaba poseer la expresión de Francisco. Por eso se ocupaba de inventar de la nada historias que pudieran ayudarlo a relajarse. En ese contexto, su biografía se había modificado; le juró que no había ocurrido nada importante antes de él. Incluso le dijo que no siempre las mujeres sangran en el momento de perder la virginidad y, además, se lo googleó para que no desconfiara. Ese día quizá él la quiso más. Fue transcurriendo todo más o menos así, hasta que otro verano en el baño de una quinta que les habían prestado, ella lo plantó frente a un espejo y le pidió que notara cómo le había cambiado el cuerpo.

—Cuando te conocí, eras un palito. Ahora tenés músculos y espalda de nadador. Y te cuelgan más los huevos.

A Francisco verse le generó un repentino rechazo, escapó hacia la piscina y se zambulló. Delfina esperó que emergiera y no paró hasta agarrarlo de un tobillo. Lo sacó del agua y lo arrastró por el césped. Él jugaba a resistirse, pero como ella parecía estar conducida por una fuerza mayor, una fuerza que la dominaba, aceptó el juego. Incluso, el último tramo que llevaba al baño lo hizo gateando mientras Delfina le pegaba en la espalda con una caña. Cuando finalmente se quedó quieto frente al espejo, ella le tapó la boca y le fue acariciando el cuerpo; todo. Él le seguía la mano con la mirada y, al cabo de un rato, sobrevino la epifanía: se reconoció como un hombre. Esa fue una bisagra definitiva en la relación. Sin embargo, al principio, también fue problemático porque solían tener relaciones sin protección o él recién se colocaba el profiláctico antes de eyacular. Después de un mes, Francisco escuchó por TV que un sexólogo avisaba de la peligrosidad de esta práctica; entonces la llamó y la citó en un bar, asustado. Algunas semanas después, ella tuvo un atraso que no duró un tiempo atendible, sólo un miedo cinematográfico y algunos planes fugaces. A partir de allí empezaron a ser más cautelosos y el sexo fue generalmente pleno.

Con el tiempo Francisco comenzó a tomar la iniciativa, a veces con cierta violencia, lo que a Delfina le encantaba, aunque luego tuviera que reprocharle de igual modo que había estado bruto y que basta con eso. Por su parte, ella ganaba terreno cuando le pedía que lo dejara maquillar tal

como estaba cuando lo conoció. El accedía sólo si simulaban una violación acordando previamente que ella no podía echarse atrás en ningún momento.

Ahora, Francisco iba en colectivo hasta su casa, despilfarrado, durmiéndose de a ratos con la sien apoyada en la ventanilla. Intentaba recuperar estos recuerdos pero los perdía; quiso llorarlos, tuvo la necesidad, sin embargo se deshacían y entonces regresaba a su descompostura. Sólo lo distrajo una pareja: él era un joven morocho, alto, elegante, y ella una chica menuda, como etérea; él la tenía abrazada y ella se dejaba abrazar como si no le importara, como en otra cosa. Francisco pensó que la chica era como una lauchita y que él la amaba, y que ella quién sabe. Comprobó que algo le invadía el pecho tan bruscamente que, entonces sí: lagrimeó, sin vergüenza. Pensó que contaría esto en su página. Que escribiría un cuento. Le daba rabia no llorar por Delfina, ella lo merecía. No obstante, en ese momento él sólo quería ser un pequeño roedor al que abrazan igual, porque lo quieren y nada más, sin que le demanden y sin tener nada significativo que ofrecer. Lloró hasta que llegó a su casa y unos veinte minutos más en la cama, sin parar, entre contracciones, hasta que el mareo y el sueño se lo impidieron.

V

32.

—Qué onda, man.

—Estoy leyendo.

—Sí, ¿y? ¿Qué pasa?

—Nada. Quiero terminar.

—...

—...

—¿Y a este cuadernillo?

—¿Qué?

—¿Lo escribiste todo vos?

—Sí.

—¿Y estás bien?

—Son ideas.

—¿No te agarró fiebre o algo?

—...

—El escritor.

—Chupala.

—...

—...

—¿Qué onda vos?

—Nada. Estuve en otra.

—¡Nos abandonaste a los pibes, chabón!

—¡Pobrecitos!

—...

—...

—¿Qué pasó con Delfina?

—Nada.

—Dale...

—Nada.

—¿Y por qué no están más juntos?

—No sé.

—...

—...

—Pará con eso, chabón. Estamos hablando.

—Dame el libro.

—...

—Dame el libro o te emboco.

—...

—...

—Tomá.

—¿Qué pasa, Ted?

—Nada, vine a ver qué onda. A hablar con vos.

—¿De qué?

—¿Pero qué te comiste?

—¿De Delfina?

—No.

—Le dijiste lo del billar.

—¿Qué?

—...

—Cualquiera...

—¿Qué querés, Ted? No sé en qué anda Delfina. Vos sabrás.

—No. No sé.

—...

—¿Por qué no vas al viaje?

—Me da paja explicar. Estoy concentrado leyendo, me queda poco para terminarlo.

—Uh... pero estás mal...

—No voy. Listo, fue.

—¡Pero, boludo, vos sos el imán para las minas!

—Paguen putas.

—Ah, pero estás bien en forro.

—...

—¿Qué, te hacés el escritor, ahora?

—Pensá lo que se te cante.

—Tenés un delirio...

—Y... el olor a libro viejo pega.

—Pero te pegó fuerte, se ve.

—...

—...

—Estaba leyendo, Ted. Perdoná, posta.
 —¿De verdad vas a editar un libro?
 —¿Desde cuándo vos y Delfina hablan?
 —Nada. Los vi separados y quise ver qué onda. Le hablé por vos.
 —¿Sí? Pero de haber sabido... ¡gracias por preocuparte, chabón!
 —Entonces, ¿no estás más con ella?
 —No.
 —¿Por?
 —...
 —Te estoy hablando, pendejo.
 —Pero, ¿vos sos pajero?
 —Vos sos pajero.
 —...
 —...
 —Dámelo, hijo de puta.
 —Uh, qué lejos. Fue una metáfora de tu vuelo, man.
 —Te aviso que me lo vas a buscar y me lo traés. Y más vale que no esté roto.
 —¿Yo? ¿Ir a buscarlo? Pero si yo te voy a cagar a trompadas.
 —¿Vos solo, pitufo?
 —Sí, ¿sabés que te voy a cagar a piñas?
 —Rajá.
 —Das vergüenza, flaco.
 —Qué pena.
 —Chau, Bucay.
 —...
 —Chau, Harry Potter.
 —...
 —Chau, Salvador Gaviota.
 —Andá, loser...
 —¿Y vos? ¡Fantasma!
 Una celadora pasó caminando. Llevaba un té. Miró a Ted, con hartazgo.
 —¿Qué le pasa, Alzueta, que anda gritando así?
 —¿Pero por qué no la chupa, vieja pelotuda? Y fijese que está volcando la infusión.

33.

La noche estaba bien asentada cuando Luis volvía a su casa, luego de pasar horas junto al arroyo. Se terminaba una jornada en la que la relación con Juan, siempre tirante, había llegado a límites insoportables. No obstante, el susurro del arroyo le había devuelto un temple relajado, pero también la sensación de que todo eso: la luna, la ilusión infinita del agua, la brisa, era demasiado para él solo, y que así, de a poco, iba perdiendo significado.

Avanzó por el sendero de ladrillo molido que cruzaba el descampado que llamaban plaza y lo vio a Mazziotti: sostenía un tarro de sintético blanco y con un pincel, sobre la vidriera, daba forma a un signo que le era familiar. Estuvo un rato entre unos arbustos, dudando si abordarlo o no, mientras se esforzaba por recordar. Por puro impulso sacó del bolsillo el papel que Francisco le había dejado antes de irse y ahí estaba el garabato similar: cómo no reconocerlo, si lo había leído tantas veces. Se

acercó despacito hasta el negocio; Mazzioti, muy concentrado en su obra, apenas lo saludó con un movimiento de cabeza.

—¿Qué tal, Luisito?

—¿Qué es eso?

—¿Lo qué?

—Eso.

—Un arroba.

—¿Ah?

—Va en las direcciones de mail.

—¿Mail?

—Sí, correos electrónicos.

—Ah. Sí, sé.

Luis sintió una vergüenza de esas que aturden un rato. Tenía la vista clavada en el arroba que estaba torneado por algunas curvas estropeadas, pero era legible y ya estaba finalizado. Mazzioti, orgulloso de sus pinceladas, miró a Luis y pensó que quizá no era un indio bruto como los otros del pueblo, y, con complicidad, le hizo una seña.

—Vení, mirá.

Cuando entraron al local, Mazzioti se adelantó hasta una PC color crema que estaba asentada sobre una mesa de pino, movió el mouse e hizo un clic. En el monitor aparecieron dos cuerpos desnudos, intermitentes y pixelados, que daban comienzo al acto sexual. A Luis se le empezó a parar.

Mazzioti señaló la imagen.

—¿Qué tetas, no? Bien putita la hembra.

—Sí.

—...

—Me gustaría aprender.

—¿A coger así?

—No, esto del arroba.

—Internet.

—Sí. El correo electrónico y eso.

—Ahora anda medio lento esto, igual.

—Bueno, yo no entiendo nada, así que también voy a andar medio lento.

—Cómo no, pasate y lo vemos.

—¿No puede ser ahora?

—¿Vos qué querías? Porque mirá que yo ando agarrándole la mano, no estoy muy ducho.

—Es difícil ¿no?

—Para los que vienen de la ciudad pareciera que no. Los que vienen por la caza, ¿viste? Extranjeros con plata. ¿Vos qué querías?

Luis sacó el papel del bolsillo y lo dejó sobre el mostrador; Mazzioti se puso los lentes y lo leyó.

—Ahá, y querés escribirle a éste.

—Claro. ¿Se puede?

—Sí.

—Y bueno...

—¿Quién es? ¿Un amigo?

—Ahá.

—Tenemos que hacer una cuenta tuya.

—No, te pago ahora, ¿cuánto sale?

—No, cuenta de correo electrónico.

—Ah.

—Dejá.

—Vos me indicás.

—Sí.

—Bueno, gracias, Mazziotti.
—A ver... ¿Che, y qué pasó con Adriana?
—No, nada.
—Dicen que se pelearon. Que ella no sé qué...
—No, cuestiones.
—¿Vas a anotar?
—¿Qué?
—Los pasos para que abras tu cuenta. No vas a pensar que te la voy a abrir yo siempre.
—Ah, no. Anoto.
—Pará que te traigo un papel.
—Sí. Gracias.
—...
—...
—Adriana. Lindas tetitas tiene.

34.

—¿Se quiere tatuar, Horacio! A ver si entendés la gravedad de tema.
—¿Gravedad? Vos estás muy loca, Mabel. Y pará de tomarme el whisky.
—Andá a hablarle, haceme el favor.
—Pará que está terminando un artículo, dijo.
—Qué artículo ni qué mierda.
—¿Sabés que me das miedo, Mabel?
—Ah, ¿sí?
—Estás peor que nunca. Cada vez peor.
—Mirá vos.
—Vas a tener que hacer un tratamiento.
—¿Yo? Lo único que me falta.
—...psiquiátrico, mínimo.
—Vos hacete algún tratamiento para dejar de evadir.
—¿Qué evado? Dejame ver esto, ya termina y le hablo, te dije.
—No mirás una mierda eso.
—...
—...
—No me apagás nunca más el televisor, ¿estamos de acuerdo, Mabel? ¿Sí?
—...
—Te estoy preguntando, ¿sí?
—Te estoy hablando de tu hijo.
—A ver... qué... ahora que ya me cagaste la paciencia, hablá.
—Se va a tatuar, ¿no oíste?
—...
—¿Y? ¿Qué decís?
—¿Y dónde se va a tatuar?
—No sé.
—¿Ves? No sabés. Si se tatúa en el pito o en el ojete no se ve. ¿Para qué tanto quilombo?
—Me tomás el pelo, encima.
—No se muere nadie por un tatuaje. Dejalo.
—Cómo déjalo.

—Mabel, yo no sé de eso, sos vos la que hablás esas cosas con él.
—Yo. ¿Y vos no sos el padre?
—Si estoy más en el campo que acá. ¿O vos creés que no tengo los huevos inflados de ir, venir y encontrarme con estos despelotes?
—Es que es tu hijo, también, a ver si entendés.
—Pero vos sos la que está más con él... ¡Ocupate de algo, también!
—Porque yo me rasco...
—No, pero sos la que se entiende más con él.
—El chico necesita que le hables vos. A mí ya no me hace caso.
—Pero, ¿qué es lo que te enloqueció que estás así, Mabel?
—Llega a cualquier hora, quién te dice que no ande en cosas raras.
—¿Qué, por ejemplo?
—Drogas y todo eso.
—¿No decías que no?
—Es que ahora no sé.
—No creo.
—¿Ves? Evadís, para no decirle nada.
—¿Qué droga? ¿Porro?
—No, otras peores.
—¿Cuáles?
—¡Qué sé yo, Horacio, yo no me drogo! ¿Cómo querés que sepa qué nombre tienen?
—...
—...
—¿Te parece? No creo.
—A mí sí me parece.
—¿Pero cuándo lo va a hacer? ¿Ya dijo?
—¿A qué?
—Al tatuaje, Mabel.
—No, no me dijo.
—Desdramaticemos, entonces, lo hace para llamar la atención. Si se tatúa el escudo de Racing, se lo pago yo.
—¿Ves que sos un pelotudo?
—...pero no le gusta el fútbol a este mogólico.
—Hablemos en serio, Horacio, ¿sí?
—...
—Todo lo hacés para llevarme la contra.
—Escuchame, Mabel, si siempre vos y este pajero hicieron lo que se les cantó el upite.
—Ay, por favor...
—Decime cuándo yo no fui otra cosa que el pelotudo que trae guita a la casa...
—¿Mucha, traés?
—Me estás hartando.
—Ya empezamos...
—No, acá se termina, me parece.
—¡Amagás, nada más!
—Pará de chupar, Mabel. Te ponés en pedo y gritás como una enferma.
—¡Pero dejame de joder! ¿Y vos no tomás?
—Yo no me pongo en pedo.
—¡Dámela!
—Te estoy diciendo que pares de chupar, la reputísima madre.
—Dame la botella...
—Una buena trompada te voy a dar...

—¿Me amenazás?
—No me tientes...
—Ah, dónde está el marido macho que le pega a su hembra... a ver...
—Andá a dormir, impresentable.
—¡La puta que te parió! ¡Dejá de decirme qué hacer, pedazo de cornudo!
—No me grités, hija de puta, no me grités...
—Dame la botella.
—Ah, ¿pensás pegarme vos, ahora?
—Te mataría, mirá.
—No tenés agallas.
—¿Que no?
—No sabés tomar, Mabel. Te ponés así y hacés siempre la misma escenita.
—Escenita dice.
—Serenate, por favor.
—Estúpido. ¡Cagón!
—Andá a dormir.
—...
—¡Andá a dormir!
—¿Pero por qué no te vas vos?
—Pero si no te podés tener parada, Mabel.
—No me pongas esa carita de víctima.
—Estoy podrido.
—¡Yo estoy podrida!
—Sí, no doy más.
—Andate, por favor, Horacio, eh. Andate.
—Sería lo más acertado, sí.
—Pero no tenés agallas.
—No es cuestión de agallas.
—No tenés agallas.
—Es cuestión de que razone.
—No tenés agallas.
—Estás muy mal, Mabel.
—Vos estás bien...
—Yo estoy peor. Y al lado tuyo peor todavía. Te volvéis loca vos y volvéis locos a todos.
—No tenés a-ga-llas.
—...
—¿Qué hacés?
—...
—¿Qué hacés?
—Nada, se me infló un huevo. Este de acá.
—¡¿Adónde vas?!
—Callate, pelotuda, habla despacio.
—Horacio...
—Te vas a caer.
—No me voy a caer. Horacio...
—Falta que te rompas la trompa ahora y te tenga que llevar a un hospital justo en el ilustre momento en el que me voy a la mierda.
—¡Horacio!
—Soltame...
—¡Claro, la arreglás fácil!
—No grités, ¡no grités!

—Horacio, qué hacés...

—...

—Decime qué hacés... ¿qué hacés?!

Horacio empujó la puerta de la habitación de Francisco y descubrió que todo lucía distinto: no estaban los posters ni las fotos en las paredes, hasta le pareció extraño ver a su hijo sentado sobre la cama, en bóxers, así, tan tranquilo, aunque sin poder evitar un rictus de fastidio. Le recordó, incluso, a él mismo en la época en que empezaban a intimar con Mabel cuando se quedaban solos, después del colegio, y todo era futuro. Recién notaba que Francisco había crecido, que era un adulto, no lo que él y Mabel rotulaban en cada discusión dependiendo del motivo. Estuvieron un tiempo en silencio, intentando no mirarse, oyéndose las respiraciones. En un momento Francisco se paró y fue hasta donde estaba la computadora, limpió la pelusa que tenía el teclado y la apagó. Siguió otro silencio hasta que la sombra de Horacio que proyectaba el velador se agigantó invadiendo el techo. Su voz sonó cercana, pero ubicua.

—Papá se va, hijo.

—...

—...

—Sí, escuché.

—¿Y? ¿Vos qué vas a hacer?

—¿Cómo qué voy a hacer?

—Te quedás acá.

—Y sí.

—A vos te gusta acá.

—No, no sé si me gusta acá. No es por eso.

—Claro, el colegio.

—Sí.

—Pero si no vas en la puta vida...

—¿Qué voy a hacer en el campo?

—Está bien. Entiendo. Tenés todo acá.

—Te vas a vivir con la abuela...

—Sí.

—...

—Bueno. Fijate tu madre.

—Está en pedo.

—Está loca esa mujer. No tiene cura.

—Todos estamos un poco chapa acá.

—Yo no.

—Vos también.

—No, hijo, yo no.

—Tenés razón, vos sos el ejemplo.

—...

—...

—Quiero ver ahora cómo se la arreglan solos, porque lo que es yo: ni un peso.

—...

—Se los van a comer los piojos.

Horacio salió como quien huye. Francisco apagó el velador y se tiró sobre la colcha: con los brazos extendidos hacia los costados, empezó a mirar el techo. Escuchó cómo, con desgano, su padre revolvió algo de ropa y la metió en una valija. Luego lo oyó encaminarse hasta el comedor, donde Mabel se guardaba el llanto; apagar el televisor, tomar la botella y estrellarla contra el piso.

—Desde ahora vas a limpiar solamente tu mugre. Así te quejás menos.

Entonces sí: Mabel empezó a llorar como una malcriada, pero ni bien se oyó el portazo mermó la intensidad. El tiempo se apaciguó hasta que unos pasos chuecos y desacompanados se hicieron más

audibles para Francisco. Mabel se asomó por la puerta de la habitación de su hijo y empezó a mirar los muebles y objetos difuminados en la penumbra como quien mira años. Traía su vaso: intentó beber pero no había más que gotas, así que lo dejó por ahí y caminó con lentitud y escaso equilibrio hasta enfrentar un short que colgaba sobre el respaldo de una silla. Lo empezó a acariciar apenas con la yema de los dedos, abstraída. Un poco después contempló a Francisco, impasible, tirado sobre la cama con una remera vieja que ella, o su hermana, la que vivía en Brasil, le había regalado; no se acordaba bien. Se sentó junto a él en el borde de la cama, y no supo qué decir durante un buen rato. Percibió que Francisco la miraba de reojo y se acercó para besarla en la mejilla.

—¿Te vas a tatuar?

—Tengo sueño, mamá.

—No, ¿no es cierto?

—...

—Y no te cortes el pelito. Te queda tan lindo.

—Andá a dormir, mamá.

—Me echás como tu padre.

—Es que estás en pedo.

—Sí, estoy en pedo.

—Andá...

—Tan lindo hijo con una madre borracha. No pega, ¿no?

—Andá a dormir.

—Tenés las patitas medio chuecas, como Horacio.

Mabel le acarició una rodilla y luego otra mientras puchereaba intentando no retomar el llanto. Después empezó a deslizarle la mano con suavidad sobre una pierna, rozándole el vello rubio que a medida que llegaba a los muslos se iba engrosando. Él quiso burlar la cobardía de su padre, tomar la posta y darle vuelta la cara de un cachetazo, pero optó por incorporarse y agarrarle con fuerza el cuello. Mabel estalló en llanto de inmediato y Francisco la soltó. Vaciló unos instantes y se acurrucó en la cama sin dejar de observarla por el rabillo del ojo.

—Tenés la cabeza quemada, mamá.

Mabel se puso de pie y clavó su vista en el vaso para no asumir la mirada de Francisco.

—Sí, me estoy volviendo loca.

VI

35.

La verdad es que cuando Mercedes vio a Francisco, como en otra, algo desencajado y con los ojos rojos, primero pensó que había fumado, pero de inmediato entendió que arrastraba cansancio y que lo rondaba la pena. Se asustó un poco, sobre todo porque descubrió que la había ganado el prejuicio de creer que a alguien como Francisco no podía rondarlo pena alguna. Unos minutos atrás le había llegado un mensaje en el que él le informaba que iba a pasar a visitarla, pero lo había tomado con descreimiento, con frialdad y, por eso se sobresaltó cuando, efectivamente, sonó el timbrazo. Lo

que podría ser una escena de película: que alguien que deslumbra a la protagonista le toque la puerta, triste, porque quiere verla, porque necesita verla, se había convertido en un plot incómodo. La aparición de Francisco en su vida le había trastocado y puesto en jaque muchos tópicos por los que transitaba ella, una mujer de treinta años, que especulaba con haber tomado las decisiones deseadas y, sin embargo, también con no haber elegido el camino acertado. Algo así como que ya había empezado a sospechar que no era una mujer de suerte, un imán para la buena ventura.

—Limpiate en el felpudo por si pisaste mierda y pasá.

—Te habías acostado.

—No importa, estoy acostumbrada.

—¿Sí?

—Sí, estoy cansada de que me visiten pendejos que se parten un día martes a las tres de la mañana.

—Te traje el libro.

—¿No andás muy desabrigado vos? Hace un frío del orto.

—No pasa nada.

—Pero podías dármele mañana, no había tanto apuro.

—No podía dormirme y quise venir.

—¿Y?

—¿De verdad querés que me vaya?

—No, el libro...

—Está bueno, sí.

—Un tipo se rompe la imaginación para llenar doscientas treinta páginas, cuerpo doce a simple espacio, ¿y vas a decir que está bueno, nada más?

—Me gustó que a cada rato decía: de verdad.

—Ah, es cierto...

—No: de verdad.

—¡Ah, pero muy bien! ¡Andamos a full!

—¿Fumás?

—Me quedé sin seda. Voy a la cocina, traigo una cerveza.

—Sí, estaría una cerveza.

—No tengo nada para picar, papas algo de eso.

—¿Cómo?

—Algo para comer...

—Ah. No importa. También me gustó eso de que mencionaba a un hermano que se había muerto.

—Sí. Y otro era escritor, ¿no? ¿O me acuerdo mal?

—Claro, pero se había ido a Hollywood y lo odiaba por eso. Cualquiera.

—Qué avejentado eso, ¿no? Hoy alguien en Hollywood es lo más.

—Sí.

—Tomamos del pico así no lavo vasos.

—Y tenía una hermana más chica. A ésa la quería mucho.

—Vos sos, dejame adivinar, ...el más chico de tres hermanos varones...

—No. Me hubiese gustado tener hermanos.

—Siempre la pego y justo ahora yerro.

—¿Qué es yerro?

—No se dice erro, se dice yerro.

—Suena raro eso.

—Sí, es al pedo, la verdad.

—Papá siempre le dice a mamá que por qué no tuvieron otro hijo y bla, bla, bla.

—¿Y por qué no tuvieron?

—Mamá no quiso, parece.

—Este bebote todo para ella, ¿no?

—No seas naba.

—Te la dejo acá, agarrala. Voy a poner música.
—¿Vos tenés hermanos?
—Dos medio hermanos.
—Qué bueno.
—No te creas.
—¿Por?
—Estamos con temas de sucesión y es un chino toda esa movida. De repente te ves odiando a gente que casi no conocés y que tampoco te dio motivos.
—...
—...
—Ah, necesitaba un trago de algo.
—¿Está fresca?
—Sí.
—Ahora que lo pienso, sí, a vos se te nota a la legua que sos hijo único.
—Me lo dijeron algunas veces.
—Se te nota, como la canción de Sandro.
—¿Escuchás Sandro?
—Obvio.
—Dejate de joder.
—No entendés nada, criatura.
—No escuché mucho. Poné algo, a ver.
—¿Sandro?
—No, Los Wachiturros.
—¿Quiénes eran esos?
—Unos negros.
—Mirá que Sandro te puede hacer mal.
—Poné, dale.
—Bueno, una selección de éxitos. Si te aburre, me decís.
—Tomá, un trago.
—...
—...
—Mhm... tenés un montón...
—...
—Pequitas.
—Sí.
—Una, dos... siete...
—Son de nacimiento.
—Cada lunar cuenta por dos, ¿sí?
—Por tres mejor.
—No.
—¿No?
—Contestame con el cuerpo.
—¿Cómo?
—Sin palabras. Hablemos el lenguaje del cuerpo.
—...
—Yo te toco una peca, vos me tocás otra a mí, y así...
—Pero vos no tenés pecas.
—No sabe jugar el bebote...
—Pff...
—Entonces callate, haceme el favor.

Estaban de pie en mitad del monoambiente. Francisco intentó seguir el juego, pero lo abandonó de inmediato y se entregó a ella. Mercedes continuó buscando pecas por los brazos y contándolas para sus adentros; cuando llegó a la axila izquierda y no pudo seguir entrando por la remera, se la quitó y la arrojó con fuerza. Se rió de los escasos pelos rubios que Francisco tenía en el pecho y percibió que eso lo había incomodado un poco; entonces, para redimirse, comenzó a besarle el cuello, al tiempo que él intentaba desabotonarle la blusa. Pero de manera repentina ella se desentendió y lo empujó sobre la cama de una plaza. Se trepó a él y luego se dejó caer a su lado. Lo abrazó un rato, le acarició los abdominales y le enruló los pelos blancuzcos que conducían a los genitales. Después le desabrochó el cinto, le bajó hasta las rodillas los chupines y le lamió un buen rato la zona sin quitarle la ropa interior. Francisco se dejó hacer, un poco perplejo. Mercedes le quitó los bóxers y notó que no tenía ni un esbozo de erección. Se inquietó, pero le restó importancia y empezó a frotar con meticulosidad como si escaneara con sus manos el culo de Francisco. Eso multiplicó su calentura. Envolvió con la yema de sus dedos repetidas veces la redondez de cada nalga, hasta que hizo una suerte de palanca para que él se diera vuelta y comenzó a darle mordiscones. Francisco estaba lejos de sentirse excitado, pero Mercedes no claudicaba: mordió y tironeó de los vellos que le rodeaban el ano y, después, con precisión, comenzó a introducir la lengua lentamente mientras agarraba, como poseída, con fuerza cada glúteo. A Francisco esto le generó dolor y se dio vuelta. Hubo un desentendimiento hasta que él logró aprisionarla debajo suyo: le disgustaba que ella le fragmentara el cuerpo con esa voracidad. Mercedes se esforzó en impedirlo; no obstante, él logró sacarle la blusa y bajarle el pantalón. Ella le escamoteaba la mirada, empezaba a incomodarse: Francisco estaba obsesionado con el abdomen fofo de Mercedes: había ido directo hacia él como imantado; no paraba de amasarle la flacidez del estómago y, para cuando ella volvió a resistirse, él ya había logrado una perfecta erección y le rozaba el vientre con el glande. Se lo babeaba con líquido preseminal cuando ella lo alejó de un cachetazo.

—Es fea, ¿no?

—¿Eh?

—Mi panza, digo.

—¿Por qué? No.

—¿Qué hacías?

—Te refregaba la pija... ¿qué voy a hacer?

—¿Pero en mi panza?

—¿Y? ¿Cuál es?

—...

—...

—¿Cómo es tu novia?

—No tengo más novia.

—¿Y cómo era?

—¿Cómo era cómo?

—...

—...

—Linda, linda era, pendejo. Y una borrega. Cómo va a ser.

—Sí, puede ser.

—Tenía las tetas paraditas, la panza chata y ninguna estría.

—...

—¿O no?

—Y eso me aburrió.

—¿Qué?

—Nada.

—...

—...

—¿Qué mambo tenés?

—Nada.

—Decime: qué.

—¡Nada te digo!

Mercedes se puso de pie y avanzó, subiéndose los pantalones, hasta una mesa pequeña que estaba cubierta con un mantel de hule. Se sentó de espaldas a él. Francisco constató que algo excitante le pasaba con las nalgas que le veía caer en la parte trasera de la silla y se sintió extrañísimo, ahí, solo, en la cama, con la erección abandonada. Ella no lo miraba.

—Es que cuando era chica era gorda.

—Vos no sos gorda...

—Ahora no. Tengo que hacer abdominales, pilates, no sé qué garcha.

Mercedes se sentó, apoyó los codos en la mesa y encendió un cigarrillo.

—Estoy en mi peso ahora, pero ni haciendo ejercicio todo el día puedo con esto.

—¿Con qué?

—Con la panza, estúpido, con toda esta mierda...

—Pero a mí me gustaba.

Ella arrojó con rabia el encendedor contra el piso.

—Callate.

—Tranquila...

—Callate.

—¿Qué pasó? ¿No era que no había que hablar?

—Ay, pero no seas tan literal, bebé...

—Al final vos rompiste tu jueguito... No te animás...

—Callate, por favor. Dejame pensar.

A Francisco le pareció definitiva su respuesta, lapidaria, y optó por el silencio. La observó:

Mercedes pitó su cigarrillo, se cruzó de piernas y miró con recelo su propia biblioteca: una pared de libros; luego se tocó con disimulo el cuerpo, la panza, las piernas... y giró para verlo: Francisco estaba desparramado en la cama, abstraído, en la suya.

—¿Y ahora se te para?

—Te miro y no se me baja.

—No te hagas el pelotudo.

—Pero es verdad, me calentás.

—¿Querés que para la próxima me haga un ano contra natura? Como el tipo ese...

—¿Qué tipo?

—Santiago Bal.

—¿Quién es Santiago Bal? ¿Tiene un ano contra natura?

—A ver, ¿esas cosas te gustan? ¿Eh?

—¿Qué es ano contra natura?

—...

—No sé, me gusta lo feo.

—¿Cómo?

—Tu panza, por ejemplo, vos dijiste que era fea.

—...

—A mí me calienta lo feo, me parece.

—No lo puedo creer...

—Yo tampoco. Me di cuenta ahora.

—Vos sos mogólico.

—Vos sos la que usaste esa palabra: feo.

—In-cre-í-ble.

—¿Qué?

—Venís a mi casa a decirme que mi panza es fea y encima a calentarte con que está fofa.

—Y decí que no estás operada del apéndice...

—¿Cómo?
—Chiste.
—Apéndice, hidrocefálico.
—Bueno.
—...
—...
—Te juro que no me entra en la cabeza.
—Nada, boluda; si te digo que me gustás, ¿cuál es?
—Por fea...
—No sé. Sí.
—Andate.
—Bueno.
—No, pará... quedate... a ver, porque seamos claros, no te puedo gustar así.
—¿Por qué no?
—Porque no.
—¿Cómo no?
—¿Vos me estás cargando? ¿Te va lo feo? Eso es...
—¿Qué?

—¡Y guardá esa pija, no se baja y no se baja, me dan ganas de cortártela!

Francisco empezó a vestirse. Se abrochó con dificultad el chupín: el glande le rozaba la tela del bóxer y le generaba ardor. Mercedes no paraba de fumar nerviosa y de mirarlo, de mirarle el culo y los hombros, agudos, y de mirar la forma definida que le daban el muslo y las pantorrillas al chupín.

—A ver... ¿Qué te gustan? ¿Las estrías?

—No sé.

—¿La celulitis? ¿De dónde viene eso, escritor?

—No sé.

—A ver, quiero saber qué pasa por esa cabecita. ¿Me ves la panza y se te para la poronga?

—No soy yo, es mi pija, ¡boluda!

—Rajá de acá, pendejo. De verdad te lo estoy diciendo.

—No encuentro la remera. Creo que vos la revoleaste.

—¡Rajá de acá!

—¡Y dame la remera, pelotuda!

—Allá está, enfermo, en el sillón.

Mercedes se puso de pie y caminó echando humo hasta la puerta; la abrió de par en par. Francisco fue hasta allí mientras se ponía la remera. En el umbral, intentó despedirse.

—Bueno...

Pero Mercedes cerró la puerta con tal bestialidad que Francisco tuvo que dar un saltito hacia atrás para que no le rompiera la nariz. Al estruendo, lo siguió la desolación. Se quedó inmóvil en el pasillo, en penumbras, sin saber qué hacer. ¿Adónde iba a ir? Hasta que un ruido metálico le eclipsó el pensamiento y un destello de luz se coló entre la puerta.

—Ah, tomá. Es un obsequio.

Un objeto salió disparado, impactó en la pared y cayó al piso. De nuevo un portazo y la oscuridad. A los pies de Francisco yacía despatarrado un mini diccionario de la lengua española: Pequeño Larousse Ilustrado decía la tapa. Lo ganó una especie de cansancio y sintió palpitaciones. Se dejó caer en el piso. Se abrazó las rodillas e intentó respirar bien, sin embargo una presión le subía desde el pecho y lo ahogaba. Pensó en llamar a Delfina, pero sería un error, sería humillarse, y también improductivo. Tenía los nervios a flor de piel y no podía aplacarlos. Por primera vez en su vida sintió ganas de lastimarse el cuerpo con algo filoso, pero no había en el pasillo un puto vidrio, un tornillo; nada.

36.

Se sentó en un banco de la plaza en la que lo había abandonado su rumbo errante. Abrió el diccionario al azar y encontró palabras extrañas. Buscó aquellas que definieran lo que sentía y cada entrada le devolvía otras, y éstas, otras más. Muy pronto su malestar se multiplicó. Los antónimos, para más, se identificaban con lo que añoraba. El libro le generó algo de repulsión y lo arrojó a los pies de unos arbustos. Se quedó estático largo rato, con los codos sobre las rodillas y la cabeza, abandonada a su peso, con la melena queriendo tocar las baldosas. Estaba sudado y olía mal. Se sentía repugnante: una pieza que encajaba con los troncos podridos de algunos árboles y el terror que derrama la noche cuando todavía no se quiere morir. Continuó así, en ese estado de abandono hasta que lo capturó una ansiedad alevosa. Miró alrededor en busca de alguien. Recién entonces notó que una sombra se movía tras los arbustos. Desvió la mirada pero ya había visto de soslayo que era un adolescente bastante menor que él, con diferente piel y pelo negro. La manera de hacer sonar las zapatillas en el suelo y el compás de los pasos no vaticinaban nada bueno. Sin embargo, Francisco no tuvo miedo. El chico se colocó frente a él asumiendo una postura desafiante, la que, luego de un encantamiento, modificó al identificarse con la profunda pena que había enmascarado el rostro de Francisco. Se contemplaron un tiempo, de esos muy difíciles de medir, de esos tiempos que arrastran otros tiempos. Cuando Francisco volvió a dejar caer su cabeza, el chico le puso una mano en el hombro.

—¿Qué te pasa, amigo? ¿Vas a llorar? Está todo bien, amigo.

Francisco sintió algo de asco. Asco por él, por todo. Pero exhaló, volvió a mirarlo y después de tragar saliva y carraspear, dijo:

—¿No sabés quién vende algo por acá?

—¿Pasta?

—No.

—Porque si querés, si tenés, yo consigo.

—No, frula.

—¿Ves allá? ¿En esa carpa?

—Sí.

—Ahí vive El Coso. Ése vende.

—¿Vos tomás?

—Claro, amigo.

—Si consigo, te traigo.

—No, es mala la que vende.

—Me da igual, ahora.

—Pero haceme un favor...

—¿Qué?

—Si ves a una vaguita que está con él, decile que venga, que me tiene que chupar la pija. Que era el trato; que no se zarpe.

—Ok.

Prácticamente en la cerrazón: las luces habían sido anuladas por cascotazos o descuido, Francisco cruzó unos canteros circulares, imprevisibles. Lo condujeron hasta un árbol alto y frondoso. Sobre las raíces, que serpenteaban en partes lastimadas, desnudas, había una casilla improvisada. No supo qué decir: golpeó las palmas. Unos ruidos le aseguraron que quienquiera que allí viviera había oído. Al cabo de un rato vio la cabeza de un hombre al que la capucha que llevaba puesta le oscurecía parte del rostro.

—¿Quién sos?

—Hablé con un pibe allá. Me dijo que vos tenías.

A Francisco le fue imposible calcular qué edad tendría y, buscando ver lo más posible, le dio el dinero que le quedaba; el hombre lo agarró y lo miró a los ojos, lo escudriñó un poco más y se hundió otra vez en la casilla. Allí, en la oscuridad de su interior, Francisco logró ver contornos del cuerpo desnudo de una chica de no más de doce o trece años: uno de sus codos descansaba sobre un plato con restos de comida. Al cabo de unos segundos, la mano del hombre de la casilla le extendió un papel mugriento.

—Es lo que tengo.

Francisco dudó, pero se acercó igual. Estaba agarrando el papel que le habían tendido cuando, de un zarpazo, la mano de El Coso le capturó la muñeca con fuerza y no le quedó otra que caer arrodillado. Intentó escapar pero algo lo imantó: El Coso tenía una deformación en la cara. A Francisco le corrió de inmediato una sangre fría por el cuerpo que le despabiló los sentidos. Se dejó capturar la atención: desistió de querer escurrir su mano y, con lentitud, fue cambiando la perspectiva: quería ver aún más. Ambos se miraron con una extraña y mutua fascinación. El Coso le soltó la mano. Francisco la estiró lentamente y le quitó por completo la capucha: la protuberancia se desprendía del pómulo, llegaba hasta la frente y concluía en la nuca. Dudó, pero se dio cuenta de que ya no le temía sino que, por el contrario, había experimentado un extraño remanso. Con suavidad, empezó a rozar la malformación con la yema de los dedos. Cuando El Coso percibió que Francisco tenía los ojos húmedos, se le acercó un poco más y dejó ver su torso; volvió a agarrarle la mano, esta vez sin fuerza. Paseó por ella los labios con levedad, como ensayando besos que da un niño, apenas suspirados. Ante aquello, Francisco, aunque lo necesitara, no pudo llorar, no sabía cómo, y bajó la cabeza; llevó la mano hasta el pecho de El Coso y pudo percibir algunos golpes de su corazón. Fue entonces que lo miró con algo de paz: lo invadía otro latir; sentía algo nuevo, decisivo, quizá... aunque no duró mucho: lo sorprendió un zarpazo que, en un movimiento rápido, hizo que su mano culminara abruptamente en el miembro de El Coso. Aunque Francisco lo deseó con repugnancia, la fuerza originada por el espanto le permitió soltar la mano y empezar una carrera furiosa que se extendió a lo largo de varias cuadras. Corrió y corrió, buscando que el cansancio le ganara al dolor físico que la angustia le había hecho germinar en la carne. Cuando la respiración no se lo permitió más, frenó y, muy mareado, caminó hasta una plazoleta. Se sentó en el borde de una fuente y soltó con desgarró un grito brutal, lleno de repulsión y fastidio. Gemía con desesperación, con la vida atragantada. Entonces sí, rompió en llanto y vio cómo sus lágrimas se disipaban en el agua podrida mientras con las manos temblorosas desdoblaba el papel.

37.

—¿Estás, Francisco?

—Sí, hola.

—Ñaña...

—¿Todo bien?

—Sí, ¿vos?

—Bien, qué sé yo.

—¿Pasó algo?

—Bancá.

—Sí.

—...

—...

—Tel.

—¿Y vos?
—¿Yo qué?
—¿Cómo estás?
—Estoy bien.
—Estás bien... pero...
—Pero nada.
—Pero...
—Necesito plata.
—No te estarás zarpando con la merca, ¿no?
—No.
—Me dijo alguien.
—No, Delfina. No.
—Pero qué pasó. Por lo de tu viejo...
—¿Cómo sabés eso?
—Todo se sabe, Frank.
—Y, bueno...
—Bajón, ¿no?
—Sí, bajón.
—¿Y no les pasa plata?
—No.
—Qué miserable ese Horacio.
—Y a mí no me salió ninguna publicidad, ni nada.
—¿Por?
—Colgué.
—No fuiste más porque no querías.
—Sí.
—...
—...
—¿Seguiste escribiendo?
—No.
—¿Por?
—¿Por qué va a ser?
—¿Por qué?
—Porque no sirvo.
—Era re lindo lo que hacías.
—Sabés cómo te creo ¿no?
—...
—...
—Crema del cielo.
—Sambayón.
—Chocolate al rum.
—Me tengo que ir.
—Mala onda.
—No tengo ganas de giladas...
—¿Adónde tenés que ir?
—De golpe te importa.
—Qué paciencia hay que tenerte.
—No sé. A ver dónde consigo plata.
—¿Nada tenés?
—Me quiero cortar el pelo.
—¿De verdad no estás en cualquiera?

—No estoy fisura, tranca.
—Bueno.
—No rompás.
—No te cortes el pelo.
—Me quiero rapar.
—No, no te rapes, Francisco.
—Me causa que me digas Francisco.
—Bueno, Frank. Como sea, no te lo cortes.
—Ya está haciendo calor.
—Si te molesta te hacés una colita.
—Ya no tenés ninguna autoridad para pedírmelo. Así que fue.
—No, pero igual.
—Fue.
—No te lo cortes. A ver, ¿para qué te lo vas a cortar?
—Porque me rompe los huevos.
—Era re lindo así como lo tenías, Frank.
—Es, no me morí.
—Digo porque te lo vas a cortar, nabo.
—Sí.
—No te lo cortes.
—No. Basta, Delfina: fue.
—No te lo cortes.
—Parecés mi vieja.
—¿Cómo está Mabel?
—No sé.
—Ay, Frank, ¿cómo no vas a saber?
—No nos vemos casi.
—¿Por?
—No sé, andará cogiendo.
—¿Con quién?
—Con Almendros.
—¿Quién?
—Huberto Almendros.
—Ah. El escribano.
—Le debe acabar en la boca y mi vieja seguro traga.
—No digas así, pobre Mabel.
—Qué costumbre de mierda de decir: pobre.
—Sí, pobre.
—Traga como vos, ¿cuál es?
—Son un monstruo.
—Gracias.
—¿Eh?
—Bueno, Delfina, ¿qué querías?
—Nada. Quedate tranquilo, no quiero verte.
—Eliminame, entonces.
—No seas pelotudito...
—Yo tampoco quiero verte.
—Me alegro. Pero si te sentís mal, llamame, ¿sí?
—No lo necesito, no te hagas problema.
—...
—...

—¿Me lo vendés?
—¿A qué?
—A tu pelo.
—Vos estás desquiciada.
—Mirá quién habla de desquicio...
—Andá a cagar.
—Bueno, no me digas así.
—Y... pero mirá la pelotudez que decís.
—No es ninguna pelotudez, nene.
—Me cansooo...
—¿Me meabas y esto te va a parecer de desquiciado?
—Mirá con lo que salís...
—Es así, ¿o no?
—Fue idea tuya eso.
—No importa.
—No. Olvidate.
—Quiero tu pelo. Algo.
—Me tengo que ir.
—Yo te dejo plata en un sobre.
—...
—...
—En todo caso prestámela.
—Se la dejo al portero.
—Bueno, pero prestámela.
—No, porque no quiero tener contacto con vos.
—¿Y para qué me hablás por acá? ¡Elimíname!
—Te hablo porque no te quiero ver, nabo.
—...
—...
—¿Ya salís con otro?
—¿Por qué? ¿Ya salís con otro? ¿Cuánto tenía que esperar?
—Por mí...
—Igual no salgo con otro.
—Sos libre de hacer lo que se te cante el ojete.
—No seas guarango. No da.
—Me voy.
—Además vos te ves con la hippie sucia.
—Cualquiera es eso.
—Yo sé que sí.
—Me voy.
—Pará...
—¿Qué?
—Yo le dejo un sobre a Alfonso.
—Dejame de joder con eso, Delfina.
—Pero decile al peluquero que te lo corte prolijo.
—No.
—Que te lo corte al ras. Y que no desarme las mechas. Vos explicale.
—No.
—Y dáselo en un sobre o una bolsita a él.
—¿Cómo?
—A Alfonso.

—Se me va a poner a hablar Alfonso. Es como un agua viva.

—Le decís que vas a un casting y que llegás tarde. Y bla...

—No.

—Sí.

—...

—...

—No. No sé.

38.

Ese día Luis había tenido un nuevo altercado con su padrastro: en un momento dado, durante la discusión, percibió cómo Juan lo miraba fijamente, casi absorto. Ni siquiera lo había amenazado con represalias de cualquier tipo; nomás lo miró fijo y se fue a otra habitación. Luis supo así que con su padrastro ya se podía medir tranquilamente y que quedaba suspendido, por el momento, el desenlace ineludible. Sintió poder, pero, por sobre todo, una gran soledad: ahora sí estaba verdaderamente solo en ese pueblo lejano de otros pueblos que también eran lejanos de las ciudades más próximas.

Unos días atrás, en un cabaret de por ahí, un vecino le había puesto una piña porque sí, porque se le antojaba nomás, y después se había ido, tambaleándose, como si nada. En ese momento Luis sintió más ira que miedo, y eso le extrañó, porque, a decir verdad, ese hombre podía reventarlo a trompadas. Sin embargo, ahora que ya no era un chico, la rabia se le aparecía más a menudo. Tenía en claro que a todo aquello que hiera hay que darle un cierre, inclusive con otra herida: con una puñalada por ejemplo. Su padre le había enseñado lo importante que era apretar la mano sin mirar, no escupir para arriba y acceder siempre que alguien lo necesitara, pero también le había enseñado a salvar la dignidad a cualquier precio, incluso rayando en la brutalidad. Luis ahora tenía orgullo, ya no el orgullo caprichoso y cambiante de un adolescente, sino el que mutaba a una contundente voracidad de respeto. Más que nada porque él aspiraba a ser un hombre con corazón y eso se le había ido revelando durante horas de cavilaciones junto al arroyo. Ese orgullo se aparecía cuando pensaba en Francisco, le hería su desaparición abrupta aquella mañana. Ese hecho le ponía en jaque su lógica tan simple y efectiva de siempre: si en el pueblo alguien lo invitaba a tomar mate y él no iba por alguna cuestión, podía pasar un año pero esa persona le diría un día: te esperé esa vez y no viniste, Luisito. Él, en consecuencia, tenía esa política también. Según le había dicho Mazziotti, si enviaba un correo electrónico, en pocos días debían verlo y responderlo, y más la gente de la Capital que es más conocedora de estas cosas. Le había dicho también que podía haberse enviado mal, pero, en ese caso, otro correo le avisaría si eso pasaba. Y Luis sospechaba, palpitaba que estaba siendo rechazado, omitido. Era eso lo que más lo perturbaba: el desdén tan desfachatado con el que se lo arrojaba a la basura.

De manera sorpresiva, hacía un tiempo, había experimentado un deseo extraño, algo indescifrable que lo confundió aún más: quiso ser Francisco, a falta de él. Se miró al espejo; lo buscó un largo rato. Intentó achatarse la nariz, manipularla, pero ocurría lo inevitable: perseveraba en su forma. Se sintió infantil y abandonó la empresa; hasta se rió. El remanso duró poco: a la mañana siguiente fue a la casa de la peluquera, en realidad la concubina de un mecánico que oficiaba de peluquera, y le pidió que le decolorara el pelo. Le señaló un color amarillento que había en un gastado muestrario, y la mujer hizo lo posible. Pidió también que le hiciera el corte que le recordaba a Francisco; se lo explicó. Ahora entendía por qué se había dejado crecer la cabellera; las decisiones se toman su

tiempo para blanquearse en la conciencia, pensó. Entendió que su nuevo color y peinado eran el germen de una metamorfosis sin finalización, a no ser que él la buscara. En parte también porque le daba vergüenza, había dejado de ir al arroyo. Le generaba nostalgia y no quería encontrarse con Adriana, de quien le habían dicho que continuaba yendo con un hombre mucho mayor que ella y, a veces, con otro de más o menos su misma edad. Luis pensó que lo hacía porque todavía lo esperaba y porque necesitaba hacerlo sufrir.

Hacía frío, pero solamente el agua era una fuente de música que lo transportaba, aunque ya no pudiera zambullirse. A pesar de eso, un mediodía Luis decidió ir a almorzar allí y se acomodó entre las matas. Escuchó venir de lejos unas voces que lo pusieron en guardia: Adriana caminaba con un hombre. Se sentaron muy cerca de él; los espío. El tipo aparecía a menudo por el pueblo, lo tenía visto: siempre cortejaba a Adriana, con caramelitos y groserías. Vio que ambos se hablaban al oído y reían por cualquier estupidez. No me vieron todavía, pensó. Pero, al cabo de unos minutos, el hombre empezó con: maricón, con chupavergas y con nomás las viejas se tiñen, puto. Y se reía. Se reían. Aunque era una buena oportunidad para purgar penas y cumplir mandatos, Luis eligió irse aun cuando entre la vianda para el almuerzo había traído un cuchillo tripero.

Poco después, también por allí, el hermano más chico de Adriana se le acercó a saludarlo. Luis lo conocía desde muy chiquito y se tenían estima. Estaba con otros muchachitos de su edad que lo miraban con picardía de borregos que ya arañan la pubertad. El chico no tenía mucho que decirle; quería, en realidad, ver de cerca a ese fenómeno, el que había roto la monotonía del lugar con su excentricidad; se quedaba callado frente a Luis ensayando una provocación. También esa vez Luis prefirió irse: qué otra cosa podía hacer. Pensó que matar a una mujer que lo había humillado no tenía sentido; luego tendría que matarse él. Había que ser fuerte y enfrentar lo que fuera para ver qué le deparaba el destino. Así, cada vez más Francisco empezó a erigirse como un refugio, como una balsa de la que asirse en medio de la evasión. Lo que en parte complicaba la decisión de una partida en su búsqueda era la mala temporada que había traído aparejada la escasez de dinero. Todo lo demás estaba a su favor: había descubierto que lo que existía más allá de su pueblo también podía ser suyo y, más allá, aún, había un puerto deseado con cabellos rubios, rostro de ángel y perfume de demonio. El ser y el poseer se le trastocaban cada vez más, tanto que una madrugada, aprovechando que su padrastro dormía, abrió un cajón de la cómoda que fuera de su madre antes de su silenciosa huida, y halló la caja con maquillajes y cosméticos. Luis apenas conocía para qué servían, pero no sería difícil imaginarlo: había visto de muy pequeño a su madre darles uso cuando se veía con alguien en ausencia de su padre. Encontró algunos elementos de utilidad: un polvo que le aclaraba la piel, un rojo débil para los labios y otras cosas que fue probando. Cerró con llave su habitación y se desnudó. En penumbras, para que Juan no sospechara, todo aquello lo ayudó a acercar su rostro al de Francisco o a alejar los rasgos propios que lo distanciaban de él. Cuando empezaba a amanecer, con furia, se limpió la cara y estuvo horas sentado en una silla, sin moverse; le pesaba haber cruzado el umbral. Se avergonzó de lo que había hecho, pero también de él, de cómo era, de lo que le había tocado ser. Abominó de sus padres, sintió que ya no podía albergarles ningún vestigio de amor porque le adeudaban la belleza. Pensó que por eso Francisco lo había cambiado por nada, porque él era un ser despreciable. Se recostó en la cama; apenas el sol que se filtraba por la ventana lo vestía. Unos sueños vívidos y penetrantes, reveladores, le hicieron despertar en su punto álgido, ensopado, con el estómago manchado con semen y una orina intensa que le envolvía parte del cuerpo. Rememoró las imágenes soñadas. Sintió encarnar su fantasía: la conversión a un ser extraño, sufriente, hastiado. Hasta sintió en su carne la mutación. Lo obligaron a levantarse unos golpes furiosos que su padrastro hizo reverberar sobre la puerta de chapa; ya estaba avanzada la mañana del lunes y Luis aún no había comenzado su trabajo. Hasta entonces había logrado llevar a cabo las tareas asignadas sin necesidad de que Juan le recordara a cada rato sus deberes. Mucho, después de todo, no podía reprocharle.

Esa mañana el estado de las cosas pareció regresar al status quo usual. Luis abrió la puerta de inmediato y Juan lo vio tal como se había despertado. Se podría asegurar que desde entonces su

padrastra se desorientó de verdad: Luis ya le significaba lo inabarcable y empezó a temerle. Ese mismo día discutieron con vehemencia. Recién hubo una tregua luego del mediodía. A la hora de la siesta, Luis se fue al arroyo para almorzar, pero se olvidó la comida. Eso le generó un enojo imparable; creyó que ese olvido era síntoma de una creciente locura. Se quedó mirando el agua; dejaba que su andar le arrastrara pensamientos y pensamientos. Hacía un frío seco, invernal, pero respiró profundo y se zambulló. Treinta segundos. La desazón persistía. Tenía los ojos cerrados. Oscuridad. Un minuto. El entumecimiento lo venció y le anuló los sentidos, a él, que poseía un estupendo sentido de supervivencia. Un minuto y medio. Restaba el pensamiento que, de improviso, le reveló a Francisco sumergido frente a él: lo miraba impávido, como en un sueño. Dos minutos. No comprendía; Francisco no atinaba a decirle nada, nomás lo miraba. Dos minutos y medio. Abrió los ojos y Francisco seguía ahí, tamizado por el celeste del cielo que se había hundido; se le fueron de cuajo sus ganas de escupir pena y deseó estrangularlo. Podía hacerlo con sus brazos fuertes y Francisco, para más, parecía pedirle que lo hiciera. . . Un impulso irrefrenable lo expulsó fuera del agua. Ingirió todo el oxígeno que pudo, espasmódicamente; le llevó mucho recomponerse. Aún cuando pudo vencer el entumecimiento temblaba por el frío, pero más por la desesperación.

39.

Con el dinero que consiguió, Francisco compró algo de drogas y una botella de whisky medio pelo. A menudo tomaba de la de sus padres y eso más de una vez fue motivo de discusión entre ellos: Horacio pensaba que la vaciaba Mabel y Mabel que lo hacía Horacio. Mientras discutían, Francisco se recostaba en su cuarto para oír los reproches y las consecuentes puteadas con sucio placer. A veces, tomaba whisky para bajar el efecto de la cocaína y su rebote. Generalmente no consumía seguido, sólo viernes o sábados, y cuando lo hacía al día siguiente iba a nadar o salía a correr porque le daba culpa. Había semanas en las que no la probaba incluso. Delfina le permitía tomar pastillas con moderación sólo si lo hacía en una salida y con ella; la cocaína no le resultaba simpática. Sabía que él aspiraba de vez en cuando, pero Francisco nunca lo hizo delante de ella. Aún así, él llegó a pensar que Delfina hacía lo mismo. Lo notaba porque a veces hablaba estupideces sin parar o representaba situaciones para él, y de pronto, callaba y juntos se bajaban alguna botella de la bebida alcohólica que hubiera. Aunque no estaba seguro ni quería saberlo. Durante estos últimos días, Francisco le había abierto paso al consumo durante la semana. Si bien no sentía que la droga lo ayudara, el momento inmediato después de metérsela por la nariz lo relajaba, aunque, a veces, luego de algunos tiros, concluyera en que todo lo que lo rodeaba se tenía que ir a la puta que lo parió. Hablaba solo, murmuraba mierdas. A menudo le quitaba el sueño o despertaba con un dolor de cabeza intenso y lo mismo persistía. Sentía un goce infectado de morbo cuando se veía en el espejo rapado y ojeroso. Pensaba en el cambio: mientras que ahora disfrutaba de lo morado que le sostenía los ojos, antes, cuando estaba días sin dormir de tanto bolichear, Delfina lo restauraba con su tapa ojeras y su base. Entonces, era algo así como un muñeco tierno y ahora un muñeco abandonado, despedazado y lúgubre. Se le escapaban risitas, se gustaba así. A la cocaína la tomaba en el living, en el balcón, en el ascensor; en cualquier lugar y en cualquier momento, porque Mabel, despechada por sus dos hombres, había empezado a desentenderse de la casa. A veces Francisco jugaba a dejar algún resto de polvo en los distintos ambientes, pero su madre nunca detectaba nada; parecía estar muy entusiasmada con su nueva vida, poco precisaba fingir indiferencia. Recién varios días después de la partida de Horacio, Francisco se vio sin un centavo. Su padre no había enviado señales de vida ni, mucho menos, dinero. No quería llamarlo a la estancia en donde vivía junto a su abuela, una vieja absorbente y prepotente, que llevaba las riendas de todo y que lo rechazaba desde chico por el apego a su madre. Ella, desde luego, creía que Mabel era una mujer sin muchas luces y una atorranta; en tanto para Mabel, su suegra estaba mal de

la cabeza y ahí terminaba todo. El perrito faldero, le decía su abuela, pero Francisco de chico desconocía el significado de la palabra faldero y, de grande, ni se lo preguntó. Pensó en lo agotadores que habrían sido los viajes semanales de su padre desde el campo que, según tenía entendido, quedaba a unos ciento cincuenta kilómetros. Aunque casi ni se veían, Horacio, cada vez que se iba, bien temprano, entraba al cuarto de su hijo para arroparlo. Francisco se avergonzaba y fingía seguir dormido. Sin embargo, últimamente había comprendido lo difícil que habría debido ser para su padre hacer esa cursilería. Ahora la casa no era ni más ni menos que el cementerio de tres vidas. Desde hacía un tiempo, Mabel se veía en las noches con Huberto Almendros. Ella no se metía en las cosas de su hijo ni él en las de ella: había un pacto tácito de silencio, les bastaba con saber que el otro andaba por allí aunque estuviera convertido en una sombra o en un portazo. Mabel le dejaba comida en una olla o empanadas que Francisco debía recalentar en el microondas, ya que ella, durante el día, según dejó entrever en alguna nota escrita, había empezado a trabajar como vendedora en una tienda de ropa para obesos. Francisco creía que su madre era bastante inútil para eso, pero, de a poco, se fue enterando de que el trabajo se lo había conseguido Almendros en el negocio de su esposa o de su ex esposa. Le divertía imaginarla dando mal el vuelto o no dando la tecla en el talle de un gordo. Así las cosas, el tiempo se dedicó nada más que a controlar que sus cultivos destructores crecieran sanos.

A Francisco la casa desierta le vino al dedillo: era exactamente lo que necesitaba para deprimirse a gusto y quedarse horas recorriendo los extraños caminos que trazaban las figuras geométricas del cielo raso. Telas de arañas. Se pasaba días enteros en la oscuridad de su cuarto; de noche salía a caminar. Revolvía a veces una historia que siempre contaba Horacio sobre una prima suya que había enviudado de joven y se había encerrado a criar a su hijo en la penumbra, hasta que un día abrió la ventana y vio que un jacarandá había florecido; entendió entonces que debía salir de su encierro y enfrentar la vida. De algo estaba seguro Francisco: en su vida no quería flores ni retoños. Era el primer día con una temperatura tibia desde que se había impuesto la etapa más cruda del invierno y Francisco cerró la ventana de su habitación definitivamente. No fuera cosa que se le abalanzaran flores; convivía perfectamente con el aire denso y rancio, y la mugre que se había ido juntando, sin mencionar el olor a orina, semen y transpiración que se amalgamaba conformando algo próximo a la asfixia. Se levantó y fue a servirse un vaso de agua. Lo tentó la idea de calentarse el desayuno que le había sobrado a su madre y que estaba en la mesada de la cocina, para no tener que preparárselo, pero inmediatamente sintió asco y lo tiró a la basura. Se quedó con su hambre. Sobre la mesa del comedor vio una nota, escrita por ella, en la que lo anoticiaba de un llamado para una publicidad, para la cual lo requerían sí o sí. Le decía que fuera porque, según le aclaraba en letra imprenta y de mayor tamaño, no le sobraba plata para sus vicios y caprichos, que guacho de mierda y que si era por ella podía reventar, lo mismo que el hijo de puta de su padre. Francisco abolló el papel y lo tiró ahí nomás, detrás de la cortina; el tacho quedaba a varios pasos y no valía la pena caminarlos. Hacía bastante que no se bañaba, intentó calcular cuántos días, pero no pudo; qué más: se quitó el calzoncillo y por poco no lo embocó en el canasto de la ropa para lavar. Camino al living, como andaba descalzo, se clavó una chinche en el talón. Cuando fue a sacársela, descubrió una espesa capa de mugre en la planta de sus pies. Se acomodó de diversas formas en el sillón: le dolía mucho el estómago y necesitaba distraerse de eso lo más que pudiera. Aprovechando que se había levantado con una erección que no lo soltaba, se recostó y empezó a masturbarse. Acabó repetidas veces sobre las tapas de unas revistas de decoración que estaban sobre la mesa ratona y que nadie jamás había abierto. La modorra lo atontó unos minutos pero no pudo dormirse. Todavía estaba a tiempo para llegar a la clase de Cívica: hacía tiempo que faltaba y se le ocurrió ir para vencer el tedio. El colegio ya casi no existía para él, pero lo fastidiaba imaginar que si sobrevivía a él mismo y un día se recomponía, debería cursar todas las materias de nuevo. Una paja, pensó.

40.

Francisco tuvo mareos y arcadas mientras entraba al colegio. Aunque el timbre que indicaba el final del recreo ya había retumbado en los pasillos, se metió en el baño para vomitar antes de entrar a clase. Detrás de la humareda, bien al fondo, junto al último de los mingitorios, estaba Ted con otros compañeros, fumando. Francisco los ignoró, y prefirió abstenerse de vomitar. El clima estaba, cuanto menos, enrarecido. Lanzó una mirada panorámica al lugar, encendió un cigarrillo con lentitud y no le quedó otra que acercarse para utilizar el último de los mingitorios, el único que no estaba ocupado. Se colocó el cigarrillo en la boca y, aunque tardó más de la cuenta, orinó. Echó una ceniza en el agua, sacudió el pene con descuido, se subió el cierre e intentó alejarse pegando una pitada cuando una mano lo detuvo. Por lo sorpresivo del contacto, el cigarrillo se le cayó.

—¿Qué hacés? Le cayó una gota al Marian...

—Dejame de joder.

Ted hizo una seña con la mano.

—Cerrá, Negro.

Al otro lado del baño, un alumno de tercer año trabó la puerta. El resto se predispuso a observar con los ojos ávidos. Algunos se cruzaron de brazos, otros encendieron un cigarrillo, pero todos, sin excepción, respetaron el silencio que la situación ameritaba: una buena humillación para ese flaco rubio, comentado, que aparecía en revistas y publicidades, era soñada, ambicionada por todos y cada uno. La traición de Francisco a sus compañeros, su desprecio por el viaje de egresados que se avecinaba, se había comentado en voz alta por las aulas, pasillos y baños. Para más, el silencio y la pena de Delfina, inéditas en una chica como ella, según se decía, también había generado un rumor imperdonable: él la habría maltratado de diferentes maneras. Según parecía, Delfina había murmurado a alguna amiga que se sentía disminuida como mujer, una cosa así, y cada quien elegía el hecho motivador que más le placía. El tema, ahora, era encontrar motivos para hacérselo sentir a Francisco.

—No quiero pelear, Ted.

—¿Y tu melenita de oro?

—Qué mierda te importa.

—¿Por qué dejaste de venir?

—Soltame y dejame salir.

—Te hacés el macho con las mujeres, pero acá te cagás todo, ¿no?

Francisco lo miró y luego al resto. Intentó entender.

—Lo que pasa es que vos siempre te quisiste coger a Delfina, pero no te la vas a coger nunca.

—Y qué pasa si ya me la cogí...

—No le gustás, Ted. No seas down.

—¿Querés que te cuente cómo chupa la pija?

—Delfina nunca te la va a chupar.

—¿Ah, no?

—Te lo digo de nuevo: no.

—Vos sos Dios y lo ves todo.

—Sos petiso y orejón, Ted.

El Petiso orejudo, gritó uno y otros se rieron, pero inmediatamente reinó de nuevo el silencio. Ted miró a Francisco a los ojos, con ira. Lo tenía agarrado de un hombro y se lo presionó con fuerza; luego, repentinamente, lo soltó. Francisco pegó media vuelta, miró alrededor y se abrió paso entre el humo. Todos, a la expectativa, observaron a Ted que bajó la vista unos instantes y antes de que Francisco lograra abrir la puerta y traspasar el umbral, tomó carrera para pegarle una patada exacta en la cintura. Un coro grave la subrayó. Francisco quedó varios segundos desparramado en el piso, sin poder moverse; después buscó incorporarse, muy lentamente. De atrás se oyó una voz.

—Gordo hijo de puta, si estás cagando no tires la cadena, dejá.

—¿Qué?

—Que lo dejes así, hediondo.

Se abrió la puerta de un compartimiento y salió un chico obeso abrochándose el cinto, desorientado.

—¿Para?

Correte, dijo otro. Ted agarró a Francisco de los tobillos y lo arrastró hasta el centro del baño.

Todos observaron, maravillados: era como un león herido que no podía ir a morirse lejos. Ted se rió y buscó a sus compañeros con la mirada como dando una orden: entre varios agarraron a Francisco de los pies y de los brazos y lo introdujeron en el compartimiento. Uno de segundo año empezó con resabios de algún catecismo: padre nuestro que estás en los cielos. El olor era mucho más penetrante de lo normal. Venga a nosotros tu reino. Francisco sintió una arcada que esta vez sí le escarbó el estómago. Danos hoy nuestro pan de cada día. Cuando su nariz rozó la mierda, quiso zafarse pero dio con fuerza el perfil derecho de la cara contra el borde del inodoro. Así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden. Después de que brotó como una llamarada el vómito, su rostro se hundió en la materia fecal. Y líbranos del mal. Francisco no se movía ni se quejaba; lo dejaron reposar un rato hasta que uno le levantó la cabeza de los pelos. Amén.

—Mírala qué linda está ahora. Su bello rostro lleno de la mierda del gordo Filipelli. Escríbilo a eso. Y otro:

—Con los pibes vamos a hacer una vaquita y te vamos a regalar unas palabras.

Palabra de Dios, dijo uno, y otros: te alabamos, señor. Empezó un murmullo: todos apagaron el cigarrillo o se peinaron frente al espejo y empezaron a marcharse a las corridas. El señor esté contigo: y con tu espíritu. Después, alguno empezó con aquello de Santa María, madre de Dios, pero nadie recordó cómo seguía y, además, ya había pasado el momento. Entonces irrumpió el más absoluto silencio en el baño. Solamente parecía tener vida el humo que caminaba el aire con parsimonia. Francisco levantó la cabeza poco a poco; temblaba como jamás en su vida y el cuerpo le dolía entero. Avanzó gateando y a tientas hasta las piletas. Cuando logró erguirse, en el momento en que las fuerzas se lo permitieron, pudo hacer girar un grifo. Colocó su mano debajo del chorro de agua y se despojó de los fluidos y la materia fecal que le cubría algunas partes del rostro y del cuello. Tiempo después pudo ver nítidamente su aspecto y le pareció menos dañado de lo que esperaba: tenía un ojo hinchado, le sangraba la boca, a causa de un diente que estaba flojo, y todavía quedaban restos de excremento en la frente y en el pelo. Vio reflejada esa imagen durante varios minutos. Tuvo la sensación de estar podrido, en estado de descomposición. Al cabo de unas cavilaciones fue dejando de temblar. Recuperó parte de la fuerza perdida y en un raptó, con furia, de una trompada, rompió el espejo, que se ramificó en trozos de vidrio fragmentándole rostro y torso. Los nervios de esta rotura formaban algo así como una inquietante tela de araña. Ahora le sangraba la mano, también. Terminó de lavarse; cerró la canilla y salió. Se percató de que nadie lo viera por el pasillo y escapó por el alambre roto que, desde el patio, daba a la calle.

Con los días, en la escuela se comentó el hecho, pero, por sobre todo, que, en determinado momento, Francisco ya no había ofrecido resistencia, dato que desorientó a todos y tiñó el hecho de un clima indescifrable, mítico. El rumor llegó ya trastocado a oídos de Delfina. Ella sólo supo que le habían dado una merecida paliza por cogerse a una chica que se veía con Ted. Y a Delfina le pareció bien.

VII

41.

Ya en su casa, Francisco no encendió las luces. En la penumbra del baño se limpió con agua oxigenada la sangre que le había vuelto a brotar en los labios y se puso hielo en el ojo. Un rato después, fue hasta la cocina, abrió la heladera y cayó en la cuenta de que si él no había comprado comestibles menos aún lo habría hecho Mabel. Intentó dormir en el sillón, pero el hambre no lo dejaba; hacía más de veinticuatro horas que no comía y no había en la casa más que unas monedas en un hueco por aquí y en un cajón por allá. Como le parecía miserable ponerse a revolver los bolsillos de la ropa de su madre, le quedaba solamente una opción que podía llenarle el estómago y, quizá, ayudarlo a conseguir dinero para su nuevo propósito, que sería algo así como su canto de cisne. Se puso una gorra, también un sweater que encontró en el suelo, y salió.

La casa velatoria quedaba cerca de Plaza Italia y tenía dos salas. Allí iba a desayunar con sus amigos cuando, a la salida de algún boliche cercano, el sol les daba en la frente y les brotaba el hambre. Por eso dudó: podría encontrárselos; pero qué estúpido, qué iban a estar haciendo ahí un día de semana.

Agasajaban la muerte de un tal Ventura más otro apellido a continuación. Por el escaso alboroto de la gente cercana al difunto, era de notar que había sido aniquilado por una enfermedad de prolongada agonía o por una muerte absurda o vergonzante. Ni bien Francisco entró, pudo echarle mano a un sándwich de miga. Lo devoró sin disimulo. Cuando fue por el segundo, acababan de dejar vacía la bandeja. Persiguió a la empleada hasta la parte trasera, donde estaba la cocina. Se sentó a esperar junto a la puerta y de pronto lo ganó la sed. Fue a servirse café: delante de él estaba El Cabeza, un muchacho del que su grupo se había hecho amigote a raíz de habérselo encontrado a menudo en velatorios de la zona. El Cabeza, que tenía algunos años más que ellos, sostenía que muy al lado de la muerte se encontraba el deseo de vivir, frase que siempre pronunciaba cantando; por eso rondaba los velorios para seducir señoras veteranas a quienes agarraba con las defensas bajas y arrastraba hasta el telo más cercano. Después, durante las semanas que pudiese, les sacaba dinero hasta que se percataban de que lo suyo no era amor y que no sabía nada sobre el difunto que había favorecido el encuentro. Ése era su negocio, y podía explicarlo detalladamente las veces que se lo pidieran. A varios del grupo de amigos de Francisco, especialmente a los de menor experiencia en el sexo, les gustaba oír lo que ocurría en la intimidad entre El Cabeza y las señoras de edad.

—Te rapaste.

—Sí.

—¿Por?

—Quilombos de familia.

—¿Qué pasó?

—No sé, cosas. Ando sin plata.

—Laburá, loco.

—Me cansé de ir a castings. Es la peor mierda, eso.

—Algo sabía.

—¿Sí?

—Hace un par de semanas me encontré a tus amigos en el de Rubinstein y asociados.
—¿Siguen haciéndole al velorio?
—¿Por qué no venís, vos?
—Ya te dije, cuestiones.
—¿Qué te pasó en la cara, che? ¿Te mordió el loco de Cabo de miedo?
—¿Seguís garchándote viejas?
—Sí, y la otra vez me culié a un viejo también, pero no me va. Muy sórdido.
—¿Qué es sórdido?
—No sé bien. Como algo de putos.
—Necesito plata.
—¿Para merca?
—No.
—No entres en esa.
—No es para eso. Tengo. Además lo sé manejar.
—¿Para qué?
—Me quiero hacer un tatuaje.
—Ya era hora, chabón.
—No encontraba qué.
—¿Qué te vas a hacer? Hacete algo en mi homenaje; un arrollado primavera, por ejemplo.
—Me voy a hacer una tela de araña.
—Qué fantochada, en un tiempo no te va a gustar más.
—Me lo tendré que aguantar.
—En qué parte.
—En la cara.

El Cabeza lo miró a los ojos y, como Francisco ni se inmutó, hizo silencio. Le guiñó un ojo a una señora que lo había estado observando y ella le respondió levantando con sutileza la copita con oporto. Encestó el vaso de café en un tacho y se aproximó un poco más a Francisco.

—A mí me pintó la palma. Tenía que ir a atender a una pareja pero me voy a ir a tirar un rato en la plaza. Creo que él es presidente de una facultad, algo así. Lo busqué en Google, porque en la entrada hay una placa con el nombre; yo no exijo documentos. Está buena la casa, tienen mucha guita. Si querés te paso el contacto a vos, no van a tener problema: son open mind. Ésta es la dirección. Pediles lo que te parezca. Total, siempre vuelven a mí. No hay como ésta.

Y se bajó el cierre de la bragueta, así que Francisco se puso de pie y pegó media vuelta, para no incentivarlo: sabía que El Cabeza no tenía ningún prurito en descubrir sus genitales en pleno velorio. Se rio, le caía bien.

—Qué negro sucio.

42.

A diferencia de su casa, todo era confortable y estaba limpio allí. Francisco estuvo de inmediato a gusto a pesar de la atmósfera extraña, de lo incierto que se olfateaba. Al llegar, una mucama de película lo había conducido hasta una habitación muy amplia, alfombrada y llena de muebles antiguos. Todo estaba apenas iluminado por una luz cálida de velador. Se respiraba un aroma agradable y sobresalían unos arrogantes sillones con sus almohadoncitos. No parecía haber motivos para estar incómodo. Se despatarró sobre el terciopelo de un sillón y esperó. Casi entraba en los sueños cuando oyó abrirse una puerta y se sentó más prolijamente. Un hombre de unos sesenta años se acercó hasta donde estaba; llevaba puesto un calzoncillo anatómico y una camisa blanca sin abotonar: se le veían pelos entrecanos en el pecho y una panza flácida. Luego lo saludó con mucha

amabilidad y lo invitó con un whisky. A Francisco le simpatizó que bebieran whisky bueno, sobre todo porque su madre había llegado a comprar la marca Añejo doble W, que, según su padre, era una porquería, para enrostrarle a él, justamente, que no le dejaba dinero suficiente. Mabel solía hacer esas cosas. También le agradó que sus anfitriones habitaran ese lugar espacioso y con estilo, ya que en las buenas épocas, Horacio reinvertía religiosamente el dinero en el campo y no en una casa más grande, como lo deseaban él y su madre. El hombre le había hecho pensar en su padre, la cosa que menos hubiese querido en ese momento; no era lo ideal tenerlo allí, poblando el ambiente. Y menos a su madre. Pero lo rondaban. El tipo lo trataba cordialmente, como a un alumno o a un sobrino. Francisco le miró las manos con mucha cautela, dado que quien tenía enfrente, se percibía, era un gran observador. Cuando el hombre le preguntó cuánto les iba a cobrar por los servicios, Francisco arrojó una cifra alta como para no tener que pelear el precio del tatuaje dentro de unos días. El hombre frunció el seño y gruñó; lo evaluó. Pero en breve ya se estaba quitando los calzoncillos. Francisco se sintió victorioso, y, más aún, cuando confirmó que, otra vez, había adivinado las particularidades del miembro del hombre aunque esta vez sintiera una marcada repulsión.

—¿Y, decime, para qué querés ese dinero?

—Tengo una abuelita con cáncer.

—Por mí, metétele en el ojete.

El hombre apuró el whisky y le ofreció otro. Francisco lo rechazó y se acomodó de manera más distendida en el sillón. Acarició el terciopelo.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Te voy a coger, ¿qué esperabas, querido?

—No me dijeron eso.

—Te va a gustar.

—Me voy. ¿Me abre?

El hombre rió, y la risa le provocó de inmediato una tos insistente, de fumador. En medio de la consecuente expectoración, se colaron el sonido de una puerta y unos pasos que, con cadencia de tacos de mujer, se iban acercando. Ella tenía, más o menos, la misma edad que el tipo; se colocó junto a él y le acarició el cuello mientras miraba a Francisco algo despectivamente, como con desconfianza. No obstante, en seguida, le tendió la mano con amabilidad y se alejó unos metros para quitarse la bata. Estaba sin depilar; es un felpudo lo que tiene, pensó Francisco. El hombre la miró satisfecho, como con orgullo, y luego a él.

—Quedate tranquilo, nene. Nomás observanos, y si lo ves propicio, intervenís.

No le dijeron nada más; dejaron incluso de mirarlo y Francisco interpretó, desde ese mismo momento, el rol de espectador. Era fácil. La mujer empezó a besar a su marido con un deseo enfermizo, con una necesidad auténtica que Francisco siempre imaginó que no tendría en caso de llegar a esa edad. Pensó que tal vez ella, de joven, habría sido una mujer atractiva y que el tiempo la había abandonado a su destino, aunque también, concluyó luego, que así y todo podía llegar a desearla. Al poco rato, los dos anfitriones ya eran un desparpajo extraño de carnes que sobraban, tinturas y vellos canos. A Francisco todo le pareció sumamente deforme, muy digno de ver, y se le paró por el borde del calzoncillo tan intensamente como hacía tiempo no le ocurría. Había sabiduría en esa forma de coger: una compenetración absoluta; como si no pensarán que alguno de los dos fuera a acabar, como si el clímax fuera desconocido y se pudiera descubrir de un momento a otro. El hombre sólo emitía sonidos guturales o gruñía, y la mujer parecía decodificarlo de inmediato y accionaba en función de ello. Ocurría también que ella tenía orgasmos seguidos y él debía dejar de moverse hasta que ella se lo indicase. Los entrelazaba algo así como la misma desilusión, el mismo miedo o algún tipo de enloquecimiento. De pronto, la mujer se zafó del miembro con total naturalidad, se dirigió hasta un armario y abrió una de las puertas superiores. El hombre se colocó en cuatro patas, en actitud de espera. La mujer eligió, entre varios, un consolador blando, casi viscoso, y regresó. Lo untó con vaselina y empezó a introducirse a su marido, bien despacio, por el ano; disfrutaba al sodomizarlo, lo hacía con entusiasmo, como si fuera esa la primera vez. Entre

tos y tos, el hombre se masturbaba; y su mujer también, de a ratos. Cuando él cesó y murmuró algo que Francisco no llegó a entender, ella quitó lentamente el consolador, untó de vaselina otra vez el ano del hombre y se dirigió hacia el armario: esta vez extrajo un guante de látex. Cuando lo percibió, Francisco se puso de pie de un salto y caminó hasta donde estaba el tipo. Antes de que la mujer empezara a colocarse el guante, él se lo arrebató y lo calzó en su mano. Se arrodilló y, muy poco después, apenas corroboró la elasticidad del ano, sin mucho preámbulo, ya había logrado meter el puño. El hombre bajó la cabeza y lanzó un quejido. Francisco entendió que debía parar un momento, hasta que le diera el visto bueno. Aprovechó entonces para observar a la mujer: la encontró morbosa y altiva: una combinación atrapante. Enseguida estaba besándola; su lengua áspera y desesperada le hizo correr un escozor que culminó en los vasos sanguíneos de su miembro endureciéndolo más. Durante un rato, le mamó con auténtico deseo los pechos que eran algo así como el ángulo de un mantel de bar que cae por el borde de la mesa; después, le agarró la mano y la condujo hasta su pene. Ella empezó a meneárselo con brutalidad causándole algo de dolor, pero Francisco no se quejó: apretó los dientes y calló. Escuchó que el hombre balbuceaba algo, como reclamando atención, y continuó introduciéndole su antebrazo en el recto. La mujer tuvo un nuevo orgasmo, más sonado, y su aliento se desparramó sobre la nuca de Francisco que, a raíz de esto, se excitó a tal punto que le acabó de inmediato el canto de la mano y un poco las piernas al tipo. En seguida, la mujer empezó a lamer el semen que le había quedado, pero vio que su marido se acercaba al clímax y gateó hasta colocarse debajo de él para chupársela. Le venían arcadas, pero no cesaba. Francisco, en tanto, le tironeaba el vello del pubis y observaba. Cuando el hombre empezó a largar un gemido agudo, extrañísimo, que crecía gradualmente, ella empezó a masturbarlo hasta que le cubrió el rostro con un semen espeso; como de africano, pensó Francisco. Después de esto hubo una distención general y todos se quedaron inmóviles, pétreos. Francisco, sin ninguna directiva clara, empezó a sacar lentamente la parte de su brazo que había albergado el hombre. Le permitieron ducharse en un baño muy bien montado que, según supuso Francisco, tendrían especialmente para sus convidados. Cuando regresó a la habitación, ellos ya estaban perfumados y con ropa distinta. Parecían otras personas, como si de allí se dirigieran a una fiesta de etiqueta. El hombre sacó dólares del cajón de una cómoda, le pagó lo estipulado; un poco más incluso. Francisco esperaba que le dijeran que regresara cuando lo quisiera, pero la mujer lo miró con desdén y le aclaró que gracias, que iban a seguir llamando al negrito, que era mugrientito, dijo, pero más participativo y económico. Francisco empezó a alejarse en silencio, en dirección a la puerta. Por la mitad de la última mirada que les echó, ellos apagaron el velador y se tiraron sobre la alfombra a jugar igual que dos adolescentes vencidos de forma prematura por el tiempo, como si él no existiese.

43.

¿Ya arreglaste el tema de la guita? Oká. No, no hace falta DNI. ¿Estás relajado? Te hice el dibujo, era algo así. ¿Te va? Es lo que me pediste, ¿no? Es, más o menos, el motivo sobre el que hablamos. Te la vas a tener que bancar, campeón. Lo que elegiste no es una huevada, pero lo podemos hacer. Tranca. Va a tardar en cicatrizar y se puede hinchar, vos tenés piel sensible, te va a sangrar. Pero sarna con gusto no pica, dicen. ¿Conocías el dicho? Lo dicen más en el interior, yo soy de allá, me debe quedar eso solo, después la ciudad te infecta. Olvidate de estar al sol por un tiempo, vas a tener que andar de noche como los vampiros, y no ponerte gorras, ni nada que toque el tatuaje. Vas a tener que dormir apoyando la nuca nomás, eso es importante. Ah, lavarte con jabón neutro y ponerte alguna crema, eso te va ayudar. Estos son los guantes; como verás, los saqué del paquete recién y la aguja es descartable, así que tranqui, está todo bajo control. Vos ahora recostate, eso, y solamente tratá de no moverte. Igual, bancá que subo un toque la música, para que no escuchen los

delincuentes que manejan este lugar, te lo digo bajito, así, en confianza... yo, chabón, la verdad posta, eh, yo que vos todo eso no me lo haría. No sé, hacete algo en el brazo, está cool un tatuaje en el brazo onda popstar que se puso heavy; eso garpa. O algo más tranca, algo en la espalda, algo chico en el cuello, si querés. No sé... hasta un piercing en la pija. Pero esto que vos querés se me hace, qué sé yo, demasiado, te veo y no sé. Es flashero, te juro. Lo pensé mucho. Y mirá que me re va dejar mi marca en la gente, eso le da sentido a esta mierda de vida; en algún punto, es algo re loco: los chabones andan por ahí con tus dibujos, con tus faltas de ortografía, con las pifiadas, pero también con cosas que están buenas; son obras de arte, loco, ¿entendés? Es lo que uno puede hacer. Pero ¿sabés, flaco? Yo hace mucho que laburo acá. Es más, me pagan muy bien por cada laburo que hago. Pero, lo estuve pensando, te juro, hay cosas que son más fuertes, más importantes que lo que te da de comer, huevadas que te ganan el pensamiento, no sé si me seguís. Cómo te lo explico. A ver... Una sola vez me negué a hacer un tatuaje: era un flaco que quería una esvástica. ¿Sabés lo que es una esvástica, no? Y me negué: no, le dije. Yo no sé qué apellido sos, pero aunque todos los judíos sean tráfugas y garcas, yo no iba a dibujar una esvástica. Yo tengo límites. En ese caso era algo, ponele, moral. Total, si estaba tan seguro de su ideología, iba a encontrar a algún otro boludo, otro colega que se la hiciera. ¿Me seguís? Yo empecé como ilustrador, llegué a agarrar la última etapa en la que valoraban el dibujo hecho y pintado a mano, con tinta o con lo que carajo sea, nada de la mierda digital. Laburé de eso. Hoy prácticamente lo único hecho de esa manera, con tinta y a mano, es esto que hacemos: los tatuajes, que además tienen el plus de ser únicos e irrepetibles. Y para siempre, loco, para siempre. Es así. Yo hubiese querido pintar como los mejores, pero fui un pajero y tuve un pibe con una mina hija de re mil puta que me tiene las pelotas por el piso; me pide manutención y toda esa bola y hay que laburar, papá, no te queda otra. Desde que se te empieza a parar la pija uno hace cagadas. Es así, loco. Pero hubiese invertido un año, comiendo pan y agua por poder hacer algo que sea gustoso de ver, que perdure en el tiempo, pero no por una cuestión, no sé, como la de los tatuajes, sino porque a las personas les gusta verlo. Algo de lo que uno no se arrepienta nunca, supremo, y que cuando seas viejo y estés hecho pelota, te sientas agradecido de que eso exista; porque sigue siendo, sigue estando vivo sin que lo lleves con vos: está en todos lados, en miles de cabezas. Eso es lo que genera la belleza. La belleza, puf. Esta era una palabra que nadie mencionaba cuando estudiaba dibujo en Bellas Artes, pero todos perseguíamos eso, hacer algo imponente, perfecto, algo que maravillara. Ese es el fin más grande. Uno intenta generar belleza porque no la puede tener, porque no se la puede encarnar. Entonces nos queda encontrar cómo es y hacerla. Pero si vos sos hermoso, qué carajo te importa nada. Una cosa es perseguir eso y con mucho ojete, como tuvo Miguel Ángel con el David, poder lograrlo, pero otra muy distinta, loco, es haberlo traído desde la cuna. Yo te miro desde distintos ángulos y sos eso que es difícil de estampar en el mármol o de dibujar con carbonilla. Eso que la mayoría de los artistas no pudieron lograr. ¿Sabés qué siento frente a vos? Siento que estoy dañando la obra que me hubiese gustado hacer y que nunca pude, porque a mí no me tocó hacerla. ¿Se entiende? Que la vida te vaya enterrando en la mierda y el cerebro se te vaya pudriendo, no significa que pierdas de vista esa ambición, que está desde siempre y para siempre. ¿Me seguís? Te cagaría a patadas en el culo, te echaría a la mierda de acá, y le pediría a todos estos pajeros que tatúan en esta galería que antes de tocarle la cara y el cuerpo con la aguja lo pensarán bien; que te observaran de verdad, y no lo harían, estoy seguro. Te irías de acá con la cara vacía, y yo, capaz, con la idea de tener las manos llenas. Loco, tatuarse la jeta y los globos oculares, como vos pedís, es heavy, y no te lo digo para que te asustes, lo que quiero es que estés seguro. Porque cada cual hace lo que se le canta el ojete, ¿viste? Pero... si te la bancás, si querés que asome eso podrido que tendrás y, si sentís que es más potente que lo que te digo, que salga a la superficie; genial. Que asome en el tatuaje. Me quema la cabeza, pero te veo seguro. Así que eso, nomás. No hay más que hablar. Si estás dispuesto, le metemos, ¿qué te parece? Entonces, bueno, campeón, recostate y apoyá la cabeza acá.

44.

Francisco se comió la última de las porciones de pizza que, unos días atrás, había dejado su madre sobre la mesada de la cocina. Le costaba morder: el diente flojo le dolía cada vez más intensamente. Se acordó de cuando era chico. Buscó un hilo en un cajón, ató su diente con un extremo y con el otro un picaporte. Cerró la puerta con una patada y el diente quedó oscilando en el aire. La sangre brotó imparable. Dejando un reguero de gotas, fue hasta el botiquín del baño y se colocó un algodón con alcohol. Vio su imagen en el espejo y le capturó la atención: el tatuaje se le había hinchado; le dolía y le sangraba en partes, pero no se limpió, no tenía ánimo. Su aspecto poseía algo de monstruoso, al fin, y eso le causaba una felicidad gélida. No había pasado tanto tiempo mirándose a los ojos desde que el reflejo de su imagen le decía, como en un sinfín, que era hermoso. Por un momento sintió que, quizá, su mutación había sido precipitada y que no podía aún comprenderla por completo; sin embargo, disfrutaba así, encarnando eso nuevo que era: su definitiva identidad, escurridiza y, por fin, impredecible; construida por él, en solitario. Él era suyo. En el instante en el que llegó a esa conclusión, apagó la luz, por inercia. En penumbras caminó hasta el living y se tiró en el sillón. Dormitó unos minutos hasta que escuchó el ruido de unas llaves estampándose contra el piso. Bostezó y encendió un velador cuya luz le daba de lleno en el rostro y lo recortaba de la oscuridad. Se puso unos lentes negros y simuló seguir dormido. Cuando entró su madre, abstraída en sus cosas, y lo vio, se quedó dura; en un principio, incrédula. Hacía tiempo que no lo tenía tan cerca; notó que estaba muy flaco y desgarrado; su cuerpo había adquirido otra forma. Se acercó despacio y le tocó el rostro: comprobó que esa telaraña en verdad estaba atada a su piel. Antes que una gran angustia, experimentó verdadera ausencia, ésa que aparece cuando algo se rompe decisivamente y no hay capacidad ni interés para juntar los pedazos del piso y unirlos. Le acarició con una lástima atroz la parte superior de la cabeza, allí mismo donde apenas unos días atrás nacían mechones largos y rubios como los de ella de joven. Se le hizo un nudo en la garganta: hijjjjito. Francisco escupió el algodón y dejó sobresalir el diente faltante. Después sí, se sacó los lentes y abrió los ojos. Mabel se espantó y, aunque no entendía todavía la totalidad de la situación, de algo no tenía duda: el horror ya le había revuelto las tripas y la vida para siempre y de manera irreversible. Lanzó un grito y soltó a su hijo de golpe como quien suelta un perro cuando le gritan que cuidado, que tiene sarna. Respiró profundo y tropezó unos pasos. Dejó la cartera sobre la mesa y hasta intentó decir algo, pero sólo caminó hacia su habitación, se abandonó sobre su peso en la cama y dio comienzo a un llanto desconsolado; a un rosario de queja y desesperación. Francisco evaluó este comportamiento como deseado pero insoportable y prefirió algo de tranquilidad. Así que, sin dejar mediar mucho tiempo, se puso la gorra y salió a caminar entre la oscuridad y el abandono de las calles a esa hora de la noche.

45.

—¿Estás bien, pibe?

—¿Quién sos?

—Soy médico. Fijate que te sangra bastante ahí.

—¿Dónde?

—Cerca de la oreja.

—...

—Agarrá, es mi pañuelo.

—...

—Dale, está limpio.

—...
—...
—Tomá.
—No, quedátelo.
—Ok, gracias.
—No sea que tengas alguna podredumbre.
—¿Cómo?
—Una broma.
—¿Qué hacés por acá?
—Nada, caminaba. Te vi mal.
—La verdad es que vine acá para estar solo.
—Estuviste tomando.
—No.
—¿Seguro? Yo creo que sí.
—¿Por qué?
—Porque te quedó un poco en la nariz.
—...
—Ahí está bien.
—Soy un pajero, ni para drogarme sirvo.
—A mí también me pasó.
—¿Qué?
—Colocarme mal.
—Qué sé yo, me quiero morir.
—¿Te querés matar?
—No sé. Sí.
—¿Cómo? ¿Querés morirte o matarte?
—Es lo mismo.
—No, no es lo mismo. ¿Qué querés?
—Morirme.
—Entonces no es peligroso.
—Para morirme voy a tener que matarme.
—No sé, hay que tener huevos.
—Yo tengo ganas y eso alcanza.
—¿Tenés armas?
—No.
—Mejor. Te podés destrozarse la cara y quedar vivo. Les vas a generar un gasto en estéticas a tus viejos y todos van a estar pensando en por qué no te mataste. Es así.
—Yo quiero estar muerto.
—¿Tenés la fantasía de imaginarte a tu gente en el velorio?
—No.
—¿Por qué no? Es común.
—No es tanto eso sino el momento en el que todos van recibiendo la noticia.
—Ahá.
—Pero me parece que yo quiero desaparecer de verdad. Hacerlo por mí. Quiero matarme y morirme.
—Hay que encontrar la forma.
—...quiero las dos cosas.
—No. Vos tenés que dejar un cadáver intacto.
—Mejor bien deforme, inflado como los muertos que encuentran en el río.
—Lo que no falla es una buena cantidad de veneno para ratas o tirarte de, mínimo, un séptimo piso. Quedás como una plasta en el suelo.

—Dejame pensarlo bien.
—Lo tuyo, me parece, son pastillas. Así... puede que sí... puede que no... Genera más suspenso, ¿entendés?
—...
—¿Te peleaste con tu novia?
—No. Me siento mal.
—Dolorido.
—No.
—Angustiado.
—¿Vos quién sos?
—Tranquilizate, no soy un podrido. Soy un habitante más de esta mierda. Estoy casado y tengo una hija.
—Podés ser un freaky.
—Y... ¿por qué no?
—No creo, igual.
—Quise hablarte. Generás pena.
—Sí, sé.
—...
—...
—¿Consumiste morfina alguna vez?
—No.
—¿Te interesa?
—Tenés en tu...
—¿Consultorio?
—Sí.
—Te imaginarás que nunca te llevaría a mi consultorio...
—Ah, entiendo, sí.
—Y tampoco voy a tener nombre, ¿estamos?
—Sí.
—Tengo conmigo, encima.
—Nunca me inyecté.
—No pasa nada.
—No sé.
—Mirá, en Rusia hay una droga que se llama Krokodil y te pudre la carne hasta dejarte el hueso.
—¿Posta?
—Epa, se te iluminó la cara de golpe.
—No.
—¿Te genera morbo eso? Hay fotos en internet, buscá. Son como zombies.
—Kro... ya ni me acuerdo el nombre.
—La morfina en comparación con ese veneno, es como tomarte un Mejoralito.
—¿Mejoralito? A ésa no la conozco.
—Claro, vos no sos de esa generación. Esa es una droga vintage. Era heavy.
—¿Y qué onda?
—¿Qué onda qué?
—La morfina.
—Te ayuda a pasar el rato en momentos raros. Es lo mejor que inventó del hombre.
—Sí, sé de gente que se inyecta.
—Cada vez hay más hijos de puta como yo que no la quieren usar solos. Es un lujo que te das, nada más; se puede controlar.
—Me intriga.
—Hoy, al menos, te va ayudar, por lo que veo.

—Puede ser.
—Después no sigas.
—Me da todo lo mismo.
—Yo también ando un poco bajón así que...
—¿Qué me vas a pedir?
—No te equivoques.
—Hagámosla corta, ¿qué me vas a pedir?
—No sé si me interesa algo de vos. No me gustan los flacos.
—¿No?
—No. Además no te toco ni con un chorro de soda.
—Qué bien.
—Me genera algo chocante ese tatuaje.
—Y más mis ojos.
—Sí... Sí.
—Era la idea.
—Me dan ganas de meterte una piña o de abrazarte, algo así.
—Me enfermé la cabeza.
—Sí, soy médico y te puedo entender.
—No, no me podés entender.
—Nosotros estamos más enfermos que la gente que atendemos. Vimos de todo. Empezás queriendo ser Favalaro y terminás siendo Jack, el destripador.
—Igual, no me gusta que me regalen nada.
—A ver...
—Tanta buena onda me genera desconfianza.
—Eso lo entiendo seguro.
—Mejor.
—A pesar de todo, pibe, mantenés el orgullo.
—El trato claro ahora.
—Me parece bien.
—...
—A ver, a ver...
—No la chupo.
—...
—Ni me dejo coger.
—Ya te dije que aunque me gustaras, no lo haría.
—...
—Eh...
—...
—Te hacés una paja y te miro.
—¿Ves que sos un trolo?
—No. No creo.
—¿Entonces?
—Vos me ofreciste algo a cambio. Yo no pensaba cobrarte. No se me ocurre otra cosa. Si no tenés nada.
—No.
—¿Viste?
—Pero sos raro.
—¿Yo? ¿Yo soy raro, Spiderman?
—Y... vos mismo dijiste que estabas enfermo.

—Y sí. Qué sé yo. No sé. Se me pasó por la cabeza. Algún mambo que me quedó de la pubertad. Todos se habían desarrollado y yo no, entonces se juntaban a pajearse y me dejaban afuera. Mirá de lo que me hiciste acordar. Sí, me parece que voy a elegir la opción uno: meterte una piña.

—No se me va a parar.

—Lo intentás y si no, no pasa nada. Mi mujer me acaba de echar por eso mismo. Entonces salgo a caminar.

—Mejor no.

—Bueno, cómo quieras.

—...

—...

—No, pará.

—¿Qué?

—Lo necesito.

—Y bueno.

—Pero me da un poco de cagazo.

—Vos solamente tenés que cerrar el puño, de lo demás me ocupó yo.

—...

—...

—Ah, todo bien. Pensé que hablabas de la paja.

—¿Y? Dale.

—...

—Hay algo que me intriga, ¿te puedo preguntar?

—No.

—¿Por qué te hiciste eso?

—No sé.

46.

Luis soñó con algunas cosas que habían estado usurpando la cabeza de Francisco aunque, cuando se despertó, sólo tenía la sensación de haber querido gritar durante un largo tiempo. Otra vez abrió los ojos y encontraba las sábanas pegadas al cuerpo por el sudor. Estaba cansado de lavarlas. Y de pasar de una pesadilla a otra peor. ¿Qué era lo digno que el destino escondía para él? Se le debitaba el espíritu y había tanto que entender, tanto que enfrentar. Y para más, Juan gritándole todo el tiempo que vago, que vamos que hay que vaciar la camioneta y que ya estoy hartado de vos. Todo le resultaba demasiado, insoportable, y apremiaba una solución: algo tenía que morir. Salió a la calle pasando con indiferencia al lado de su padrastro, despertándole la ira necesaria para que a su vuelta sucediera el enfrentamiento final. Ya no bastaba un pequeño cambio y que, en definitiva, todo siguiera igual. Comprometería su pensamiento y su cuerpo, de ser necesario, porque, antes de seguir soportando el estado de las cosas, le resultaba preferible sucumbir. Iba camino a lo de Mazziotti; algunos lo miraron de reojo o cuchichearon sin disimulo. Por el negocio no rondaba un alma, como siempre.

—Ya sé, querés usar la internet.

—Sí.

—Pero lo acabo de cortar al servicio; acá no lo usa nadie.

—¿No?

—Vos nada más.

—Uh.

—Es un chiste, andá.

—Ah.

—Y vos, salamín picado grueso, salí de ahí, dejalo a Luis.

El sobrino de Mazziotti, que estaba por terminar el colegio primario, los miró asustado; hizo una maniobra con el mouse y dejó libre la silla. Cuando Luis ocupó la máquina, notó que el chico había estado mirando videos de lesbianas y coprofagia. Entró a su casilla de mails, pero nuevamente no encontró ninguna respuesta. Cuando cerró la página, la palabra Google y un casillero en blanco le llamaron la atención. Fue intuitivo, ni siquiera sabía que estaba frente a un buscador. Extrañado, con parsimonia, escribió el único dato preciso que tenía de Francisco: su correo electrónico. Corroboró que estuviera bien escrito cotejando con el papel que siempre llevaba en el bolsillo. Pulsó enter. Hubo unos segundos en los que la máquina pareció evaluar la pregunta, como si fuera un oráculo que se cobra por fracciones de quince minutos. La pantalla se quedó en blanco, quejándose, y poco después unas letras azules anunciaron algo relacionado con ese mail. Luis no comprendía bien; se dejaba conducir por el instinto y parecía llegar a un puerto. Vaciló pero cliquéó sobre la primera propuesta y, nerviosismo generado por la lentitud de la máquina, se encendieron todas las lámparas del destino: frente a él tenía el presente de Francisco, lo aseguraba una foto de él subrayada con su nombre en un costado. En letra blanca sobre un fondo negro había una poesía, un réquiem que Luis hizo inmediatamente suyo: estaban siendo asolados por lo mismo a la distancia. No había ni vestigios de aquellas cosas tan vivaces a las que Francisco lo había conducido: informaba, ahora, en sus escritos, que ya había abandonado la estúpida, así puso, idea de escribir un libro; que él en verdad era un asco, algo repugnante, que le había perdido el gusto a las cosas, que no tenía ni hambre y que estaba cómodo con todo eso. Nadie puede no tener hambre, pensó Luis: miente, exagera, quiere llamar la atención; eso lo sabe hacer muy bien. Debajo de ese amontonamiento de palabras, escritas con descuido, como si se tiraran a la basura y no pretendieran ser leídas, asomaba lo que parecía ser otra foto. En ella, se alcanzaba a ver el hombro y parte del brazo de Francisco; llevaba puesta la misma remera que la última noche que estuvo allí, en el pueblo. A Luis le latió con celeridad el corazón y se movió ya no por instinto sino por una espantosa ansiedad: al costado, había una barra y la arrastró. Así, la foto se dejó ver completa: el antebrazo de Francisco tenía diversos cortes que sangraban. Y estaba compartiendo eso con él. Luis se paralizó. Pensó que esos cortes pudieron haber sido a raíz de un accidente, pero en la imagen había impregnado un rumor de pena que le anulaba esa suposición. El brazo de Francisco estaba apoyado sobre la baranda de un balcón y se podía ver, detrás de él, remoto, algo así como un monumento que parecía ser parte de una plaza. Enseguida tomó una decisión: tenía que encontrarlo. La verdad sobre esa sangre lo movilizaba. Llamó a Mazziotti, le señaló la foto y pidió que se la imprimiera. Sabía que al día siguiente un muchacho que sangraba se desparramaría multiplicado en diferentes versiones por Ciervo Muerto. Pero por primera vez no le importaba: ya no pertenecía a ese lugar. De vuelta a su casa, en el camino, observó los frentes de las viviendas precarias, los árboles y los perros callejeros como cosas lejanas, cosas ya perdidas. Ni se le pasó por la mente que Juan lo estaría esperando furioso.

—¿Vos qué te creíste, que esto es un viva la pepa?

—Dejame de joder.

—Respondeme bien, pendejo de mierda.

—¿Sabés por qué no te respondo bien? Porque no se me canta la chota.

Juan había visto moverse la primera pieza del juego. Él también sabía que esto sería definitivo y que no convenía irse a las manos tan de inmediato; había algunos puntos sensibles para tratar más cerebralmente y éste era el momento esperado para hacerlo. Ambos debían enfrentarlo: aunque les pesara, aunque fuera inverosímil, de uno dependía el destino del otro.

—Resultó un valiente el puto teñido este.

—Los que hacen jolgorios con putos también son putos.

—Eso será cosa tuya.

—¿No escuchás? Te estoy diciendo puto.

—No me metas en esa bolsa de degenerados, la concha de tu madre.

—Te estoy diciendo puto a vos y a los putos de tus amigos.
—Mis amigos no se tiñen de rubio ni se hablan con hombres por la computación.
—Le estoy diciendo putos a esa manga de borrachos delincuentes.
—Me parece que te voy a tener que cagar a trompadas.
—Una manga de putos borrachos, delincuentes y asesinos.
—¿Ah?
—Y asesinos.
—Pero mirá que te gusta la camorra, eh.
—A ver...
—¿Qué vamos a hacer con el negocio?
—¿Decime quiénes mataron a ese otro puto, el que venía a divertirlos en los asados, de noche, el que apareció en la ruta reventado a palos?
—¿Por qué? ¿Qué vas a hacer?
—No te meés, no te voy a denunciar. Putito cagón.
—¿Qué vamos a hacer con esto? Yo no pienso dejar el negocio.
—Nada. Acá se termina.
—Estás muy equivocado, me parece.
—Esto se cierra.
—A esto lo seguí construyendo yo y es mío.
—En todo caso, de los dos.
—Vos no hubieses podido seguir, eras muy chico. Yo puse esto de pie.
—Pero no es tuyo. Mirá qué simple.
—Agradecé que te ganabas tus pesos. Te hubieses muerto de hambre acá, solo.
—Agradecé vos a mi papá que sin quererlo te sacó de la miseria.
—Bien muerto y enterrado está tu señorito padre. Y a la puta de tu madre andá a encontrarla.
—Esta casa es mía.
—Esta casa no vale nada. Puedo poner la oficina enfrente y es lo mismo. Los clientes tratan conmigo. Luis, ¿vos de verdad creés que yo voy a soltar esto? Vos lo vas a dejar.
Juan lo dijo de una manera tan firme y terminante que a Luis lo inquietó. Le pareció una jugada sutil, valiosa y se la respetó. Tal vez tenía razón: Juan nunca se iría de allí, no tenía más ocupación que ésa, no tenía intereses más allá del pueblo. Podían llegar al paroxismo, pero él no se iba a mover por nada del mundo de ese casillero. Final de partida. Luis cerró la puerta de entrada, le puso llave y bajó la vista, rendido.
—Tenés razón. Quedate con todo.
Y se fue a su habitación ante la mirada desorientada de Juan. Se tiró en la cama y supo claramente que su padrastro iba a pasar largo rato allí donde lo había dejado, enmudecido, en algún punto también derrotado, con la mirada en las baldosas. Juan recién se recostó a la medianoche, y aún dos horas después, la luz de su ventana lo delataba despierto. Luis metió algunas cosas en la mochila que le había dejado tiempo atrás Francisco: una muda de ropa, una foto de sus padres y, principalmente, la de Francisco en el balcón. Detrás del machimbre que había en una esquina del pequeño garaje devenido también en oficina, Juan había guardado en dólares sus ahorros de mucho tiempo. Luis no los contó. Simplemente los dobló y los ocultó entre la muda de ropa. Con eso podría vivir un tiempo hasta que diera con Francisco; luego vería cómo seguir. Algunos ruidos llegaban desde la habitación de Juan, pero Luis no ablandó ningún movimiento ni apuró su accionar. Juan pudo haberlo escuchado, pero Luis le había vendido a buen precio el silencio y antes de que amaneciera, comenzó su huida. Dejaba todo atrás, pero no se olvidaba nada.
Unas horas más tarde, cerca del mediodía, esperaba en Santa Rosa el micro que lo llevaría hasta Buenos Aires.

47.

Luis puso un pie en Capital Federal y vivió una suerte de euforia. Tenía dinero, un objetivo y todo el tiempo y la libertad del mundo, pero no un lugar exacto al que dirigirse. Por eso, caminó detrás de la gente que abandonaba la estación y, así, rumbeó un buen tiempo sin sentido. Cuando se encontró en medio de una plaza y se resignó, desorientado, preguntó dónde quedaba el Obelisco y le indicaron; no era lejos. Caminó lentamente, con la mochila en la espalda. Pronto llegó a la avenida 9 de julio. Allí, a pesar de lo enloquecedor del gentío y los vehículos, sintió lo mismo que en mitad de la estepa. Se enfrentó a los primeros edificios altísimos y todo le pareció de tal manera inalcanzable que supuso que esa ciudad, quizá, no tenía un final. Por un momento, dada su excitación, se olvidó de Francisco. Llegada la noche, comenzó a introducirse en los dominios de la angustia: edificios en construcción, persianas bajas, personas poco amigables y calles abandonadas al azar de lo inhóspito. Fue cuando se sentó en el banco de una plazoleta que la imagen de Francisco se le apareció nuevamente. Por primera vez desde hacía mucho tiempo sintió unas ganas profundas de llorar y, sin nadie cerca que le gritara que los hombres no lloran, escarbó en el pecho algunas lágrimas. Tan sumido estaba en la vulnerabilidad que cuando una mano le tocó la pierna, se asustó a tal punto que cayó al piso. Oyó:

—¿Vos la conocés a Moria Casán?

Debajo de un armazón de bolsas y cartones ubicado detrás del banco, asomó una mujer de pelo entrecano y pocos dientes; muy sucia y carcomida por el tiempo y la intemperie: por el descuido.

—Ella y Enrique Pinti son los culpables.

Luis se incorporó, la observó y se puso en cuclillas.

—¿De qué?

—¿Cómo de qué? Ellos me sacaron mi casa.

—La estafaron...

—La vida imposible me hicieron. Y no sé si no estuvo metido el Marcelo Polino.

—Y, no sabría qué decirle...

—¿Y a vos qué te pasa?

—Si lo supiera...

—Vos no sos de acá.

—No.

—¿De dónde?

—De ningún lugar.

—¿Cómo? ¿De algún lugar sos?

—Antes tenía adónde volver, ahora no. Entonces no soy de ningún lado.

—A vos también la Moria Casán te sacó la casa. A mí no me jodés.

Luis se acomodó de nuevo en el banco, cabizbajo. Pensó un poco. Introdujo su mano en el bolsillo, sacó la foto impresa y se la enseñó a la mujer.

—¿Ve esa plaza que aparece acá?

—¿Qué le pasó en el brazo?

—No sé.

—¿Por eso llorás?

—...

—Hay cada uno...

—¿Dónde es eso?

—No es una plaza, querido.

—¿Cómo que no?

—Te lo digo porque viví ahí yo.

—...

—Eso es el cementerio de la Recoleta.

—¿Un cementerio?
—Sí.
—¿Y dónde queda?
—Por allá.
—¿Está segura?
—Me lo vas a decir a mí. Una vida hace que ando en Buenos Aires.
—¿Cuántas cuadras son?
—Yo te digo, pero pará... ¿no me tirás unos pesos? Para comer algo. Tengo antojo de napolitana.

48.

Parado frente al cementerio de la Recoleta, Luis se vio en el centro del laberinto que había estado construyendo desde hacía un tiempo. Aunque desconocía todo lo que lo rodeaba, sospechó que estaba a las puertas de algo decisivo; aún no sabía cuál iba a ser el camino hacia la salida, que también podía ser ninguna parte. El laberinto estaba conformado por el destino, por el pasado, las avenidas, los barrios, pero, por sobre todo, por la asfixia. Observó los edificios que estaban frente al cementerio: podía ser cualquiera de ellos, y podía ser cualquiera de sus ventanas. Entonces pensó en el estilo del balcón y la altura. Fue ciñendo las posibilidades y, cuando estuvo seguro, con paso firme caminó hasta una vereda de baldosas. Como aquella vez en su pueblo cuando estuvo a punto de huir de Francisco porque ya sabía que sería en algún momento doloroso para él, pensó en irse, caminar y caminar hasta cansarse y allí, donde fuera, derrumbarse. Pero no, tomó impulso y se enfrentó a la entrada del edificio. Contempló los botones del portero eléctrico y empezó a presionarlos. ¿Está Francisco? ¿Vive ahí Francisco? No recibía del otro lado más que fastidio. Pero, antes de retirarse derrotado, una voz le indicó:

—Debe ser el flaquito de acá arriba. Tocá séptimo A.

Una presión en la cabeza, algo así como un mareo, hizo que a Luis se le nublara la vista y se le mezclaran los números y las letras. Al cabo de un rato, sin embargo, luego de respirar profundo, pudo presionar el botón indicado. Pasaron unos minutos desiertos. Volvió a insistir, pero el tiempo se amontonó otra vez. Abatido, ya empezaba a elegir por cuál de las inciertas posibilidades iría en busca de una salida, cuando, en eso, se oyó crujir el parlante.

—¿Sí?

—¿Francisco?

—...

—¿Francisco?

—Sí.

—¡Hola!

—¿Quién es?

—¡Luis!

—¿Qué Luis?

—¡El Luis de La Pampa!

—¿De La Pampa?

—Sí... el del hurón.

—...

—...

—Ah, sí.

—¡Ése!

—Hola, cómo estás.

—¿Bien, vos?
—¿Qué hacés en Capital?
—Vine por un trabajo. ¿Te pasa algo?
—No.
—Tenés rara la voz.
—...
—Rota.
—...
—¿Cómo estás?
—¿Cómo conseguiste mi dirección?
—Una casualidad. Te tengo que contar.
—¿Cómo sabés que vivo acá?
—Vayamos a tomar una cerveza y te cuento.
—Es muy raro esto.
—¿Qué vas a hacer hoy?
—¿Hoy?
—Sí.
—No sé.
—Veámonos y conversamos.
—...
—...
—No.
—¿No?
—Mirá, Luis, tengo paja, la verdad.
—¿Cómo?
—Estoy ocupado, con cosas.
—Ah.
—Bancame...

Y se escuchó que del otro lado colgaban el tubo. Comprendió que Francisco no tenía interés en hablar con él, y como él no tenía interés en hablar con nadie más en esa ciudad, podía entenderlo. Era desolador el laberinto. Con paso lento, regresó al cementerio, podía ser un buen lugar para pensar. Rondaba la muerte: matar y morir. A esas palabras las imaginaba estrechamente ligadas y no tan lejanas en el tiempo.

Francisco estaba derramado en el piso. Se quedó unos segundos mirando el techo. Cerró los ojos. Le vino un aroma extraño y ese recuerdo lo trastocó: era el olor del caldén; vivencias no corrompidas de algunos días mansos y ciertos. Con la ilusión de un niño, levantó su mano y agarró el tubo que no había alcanzado a encastrar y que levitaba cerca suyo.

—Luis... ¿Luis?

Pero ya no podía haber respuesta, Luis estaba a unos pocos metros de él y ya demasiado lejos. Francisco se sintió maldecido, alguien acorralado por su propia suerte. Se despreció, tanto que no lo pudo evitar y se golpeó el rostro con el puño, un golpe certero que lo obligó a escupir un chorro de baba ensangrentada. Estaba pasmado. Se puso de pie como pudo y caminó, agarrándose de la pared, hasta la bañera. Se dejó caer dentro. Abrió el grifo y el agua fría, en poco tiempo, ya lo había tapado hasta el cuello. Otras veces un baño helado le despejaba ideas inasibles, lo ayudaba a entender que no debía seguirle la corriente a Delfina cuando estaba inestable, que debía tener más iniciativa, o bien, a recuperar fuerzas cuando tenía una resaca fuerte un domingo. Sin embargo, ese día no hubo manera de romper con la cosmogonía fatal que se había instalado en él. Había probado con ansiolíticos de su madre, con Pregabalina y Alplax, pero la cocaína se lo chupaba sin ánimo de ceder; otra línea y se hundía más en un proceso a la nada; no tenía ni experiencia ni astucia para manejarla. Para más, llevaba dos días sin dormir y una percepción deformada de las cosas había

ganado terreno. Quería irse de ese lugar mental pero le era imposible; él lo intentaba, pero rumiaba una y otra vez los mismos pensamientos que se habían convertido en un mantra doloroso que ya le enfriaba la carne. En algún momento la sensación se volvió insoportable, perdió la noción de su cuerpo y su espíritu se alejó también. No pudo ni impedir orinarse en el agua. Un hueco en el pecho no lo dejaba respirar bien y el corazón le palpitaba más rápido que nunca; tenía la sensación de que le podía explotar de un momento al otro. Estaba en el umbral del desquicio. Como pudo, agarró una pinza de su madre y la presionó con furia sobre su pecho y su abdomen, en la cintura, en las costillas. Finalmente, en el rostro. A la sangre que brotaba la percibió como una purga. Tenía contracciones y reprimía gritos, se le atragantaban con la respiración, pero se aguantaba. El agua había adquirido entera un color rojo intenso. Quitó el tapón y la bañera se desangró junto con sus contracciones. Muy de a poco se serenó. Repentinamente quiso volver a golpearse: cerró el puño con tal fuerza que se lastimó la palma con las uñas, pero se arrepintió, desistió y salió de la bañera. Enfrentó al espejo del botiquín. No se reconoció; el derrotero que lo había llevado hasta ahí se borró de golpe. Ya era un ser abominable que un día por fin descubre su naturaleza al proyectarse en el primer río manso que encuentra. La decisión se le abalanzó. Con pulso movido, escribió con el delineador de su madre a lo largo de un brazo:

La verdad, me chupan todos un huevo.

49.

—¿Y? ¿Cómo anda Di Pietro, Suárez?

El oficial siguió camino hacia la calle, riéndose. Suárez tomó asiento.

—No le haga caso, es un pelotudo.

—¿Usted es la oficial Suárez?

—¿No escuchó que me dijo: Suárez?

—Sí.

—Entonces soy Suárez. ¿Usted es..?

—Luis.

—Sí, Luis, disculpe la demora. Estaba con el comisario.

—No.

—¿Cómo no?

—Está bien, digo.

—A ver... un robo era, ¿no?

—Sí, quería hacer la denuncia.

—¿Es reciente?

—Sí.

—¿Es usted el damnificado?

—Sí.

—Dígame.

—Me robaron lo que llevaba.

—¿Qué le robaron?

—La plata que llevaba en la mochila.

—¿En dónde fue?

—No sé, yo me di cuenta de que faltaba cuando entré a una pensión para alquilar una pieza; quise pagar y no estaba la plata.

—¿Cómo era el nombre de la pensión?

—No sé.

—¿Cómo no sabe?
—No me fijé, acá hay carteles por todos lados.
—¿Pero dónde fue el robo? ¿En la pensión?
—No, no.
—¿Y en dónde fue?
—En la pensión no.
—¿En dónde entonces?
—No. No sé.
—¿Pero por dónde anduvo?
—Es que yo no sé los lugares.
—¿De dónde sos vos?
—De La Pampa.
—Pajuerano.
—Sí.
—Y sí.
—...
—Yo también soy del interior, de Carmen de Patagones. Pero terminé acá. Así es la vida de los de la policía.
—Ah.
—Seguro lo vieron medio lento y metieron mano. ¿En dónde tenía la plata?
—En esta mochila.
—A ver...
—Le hicieron un tajo.
—Es común esa forma de robo. Seguro fue en algún amontonamiento de gente, ¿no?
—Ah, puede ser.
—Bueno, es así... sucede.
—Y ¿qué se puede hacer?
—¿Cuánto era?
—No sé exacto.
—¿Cómo no sabe exacto?
—No los conté.
—Ah, mire...
—Eran dólares.
—¿Dólares?
—Sí.
—¿Y de dónde sacaste eso vos?
—Eran míos.
—¿Tuyos? ¿Y no sabés cuánto era?
—¿Se pueden encontrar?
—...
—...
—Mirá, chiquito, mejor no aclaremos que oscurece, me da la impresión, ¿no?
—¿Por qué?
—A ver, pampeano, eso es imposible de rastrear, ni siquiera sabemos dónde fue... Vos tampoco tenés idea de cómo eran los chorros, ¿no?
—No.
—Andá, manso, antes de que te haga quedar detenido.

—¿Y, pelotudo?
—...
—¿Estás mejor?
—Me cuesta hablar.
—Qué julepe, eh.
—¿Y mamá?
—Estaba con un ataque de nervios. Insoportable. Se fue recién.
—¿Adónde?
—A casa, a descansar. Hace dos días que está al lado tuyo.
—¿Cómo dos días?
—Te bajaste un blíster de clonazepam.
—...
—Te echaste una siestita. Ahora estarás bien descansado.
—Al final no me mató.
—¿Pero qué decís?
—Nada.
—...
—...
—Ay, hijo...
—Yo qué sé. Me sentía mal.
—Cuando te den el alta, te venís al campo conmigo.
—¿Qué voy a hacer allá, papá?
—No sé. Podés no hacer nada.
—Me mato de nuevo allá.
—Allá medicamentos de éstos no hay. Tampoco tenés edificios altos. La que te queda es ahorcarte. Sogas sí hay.
—No sé hacer el nudo.
—Para pasar el tiempo, te podés fumar una bosta seca, también.
—...
—Con tu madre no podés estar más acá.
—No me quiero ir.
—Ella está ocupada. Ya sabemos con quién.
—Sí. Almendros.
—Ya hablé con ella que lo mejor iba a ser que te vinieras conmigo.
—¿Y qué dijo?
—Estuvo de acuerdo. Hablamos con el médico y otro tipo, un psicólogo o psiquiatra, no sé qué era.
—...
—¡Hijo! Allá hay tranquilidad, animales, naturaleza...
—¿Animales? ¡Vacas!
—¿Y qué son las vacas? ¿Ácaros?
—¿Qué es ácaros?
—Qué sé yo.
—¿Ahora es de día o de noche?
—De noche.
—...
—Así que es una decisión tomada por tus señores padres.
—¿Pero y el colegio? Yo todo libre no rindo ni loco. Es estudiar el doble.
—¿Colegio? ¿Vos no viste lo que te hiciste?
—...
—¿Pensás ir así a rendir Historia Argentina contemporánea?

—...

—Ahora hay que ver cómo se saca eso. Vos no tenés idea de lo caro que debe ser.

—...

—Si yo hubiese estado, esto no pasaba. Yo le dije a Mabel: tatuaje no.

—Lo hice porque quise. Peor es ser un viejo choto.

—Eso es cierto.

—Bueno, fue, entonces.

—...

—...

—Ya veremos el tema colegio. Capaz te pague alguna profesora particular, no sé.

—No.

—Sí, mejor tranquilizate un tiempo, después veremos.

—Me chupa un huevo todo.

—Sí, lo leímos.

—¿Viste qué linda letra?

—¿La pobre de Delfina también te chupa un huevo?

—Ella como nadie.

—Sos muy injusto, Francisco. Qué querés que te diga.

—¿Vino?

—Sí. Estuvo ayer. Se largó a llorar y se fue sin saludarnos.

—...

—Es al pedo con las mujeres.

—Yo al campo no voy, papá, en serio.

—Ya les pedí a tus primas que pasen el verano con vos allá.

—Son dos pendejas.

—¿Pendejas? Las chiquitas andan con todo. Y a vos te aman.

—Ni en pedo.

—Mirá que se te va a adelantar alguno de los peones... Ellas, ya sabés, guardan fotitos tuyas y esas cosas.

—Y después: la abuela... está loca.

—Si es entre locos...

—No la entiendo yo.

—Y... sí. Es una mujer de carácter.

—Está chapa.

—Lo de que está loca lo dice tu madre.

—No voy a ir, papá.

—Vas a venir.

—No.

—¿No? Esto es como en las películas de Sandrini, que decía: yo a esa fiesta no voy, cortaban y estaba en la fiesta.

—No sé de qué mierda te reís.

—Ni bien te suelten acá, nos vamos para allá.

—¿Quién es Sandrini?

—En un santiamén estamos.

—No.

—Además yo también tengo mil cosas que hacer.

—No, es un re viaje.

—Vamos en auto.

—Está por la loma del orto.

—Quedate tranquilo, nene, funciona el cinturón de seguridad; no sea cosa de que te fuera a pasar algo.

VIII

51.

El serenity llegó con las vísperas del verano. Francisco recuperó algunos vestigios de su niñez escondidos tras los matorrales, las higueras y pájaros desconocidos; rasgos de identidad que lo habían hecho feliz muchos años atrás. Recordó que, por entonces, había llegado a idealizar a su padre por la habilidad que tenía para matar moscas sin paleta: simplemente ponía la mano abierta a unos diez centímetros del insecto y cerraba el puño, dejando así a la mosca capturada; después la estrellaba contra la pared y caía muerta. Recordó también que se pasaba horas intentando imitarlo, pero a veces la fuerza no le alcanzaba para arrojarlas y se le escapaban lo más campantes. Rosa, la cocinera, le devolvió parte de su peso normal. Sus dos primas gemelas le hicieron renacer el placer del sexo e intentaban recuperarlo estéticamente: una lo bañaba cada mañana, le lavaba la cabeza y lo peinaba; la otra, luego, le cubría con tapa ojeras y base el tatuaje del rostro. Ambas imponían, como requisito sine qua non, que usara anteojos oscuros porque les daban miedo, decían, los globos oculares rojos. A la hora de los juegos secretos, en cambio, optaban por una venda. Lidia, la abuela de Francisco, lo llevó una tarde en el jeep hasta el consultorio de su odontólogo para que le pusiera un diente provisorio allí donde faltaba. Ella, una mujer de temperamento, era quien verdaderamente mandaba ahí, en la estancia. Se la pasaba siempre rodeada de alguna de sus dos sirvientas y suplía por momentos a la madre de Francisco aunque él la viera, a menudo, como a una desconocida. Los diálogos que mantenían eran siempre descafeinados, circunstanciales y, por sobre todo, breves. Mabel, en cuarteles de invierno, y amparada en Huberto Almendros, esperaba la hora de volver a verlo, conformándose, por el momento, con una llamada telefónica nocturna cada dos por tres. En ese lugar, Francisco era de nuevo El rey del mundo, y disfrutaba, a su vez, de la indiferencia de los peones y trabajadores del campo: para ellos, era el hijo del patrón, casi un entrometido, un posible espía, y nada de él les interesaba; más bien les generaba la correspondiente desconfianza. Él solía acercarse para charlar con ellos y hacerles preguntas sobre las yerras y la marcación del ganado; a cambio les contaba episodios de las últimas temporadas de Los Simpsons. Los peones lo escuchaban con intriga aunque mayoritariamente terminaran concluyendo que los capítulos viejos eran los mejores. En ese contexto, a Francisco le costaba entender que le cortaran sin anestesia las pelotas a un novillo. Aunque, por otro lado, intentaba siempre adelantarse al momento en que le fueran a rebanar la cabeza a algún pollo y hacerlo él mismo. Disfrutaba como loco de esto, le parecía feroz y eso lo conmovía. Hasta se le había multiplicado la libido. Algo de la paz y la brutalidad del campo le generaba interés y empezaba a mimetizarse. Había exigido a su padre un único requisito para pasar el tiempo en la estancia: tener internet en su habitación, la antigua pieza de las porquerías que, a veces, muy de vez en cuando, se vaciaba para huéspedes. En verdad, se la pasaba ocupado en menesteres sexuales con las primas o bien observando las actividades

campestres; por eso, sólo se conectaba en la noche y apenas un rato. Había olvidado hacia tiempo su página, la de las setecientas palabras. Era una noche de calor inclemente cuando, antes que entrar a verla, pensó en cerrarla definitivamente, pero lo venció la curiosidad y, en ella, encontró un comentario extenso:

Francisco:

Hay una frase que dice: el que mucho se ausenta, pronto deja de hacer falta... y creo que es cierto. Si no todo sería muy poético y melancólico, pero poco productivo. Es por eso que no te escribo por tu ausencia, sino porque te recuerdo. Aunque ya ni siquiera distinga qué me pasó con vos y por vos, por ahí porque todo ya se ha acomodado de otra forma. Pero hoy te hacés presente, insistís, me lo pedís y entonces te pienso, a la distancia, después de varios meses. Y así me entero que recuerdo cada cosa que compartimos, sólo que ahora cada cosa está en su cajón, ya sin su ilusión. Entonces las puedo entender mejor. Cosas que oí de tu voz, como que buscabas algo nuevo. Y cosas como que no era yo eso que buscabas. Lo sé porque pasaste de varios momentos en los que demostraste interés a la nada. A mí me costó creerlo, era como muy abrupto, ¿no? Quizá éstas sean costumbres de la Capital, eso puedo entender ahora. Allá, en mi pueblo, las palabras tienen peso. A veces demasiado, porque es para mal o para bien, pero una palabra dicha queda escrita en el aire por siempre. Vos me abrazaste, me cantaste, me contaste cosas... hasta me regalaste algo tuyo. Yo no te llamé, Francisco, y hubiese preferido frenarme ahí, porque sabía qué iba a pasar, lo temí entonces. Lo sabía, pero a su vez sonaba a imposible, no iba a concluir así. Y así fue, sin embargo. ¿Te acordás de la palabra oxímoron? Me parecía injusto que al poco tiempo no me permitieras ser tu amigo, recibir una palmada tuya, tener tu compañía, y dártela. Pues eso pasó. Con los días pensé varias veces: es esencialmente malo; si hace eso, es esencialmente malo y no vale la pena insistir, o: no le intereso, y tiene todo el derecho. Y todo eso está bien, me parece bien, me parecería bien si así fuera. Pero vos me llegaste a ver, supiste lo que era y hasta quién era. Te mostré mi ser y mi expectativa, y a veces correspondiste. Te pueden haber pasado en tu vida cosas que no sé. De lo que puedo estar seguro es de no merecer ese olvido que hasta que no suspenda el embrujo, seguirá. A ese desdén no lo merecía principalmente el Luis que existía antes de que aparecieras, que es el que intento recuperar cuando te escribo esto, cuando descubro que aquellos cajones con cosas han sido, en realidad, profanados en sueños. Y que yo, aunque lejos, sigo sentado, esperando, junto al arroyo.

Como te decía al comienzo, yo podría evitar esta carta y no lo hago: tengo que escribirla. Hacer esto me devuelve a mí, pero también el recuerdo me manosea el orgullo. Si hasta me da impotencia pensar que a esto que hago con todo el corazón, lo veas como algo innecesario y estúpido, o lo que es peor: que hayas abandonado la lectura antes de llegar a esta parte. Pero qué va, aquí estoy. Yo, hoy por hoy te puedo decir que sólo guardo la ansiedad de que sigas siendo ese chico que durmió bajo el caldén más vistoso que hay por mi pueblo.

Sueño a veces con que me tiro a dormir en el paredón del cementerio y un día vos, vencido, finalmente asomás la cabeza por el balcón para ver si todavía sigo ahí. Pero no quise volver a la zona por dónde vivís.

Es que aún creo que esos cuatro o cinco días en los que te vi, esas largas conversaciones, son una semilla, casi invisible, de un árbol de copa grande, con hojas de amistad y de abrazos, que nos pueden dar sombra mañana. Podemos regarla con cuidado, o enterrarla muy hondo para que se muera. Y prefiero la fantasía a los recuerdos.

Hacía mucho que no escribía una carta. Debe haber muchas palabras y formas que ya no se usan, pero así aprendí a escribirlas. Es raro retomar esto y de esta manera. A la anterior, a diferencia de ésta, la había escrito en papel y la tiré al agua, pero antes de caer el viento se la llevó; voló, voló y se perdió en la tarde; quién sabe cuánto vivió. Hace mucho de esto. Ésta que escribo ahora con

estas palabras, puede vivir algún tiempo o desaparecer inmediatamente con la tecla que lo hace desaparecer todo. Este cambio es triste.

Yo quisiera esperar que un día me respondieras.

Te dejo mi mano tendida.

Por lo pronto, ahora seré yo el que se vaya caminando hasta el olvido y nos perdamos de vista en el para siempre necesario.

Luis

52.

Las primeras semanas en Buenos Aires fueron crueles para Luis. Le enseñaron a desconfiar, a robar y a llorar con desgarró, la mayoría de las veces sin motivos precisos que pudiera entender; una nostalgia de nada que no lo dejaba dormir. Al mes de habitar la gran ciudad, sufrió unos síntomas extraños que los médicos del Hospital de Clínicas no tardaron en definir como: ataque de pánico. De vuelta en la calle, dos días de hambre fueron suficientes y concluyó que era más efectivo sobrevivir que sufrir. Se cortó el pelo bien cortito, y a los pocos días estaba repartiendo papeles al grito de:

—¡Chicas!

Junto a él, en la misma esquina, muy seguido, se paraba una adolescente salteña que repartía: masajes y relax, masajes y relax. Entre transeúnte y transeúnte, comentaban cosas. Todo lo que se decían estaba teñido de añoranzas parecidas. Eso convergió en encuentros y finalmente en una relación más o menos estable; a él no le importaba de qué vivía ella. Con el tiempo, Luis entendió más el negocio y, además de repartir volantes, comenzó a buscar clientes a la salida de boliches o bares. Generalmente borrachos, hombres a los que se les hacía difícil una noche fácil. Eso le permitió vivir, poco a poco, mejor: pudo pagar una pensión limpia y comprarse un teléfono y una computadora portátil, aparato al que deseaba como si fuera un niño. Ansiaba entender lo más que pudiera el mundo virtual.

Fue en esta etapa cuando escribió la carta para Francisco. Un segundo después de enviarla se sintió miserable y flojo: le parecía una brazada de ahogado, un ruego, una mariconada. Se avergonzó pero, aunque no lo supiera, estaba empezando a apagar brasas que parecían perpetuas. Al día siguiente ya se sentía seguro de que Francisco no le respondería, de que eso no sólo no iba a pasar, sino que, además, no tenía que suceder; era lo mejor. Empezó, así, el proceso gradual que lo haría olvidarlo. Fue, en definitiva, un escalón para ser otro. Empezó a invertir los días en su trabajo, y en conocer todas las plazas de la ciudad acompañado por la salteña, que se había mudado a la pensión con él, para abaratar costos.

—Sos feo pero das muy lindos abrazos.

—Y vos soplás muy bien la quena.

Luis planeaba pasar la navidad con ella aun temiendo que le dijera que no podía, que se volvía a visitar a su hijo a Orán. No quería perderse la oportunidad de emborracharse con alguien; la ciudad lo convidaba a eso.

Más o menos por entonces fue que recibió el llamado de Francisco. La sorpresa fue demoledora. A Luis le pareció estúpido preguntarle cómo lo había encontrado. Sólo atinó a decirle que todo iba bien y que sí, que aceptaba ir a pasar unos días al campo; que lo necesitaba. Le dijo, asimismo, que era probable que, si no molestaba, aceptaría también la invitación para quedarse unos días más y pasar año nuevo con él y su gente. Durante esa tarde, Luis estuvo desorientado, taciturno, con un espíritu neutro; algo desolado. Luego, le pareció que si lograba no revivir nada de todo lo que le

había dañado podía compartir algunas buenas conversaciones con él. Unas horas después, se tomaba el ciento quince hasta Retiro para sacar el pasaje; una semana más tarde, Francisco lo esperaba en la terminal de Chivilcoy.

53.

—Busqué Ciervo Muerto en Google y llamé al primer teléfono que vi. Te describí y me dieron tu nombre y apellido.

—Y... ahí nos conocemos todos. ¿No te acordás quién era?

—¿El que me atendió?

—Sí.

—No.

—Ah.

—Bueno, y después te busqué.

—Ah, sí.

—¿Por qué ponés tu teléfono en la web?

—Por mi trabajo.

—¿Qué hacés?

—¿Quéda lejos donde vamos?

—No. ¿Qué hacés?

—Crío mamuts.

—Dale...

—Exporto pepinos a Suecia.

—Buena onda.

—¿Por qué usás esos anteojos?

—Son para el sol.

—Ah.

—...en un principio...

—Lindo animal.

—Es una yegua.

—¿Cómo se llama?

—La Tobiana, debe ser.

—No te hacía de a caballo.

—Ésta es tranquila, al principio me daba cagazo, pero no pasa nada.

—Las yeguas son mansitas.

—Sí y además es automática, tipo Daytona.

—...

—Subite.

—¿Hago pie acá?

—Sí.

—Listo.

—Ahí va. Venite más adelante, por las dudas.

—¿Así?

—Agarrate.

—...

—¡Dale que arranco y ésta anda rápido!

—¿Sabés andar, no?

—Hasta ahora no me pegué ningún palo.

—Vamos.

—¡Fuerte agarrate!
—¿Te agarro de la cintura?
—¿Tenés miedo?
—¿Cómo?
—Si tenés miedo.
—¿Eh? ¿De qué?
—De andar a caballo.
—Ah. no.

Francisco hizo galopar la yegua lo más rápido que pudo. Luis intentaba incorporar al nuevo Francisco. Le generaba un frío en la sangre el misterio que irradiaba, había mucho por desentrañar tras esos lentes oscuros y esa nueva y extraña textura de la piel. Parecía otro, algo espectral, mentiroso. Un fantasma de él mismo.

—Te cortaste el pelo.

—Sí.

—¿Por qué?

—Ahora, con el calor, es más cómodo.

Cuando llegaron a la estancia ya los había vencido el silencio. Entonces Luis comentó algo sobre el buen ganado que se veía por ahí; Francisco, en tanto, le consultó sobre cómo había sido tratado por Buenos Aires, una ciudad del orto, agregó. Mientras esperaba que le abrieran la tranquera, Francisco vio, de reojo, que Luis también lo miraba así. Hizo una seña al peón y dijo:

—Ya vamos a hablar, Luis. Bancá.

54.

A Luis le generó fastidio saludar a tanta gente, tanta familia, y tener que explicarles a cada uno quién era, qué hacía y cómo había llegado ahí. Poco tenía para decir. Todos respondían con un: ah, condescendiente que no significaba nada. Recién en la pieza asignada pudo distenderse. Se echó sobre la cama y descubrió que le habían dejado toallas, jabón y hasta margaritas amarillas en un jarrón. No obstante, empezaba a notar que lo ganaba de nuevo la obsesión: no podía dejar de mirar por la ventana a Francisco, siempre detrás de esos anteojos negros, que jugueteaba con las gemelas; percibió la particular relación que tenían. Que eran pendejitas, pero baqueanas, le había dicho sotto voce Francisco; que él las había amaestrado y hacían lo que les decía y que si quería a la noche podían estar uno con cada una; que ellas no iban a tener problemas. Se sentó en el piso; intentó pensar. Y antes de que lo venciera la modorra, lo llamaron para la cena. Estaban a la mesa las gemelas y Lidia. Les servía Rosa, que había ignorado a Luis desde su entrada a la casa; le generaba desconfianza: es un negro, pensaba; aún así preparó pollo relleno, lo que mejor le salía. Francisco con gestos le dio a entender a Luis que él en persona le había cortado el cogote y remató poniendo una cara de morbosos con una pisca de sensualidad que a Luis le generó escozor. También había algunas ensaladas y salsas. Cuando Luis intentó servirse de una de ellas, Lidia se adelantó:

—Ésa es de champiñones, no sé si te va a gustar.

Entonces Luis desistió de servirse. El desprecio se le hizo carne. Disimuló la abrupta pérdida de apetito tragando algún bocado de vez en cuando hasta quedar en completo silencio, con los brazos debajo de la mesa. Como todos hablaban a los gritos, nadie se percató de nada. A la hora de la fruta llegó Horacio. Lo saludó a Luis con alegría, suponiendo que él iba a significar algo así como una evasión, un entretenimiento para su hijo. Durante la sobremesa, les sirvió, compinche, una medida de whisky a ambos. También, de manera amena, le consultó sobre el clima y la hidrografía de su pueblo de origen. Luis se explayó con una meticulosidad que despertó silencio incluso en las gemelas, pero no mencionó al arroyo, cosa que Francisco percibió; es más, dijo que cerca de su

pueblo no había ni charcos. Horacio, en un momento, perdió la atención y en voz baja dijo a su madre que sí, que habían hecho bien en no comprar aquellos campos; ellos se entendían. Luis bebía con tranquilidad su whisky y observaba la simbiosis entre Lidia y Horacio cuando notó que Francisco estaba esperándolo en la puerta; silbaba: está aprendiendo a silbar, se ve, pensó Luis. Apuró el último trago, pidió permiso y se alejó de la mesa. Francisco espantó a las gemelas que inmediatamente salieron a la carrera.

—No, ustedes, reventaditas, no vengan a joder.

55.

—Rosa.

—Estoy lavando, señora.

—Lidia, decime.

—A mí me es más fácil decirle señora.

—Chúcara que sos.

—¿Cuántos eran en la cena?

—Pero, chusma de mierda, habrase visto.

—Está con sueño, señora. No me hable así.

—Con sueño. Yo.

—Pregunto, señora.

—Negra y chusma. Por qué no prestás atención a tu gente.

—¿Qué pasa con mi gente?

—Tu hija. Tan chiquita y ya anda por ahí.

—No se meta con eso, señora.

—Te la va a preñar algún peón.

—¿Me escucha?

—Y en tu habitación, lugar para alguien más no hay.

—Cuántos eran, señora.

—Qué cargosa. Seis.

—Porque hay cinco cuchillos...

—Me voy a acostar, Rosa. Cerrame los postigos del lado de afuera y no hagas ruido en lo posible.

—Ahora voy.

—Y no volteés ninguna fuente.

—Encima tomó. Vaya agarrándose de las paredes porque yo hoy no la junto del piso.

—Mirá si me vas a juntar del piso. Te pensás que soy un plato roto.

56.

Francisco y Luis caminaban sin decir palabra adentrándose más y más en la noche que se derramaba sobre el campo. Cada tanto atravesaban masas de mosquitos. Hacía calor y había una luna llena que les permitía verse. Solamente interrumpía, de vez en cuando, el silencio, algún monosílabo de Francisco señalando algo. Luis asentía. No obstante, lo que más rompía la monotonía eran los pensamientos. Francisco pensaba en su culpa y prefiguraba lo que Luis podía decirle; Luis, en cambio, pensaba en lo hospitalario de esas tierras, diferentes a las suyas, a las que unos kilómetros

más allá del pueblo las mataba el clima seco. Veía los molinos, los bebederos y tantos animales apretados en tan poco lugar. Animales que nacían para ser muertos, que ni siquiera podían albergar la posibilidad de no ser cazados. Pensó en su padre, e, inevitablemente, en el padre de Francisco y en su familia. Tenían tanto, y él nomás una pieza alquilada en una pensión parte de una urbe más inhóspita que la propia estepa. Empezaba a obnubilarse cuando a Francisco se le ocurrió comer naranjas de un árbol cercano. Arrancaron algunas, las más perfectas y las limpiaron en las remeras. Luis le explicó que no hacía falta pelarlas, que podían hacerle un agujero y, al presionarlas, tomar el jugo. A Francisco le pareció novedoso y, bajo la mirada expectante de Luis, bebió una naranja más de esa manera. Tenía cierto entusiasmo. Luego sobrevino una nueva amenaza del silencio.

Francisco dejó caer la naranja junto a los restos de azahares que había despreciado el verano.

—¿Seguís con tu novia?

—No, hace mucho que no sé de su vida.

—Andará bien.

—¿Y la tuya?

—Está en Inglaterra.

—Se fue allá.

—Me escribió la otra vez.

—Qué triste que esté lejos.

—No, hacía bastante que no nos veíamos. Dice que se fue por un año a estudiar inglés, pero yo sé que se fue a coger.

—Lo bien que hace.

—Total.

—...

—Acá no hay arroyos, pero hay un canal.

—¿Y qué tiene que ver?

—¿Eh? Ah, nada, se me ocurrió.

—¿Un canal?

—Sí, es para evacuar el agua de las inundaciones.

—Y... vamos.

—Está lejos.

—Igual, si es para las inundaciones, el agua debe estar podrida.

—Sí. Bueno, vamos al estanque si querés.

—¿El del molino?

—Sí.

—Dale.

—Tampoco tiene olor a flores.

—No importa, hace calor.

Uno de los dos propuso ir corriendo hasta el lugar. Cuando llegaron, Francisco corroboró que no los veía nadie y se quitó la ropa. Luis se desnudó sin el más mínimo prurito y se zambulló. Estuvo casi un minuto bajo el agua hasta que sacó la cabeza a la superficie.

—Uf, cómo lo necesitaba.

—Aguantás mucho.

—¿Y vos?

—No.

—Y dale, metete. Está fresca.

Francisco le dio la espalda a Luis y se introdujo meticulosamente en el agua, afectando misterio. Ocultó con rapidez su cuerpo y dejó asomar sólo la cabeza. A pesar de sus intentos, Luis alcanzó a verle algunas cicatrices en el pecho y en el abdomen. Aún así no preguntó nada porque Francisco tenía la cabeza gacha, evadía. Estaba más delgado y su postura se había modificado; su fisonomía generaba ahora una idea de apocamiento. Después del quejido de algún chajá, de manera impostada, Luis rió dispuesto a empezar a develar el misterio.

—¿Los tenés pegados a esos anteojos?
—Te va a parecer raro, pero no sé, me pintó.
—¿Qué?
—Estuve en cualquiera.
—¿Qué pasó?
—Deliré.

—...
—Me tatué los ojos.
—¿Se puede eso?
—Y sí. Si te digo que me los tatué.

Luis hizo silencio. Intentó pensar en eso, imaginarlo, pero Francisco se lo hizo más fácil y se quitó los lentes. A Luis lo atacó un sutil temblor en los pies y, después de unos segundos de incredulidad, decidió acercarse a él braceando suavemente en el agua. Entonces, lo miró bien de cerca. Lo observó bien una y otra vez. Con la humedad de las manos le fue desvistiendo el rostro hasta ver parte del tatuaje. Francisco estaba incómodo, aunque no se movió; sí, puchereó como un niño. Luis tomó distancia para contemplarlo mejor y empezar a entender. Era mucho más que un acertijo, era una afrenta. Francisco no soportó la tensión y se escondió bajo el agua hasta que necesitó salir a respirar. En tanto, Luis urdió el único final posible. Francisco no se animaba a mirarlo; jugaba con el agua para tapar la incertidumbre.

—Me gustaría acordarme de todo, pero hay cosas que se me borraron. No entiendo nada. Ahora mi viejo está averiguando para poder sacármelo con láser.

—Debe doler.
—Mucho, por lo que sé.
—Y debe ser caro.
—Sí. Y encima es casi imposible que quede como antes.
—Debe poderse.
—Qué sé yo. Es un bajón.

—...
—Fue lo peor...

Francisco se lanzó sobre Luis, lo abrazó con fuerza y lloriqueó.

—Debió ser difícil para vos estar en Capital.

—Sí.

—Si te negué una palabra, era porque no la tenía.

Los dos cuerpos desnudos estaban separados nada más que por el agua. El abrazo duró hasta el final del llanto, exactamente cuando Francisco sintió una punzada aguda en las costillas y reconoció un cuchillo de la estancia en el puño de Luis. No lo miró a los ojos.

—Ahora que te parezco repugnante...

—Yo no dije eso.

—Pero yo lo sé, Ahora, lo único mío con lo que te podés quedar es la vida.

—No... No sé.

—Otra cosa no te queda.

—¿No vas a gritar?

—No.

—Gritá. ¿Por qué no?

—Porque no sé.

—...

—Porque no quiero.

—...

—Y porque no me importa.

Luis lo miró con serenidad, con firmeza, y sin quitarle la vista de encima arrojó el cuchillo; un lejano y sordo ruido en el pasto delató la caída. No pensó en Francisco, pensó en él, en que él

también tenía la sensación de no ser ya nada, de ser un pastiche de lo que había sido. Y pensó que él tampoco hubiese gritado. Durante un largo rato se midieron con miradas inciertas. Cuando Francisco atinó a tocarse la leve lastimadura en sus costillas, Luis, de un zarpazo le agarró la cabeza y la hundió en el agua. Francisco se dejó hacer, no se movía. Diez segundos. El agua del arroyo era ahora el agua rancia de un estanque. Treinta segundos. El lugar era hermoso y reinaba la calma. Cuarenta y cinco segundos. ¿Por qué se puede matar así de fácil lo que se ansió con desesperación? Un minuto. Francisco empezó a resistirse y Luis no sabía, todavía, adónde escapar. Un minuto quince segundos: al fin, lo soltó, con desinterés. Francisco emergió muy pálido y, entre contracciones, fue recuperando el aire, al tiempo que pudo ver que Luis abandonaba el estanque. No le dijo nada, solamente siguió su accionar con la mirada. Sus ojos lo develaban abandonado, suplicante. Temblaba. Luis había comenzado a ponerse el pantalón cuando Francisco respiró profundo, transformado: lo había vencido toda su rabia.

—Cogeme.

Luis se colocó las zapatillas mientras contemplaba una higuera que se erguía a su lado; torcida, con el tronco podrido en partes: fea. Francisco insistió.

—Cogeme, indio cagón.

Luis por fin lo miró: estaba derrumbado, se aguantaba las contracciones. Lo hacía para no lagrimear como un maricón. Que era algo extraño, pensó y pensó que él ya no quería estar ahí, así que se puso la remera sobre un hombro y se fue caminando con toda tranquilidad por la senda despojada de yuyos que conducía a la tranquera de entrada. Su futuro estaba oscuro, penumbroso; en él no encontró a Francisco. No veía nada por delante en su suerte, pero siguió andando.

Francisco se quedó ahí, en silencio, doblado sobre las chapas circulares que conformaban el estanque. Veía, apenas, gracias a un resplandor lunar sobre el barro, una mancha difusa que pretendía ser su rostro espejado.

Permaneció así, largo rato, envuelto por el aliento fresco de la madrugada, hasta que las gemelas lo encontraron.